

# «JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 1; 2)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD  
PARA HOY  
UNA ESCUELA DE  
PREDICACIÓN IMPRESA**

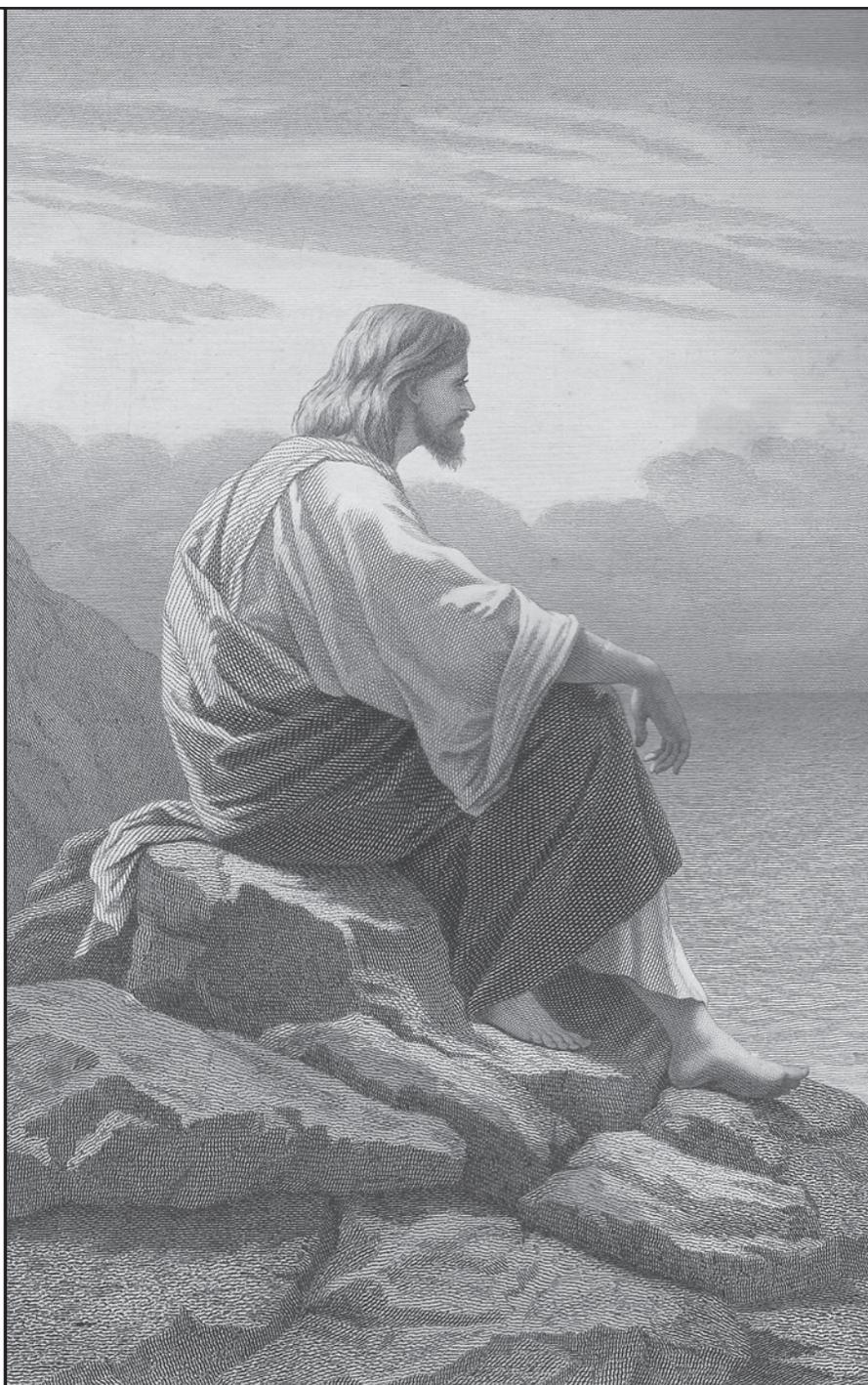
*Tomo 24, N.º 4*

**JUAN 1; 2**

**Autor:  
David Lipe**

Introducción	3
El prólogo (1.1–18)	18
El comienzo del ministerio de Jesús (1.19–51)	29
Agua transformada en vino (2.1–11)	41
La purificación del templo (2.12–25)	46

**EDDIE CLOER, editor**  
2209 Benton Street  
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



# El bosquejo ampliado

## I. JESÚS, EL VERBO SE HIZO CARNE

- A. El prólogo de Juan (1.1–18)
  - 1. El Verbo y Dios (1.1, 2)
  - 2. El Verbo y la creación (1.3–5)
  - 3. El Verbo y Juan el Bautista (1.6–8)
  - 4. El Verbo hecho carne (1.9–14)
  - 5. La particularidad del Verbo (1.15–18)
- B. El comienzo del ministerio de Jesús (1.19–51)
  - 1. El testimonio de Juan (1.19–36)
    - a. A los fariseos (1.19–28)
    - b. A las multitudes (1.29–34)
    - c. A los dos discípulos (1.35, 36)
  - 2. La respuesta (1.37–51)
    - a. Andrés y Pedro (1.37–42)
    - b. Felipe y Natanael (1.43–51)

## II. JESÚS, LA AUTORIDAD ÚLTIMA

- A. Jesús cambia el agua en vino (2.1–11)
  - 1. El contexto de la señal (2.1–5)
  - 2. La ejecución de la señal (2.6–10)
  - 3. El efecto de la señal (2.11)
- B. Jesús limpia el templo (2.12–25)
  - 1. El contexto (2.12, 13)
  - 2. La purificación (2.14–17)
  - 3. La respuesta (2.18–22)
  - 4. El efecto general (2.23–25)

## III. JESÚS, EL MAESTRO DE MAESTROS

- A. Jesús y Nicodemo (3.1–21)
  - 1. La necesidad del nuevo nacimiento (3.1–3)
  - 2. La naturaleza del nuevo nacimiento (3.4–12)
  - 3. La base del nuevo nacimiento (3.13–18)

- 4. El rechazo del nuevo nacimiento (3.19–21)

## B. Testimonio adicional de Juan el Bautista (3.22–36)

- 1. El contexto (3.22–26)
- 2. El testimonio de Juan sobre sí mismo (3.27–30)
- 3. El testimonio de Juan sobre Cristo (3.31–36)

## IV. JESÚS, EL DADOR DE AGUA VIVA

### A. Encuentro de Jesús con una mujer de Samaria (4.1–42)

- 1. El trasfondo (4.1–3)
- 2. El contexto (4.4–6)
- 3. La conversación de Jesús con la mujer samaritana (4.7–26)
  - a. Agua viva (4.7–14)
  - b. La necesidad de la mujer (4.15–18)
  - c. La verdadera adoración (4.19–26)
- 4. Los efectos del encuentro (4.27–42)
  - a. Sobre la mujer (4.27–30)
  - b. Sobre los discípulos (4.31–38)
  - c. Sobre los samaritanos (4.39–42)

### B. La sanidad del hijo del oficial real (4.43–54)

- 1. El regreso de Jesús a Galilea (4.43–45)
- 2. La ejecución de la señal (4.46–54)

## V. JESÚS, EL GRAN MÉDICO

### A. La sanidad del hombre cojo (5.1–16)

- 1. El contexto de la señal (5.1–4)
- 2. La ejecución de la señal (5.5–9a)
- 3. Oposición de los judíos (5.9b–16)

(Continúa en la página 51)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

---

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)

# Introducción

El Evangelio según Juan ha sido descrito como una alberca en la que un niño puede atravesar caminando y un elefante puede nadar.<sup>1</sup> Si bien el vocabulario de Juan es generalmente *simple*, el significado que subyace a sus palabras es *profundo*. Los estudiantes de griego son típicamente introducidos al Evangelio en su primera experiencia de lectura del griego neotestamentario porque es muy fácil de leer. Por otro lado, el texto contiene algunas de las secciones más desconcertantes del Nuevo Testamento.

La simplicidad del Evangelio puede verse en Juan 3.16, el primer pasaje bíblico al que están expuestas muchas personas. El Evangelio se usa con frecuencia en esfuerzos evangelísticos, así como para ayudar a las personas a madurar como discípulos de Jesús. Es muy personal porque invita a los lectores a tener fe en Jesús y cultivar una relación con Dios por medio de Su Hijo. Además, desafía al lector a continuar en esta fe permaneciendo en el Divino y teniendo comunión con otros creyentes. La transformación que experimenta el nuevo cristiano tiene sus resultados en la promesa de la vida eterna, sin embargo, esta vida no es solo para el más allá; es la vida abundante experimentada en el presente (vea 5.24; 10.10). A partir de estas consideraciones, puede entenderse por qué este Evangelio podría verse como un estanque en el que un niño puede caminar.

El Evangelio también es profundo, como lo demostró Paul N. Anderson. Este hizo notar algunos desafíos en Juan bajo tres encabezados diferentes: acertijos literarios, acertijos históricos y acertijos

---

<sup>1</sup> Esta declaración se remonta a Gregorio el Grande (aprox. 540–604 d.C.), quien comparó el Verbo de Dios con «un río poco profundo y a la vez profundo, en el que camina un cordero y nada un elefante» (Gregory the Great *Moral Reflections on the Book of Job* (*Reflexiones morales sobre el Libro de Job*), «Letter to Leander» («Carta a Leander») 4.

teológicos.<sup>2</sup>

Se podrían hacer muchas preguntas literarias sobre el presente Evangelio. ¿Quién escribió Juan y con qué propósito? ¿Por qué es Juan tan distintivo en comparación con los Evangelios Sinópticos? Si los manuscritos anteriores no contenían Juan 7.53–8.11 y esta sección de las Escrituras se agregó posteriormente, ¿fueron agregados otros pasajes al Evangelio? ¿Por qué se identifica la unción de María en tiempo pasado en 11.2 antes de su acto de unguir a Jesús, que no se narra hasta 12.1–8? ¿Por qué dijo Jesús: «Levantaos, vamos de aquí» (14.31), y luego habla durante tres capítulos más antes de entrar al huerto en 18.1?

Con respecto a preguntas históricas, si Jesús habló en parábolas (como se registra en los Evangelios Sinópticos), ¿por qué algunas de ellas no están incluidas en Juan? ¿Por qué Juan no habla de ninguna expulsión de demonios, como lo hacen los Evangelios Sinópticos? De manera similar, si realmente ocurrieron milagros tan asombrosos como la transformación de agua en vino y la resurrección de Lázaro, ¿por qué los demás relatos del Evangelio no hablan de ellos?

Hubo preguntas teológicas basadas en el lenguaje de Juan que generaron debates durante muchos años en la historia de la iglesia primitiva. Estos incluyen lo siguiente: ¿Cómo pudo «el Verbo» (*λόγος*, *Logos*), que era en el principio con Dios y era Dios, hacerse carne (1.1, 2, 14) con todas las debilidades de la carne? Si Jesús y el Padre son uno (10.30), ¿cómo puede el Padre ser «mayor [...] que» Jesús (14.28)? ¿Procedió el Espíritu Santo del Padre (14.26) o del Hijo (15.26)?

Preguntas que podrían hacerse desde pers-

---

<sup>2</sup> Paul N. Anderson, *The Riddles of the Fourth Gospel: An Introduction to John* (*Los acertijos del cuarto Evangelio: Una introducción a Juan*) (Minneapolis: Fortress Press, 2011), 4–5.

pectivas literarias, históricas y teológicas indican claramente que el que ha estado caminando en lo poco profundo tiene que convertirse en nadador.

### CARACTERÍSTICAS DISTINTIVAS

Algunas de las características únicas del Evangelio de Juan son evidentes, como se analizará en la sección «Relación con los Evangelios Sinópticos» (vea páginas 5–7). Actualmente, la preocupación es describir brevemente algunas de las características que se destacan en Juan, además de las consideraciones relacionadas con los demás relatos del Evangelio.

### Uso del Antiguo Testamento

El Evangelio de Juan fue escrito en griego e incluso algunos estudiosos creen que fue escrito para atraer a un mundo helenístico, sin embargo, el libro refleja un trasfondo antiguotestamentario. Las muchas alusiones al Antiguo Testamento comienzan con las primeras palabras del Evangelio, «En el principio» (1.1), recordando la familiar frase inicial de Génesis 1.1.

*Entre las diversas alusiones del Antiguo Testamento se encuentran las numerosas referencias a Jesús.* Merrill C. Tenney observó que la mayoría de las dieciocho inconfundibles referencias al Antiguo Testamento en Juan aplican directamente a Cristo.<sup>3</sup> Al menos otros cinco pasajes que citan el Antiguo Testamento—aunque no de ningún pasaje específico del Antiguo Testamento— apuntan a Jesús (1.45; 2.22; 5.39; 5.45, 46; 20.9). Además, Jesús reemplaza tanto el tabernáculo como el templo como la nueva ubicación de la presencia de Dios en la tierra (1.14; 2.19, 21). Él es el «Cordero de Dios» muerto por los pecados del mundo (1.29, 36), el verdadero «pan» del cielo (6.35, 48), el «buen pastor» (10.11), y la verdadera «vid» (15.1, 5). Con frecuencia, Jesús es visto como una profecía cumplida. Por ejemplo, su entrada real fue sobre un pollino (12.14, 15), cumpliendo Zacarías 9.9. La incredulidad judía en Jesús como el Mesías (12.38–40) es presentada por Juan como el cumplimiento de Isaías 53.1 y 6.9, 10. En la crucifixión, se dice que la repartición de las vestiduras de Jesús «fue para que se cumpliera la Escritura» (19.24; vea Sal 22.18). Además, solo Juan registra que no le quebraron las piernas a Jesús como cumplimiento de las Escrituras (19.33, 36; vea Ex

<sup>3</sup> Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el Evangelio de la fe)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 110–11. Si bien Tenney limitó su lista a dieciocho versículos (1.23, 41, 51; 2.17; 3.14; 6.31, 45; 7.38, 42; 10.34; 12.15, 38, 40; 13.18; 19.24, 28, 36; 20.9), podrían agregarse otros (vea 12.13; 19.37).

12.46; Nm 9.12; Sal 34.20).

*El énfasis del Antiguo Testamento en el Evangelio de Juan también es evidente por la cantidad de veces que Jesús apeló a personajes del Antiguo Testamento.* Jesús dijo que Abraham se regocijó al ver Su día (8.56) y que Él mismo existió antes que Abraham (8.58). Al dirigirse a Natanael, Jesús citó la visión de Jacob (Gn 28.10–17), que tenía que ver con la comunicación entre el cielo y la tierra, y dijo que ahora el Hijo del Hombre (Él mismo) es el medio por el cual las realidades celestiales son traídas a la tierra (Jn 1.50, 51). Jesús recurrió a Moisés y a la serpiente sobre un estandarte en el desierto (Nm 21.8, 9) para ilustrar cómo el Hijo del Hombre sería levantado (Jn 3.14, 15). Recurrió además a Moisés para defender el haber sanado al hombre cojo en día de reposo (7.22, 23; vea 5.1–16).

*Jesús usó a menudo el Antiguo Testamento como recurso para responder a Sus oponentes.* Afirmó que las Escrituras testificaban de Él (5.39, 46). De los Profetas aprendemos que tenemos que ser enseñados para venir a Dios (6.45). Después de citar Salmos 82.6, Jesús dijo que «la Escritura no puede ser quebrantada» (10.34, 35). Es claro a partir de este tipo de consideraciones que el Antiguo Testamento juega un papel crucial en el Evangelio de Juan.

### La enseñanza sobre el Espíritu Santo

El Evangelio de Juan tiene más que decir sobre el Espíritu Santo que cualquiera de los Evangelios Sinópticos. Jesús, a quien se le había dado el Espíritu sin medida (vea 3.34), fue quien bautizaría «en el Espíritu Santo» (1.33). Jesús enseñó que tenemos que «nacer de agua y del Espíritu» para entrar en el reino de Dios (3.5). El Espíritu fue prometido a aquellos que creerían en Jesús después de haber sido glorificado, es decir, después de haber sido crucificado, resucitado y exaltado a la diestra del Padre. La exposición más completa de la obra del Espíritu se encuentra en el «Discurso de despedida» de Jesús (cap. 14–17), donde identificó al Espíritu como el «Ayudante» (παράκλητος, *paraklētos*; 14.16, 17). Jesús les aseguró a Sus discípulos que el Espíritu Santo les enseñaría todas las cosas y les recordaría todo lo que les había enseñado (14.26). El Espíritu también serviría como testigo de Cristo (15.26). Además, el Espíritu «convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (16.8). Finalmente, el Espíritu guiaría a los discípulos a toda la verdad (16.13).

### Presentación única de Jesús

Jesús es visto en este Evangelio principalmente como el Hijo enviado por el Padre (3.17, 34; 5.23;

6.39, 44). Más específicamente, Él es el Hijo de Dios que dijo e hizo únicamente lo que el Padre le había dado que dijera e hiciera (5.19, 30). El título «Hijo de Dios» equivale esencialmente al título «Mesías», porque Jesús es el «Ungido» enviado al mundo para ser la revelación del plan redentor de Dios.

Aunque «Hijo del hombre» se usa menos que en los Evangelios Sinópticos, su uso en Juan parece ser distintivo. En Juan, el Hijo del Hombre es presentado como Aquel que ha estado en el cielo y que, en consecuencia, está calificado para hablar sobre cosas celestiales. Jesús es la conexión entre el cielo y la tierra y el medio por el que las realidades celestiales son traídas a la tierra (1.51; 3.12, 13).

La humanidad de Jesús se revela más plenamente en Juan que en los Evangelios Sinópticos. Jesús asistió a la boda en Caná como una persona sociable, sin duda disfrutando mientras compartía con otros (2.1–11). En el pozo de Jacob, se agotó por los viajes y tuvo sed (4.6, 7). En la tumba de Lázaro, se afligió profundamente y lloró (11.33, 35). Se humilló y lavó los pies de los discípulos (13.4, 5). En la cruz, tuvo sed (19.28), y sangre fluyó de Su cuerpo (19.34).

Se presta una atención significativa al lado personal de Jesús. A lo largo del Evangelio, se enfatiza Su vida interior. Además, por lo general, no se le describe dando discursos a grandes multitudes de personas; en cambio, Su labor se desarrolla en Sus muchos encuentros con individuos. Entre estos destacan Sus encuentros con Nicodemo (3.1–21) y la mujer samaritana (4.1–42).

La característica más distintiva del Evangelio en relación con la presentación de Jesús es ser identificado como el «Verbo» (λόγος, *Logos*). Como se ve en el capítulo 1, Jesús es un ser divino eterno con la naturaleza misma de Dios y que es la expresión última en forma humana de la voluntad de Dios para la humanidad.

### Presentación única de la obra de Jesús

A lo largo de Su ministerio público, la obra de Jesús es descrita en Juan girando en torno a siete señales que realizó: la transformación del agua en vino (2.1–11), la sanidad del hijo del funcionario real (4.46–54), la sanidad del hombre cojo (5.1–16), la alimentación de los cinco mil (6.1–15), la caminata sobre el agua (6.16–21), la sanidad del hombre ciego (9.1–12) y la resucitación de Lázaro (11.1–44). Con la excepción de las dos primeras, las señales funcionan como un prelude de los discursos dados por Jesús.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> El Evangelio de Juan menciona otras señales que Jesús

El Evangelio de Juan contiene los siete dichos «Yo soy» de Jesús con un complemento de predicado, que revela Su identidad y misión. Jesús se describió a Sí mismo como «el pan de vida» (6.35, 48), «la luz del mundo» (8.12; vea 9.5), «la puerta de las ovejas» (10.7; vea 10.9), «el buen pastor» (10.11, 14), «la resurrección y la vida» (11.25), «el camino, y la verdad, y la vida» (14.6), y «la vida verdadera» (15.1; vea 15.5). Además de estas declaraciones «Yo soy», en Juan ocurren otras muchas sin ningún complemento de predicado (vea comentarios sobre 6.20; 8.24, 28, 58; 18.6).

### Temas únicos

El Evangelio de Juan enfatiza varios temas abstractos. Quizás estos temas se resumen mejor en las palabras clave «luz» (φῶς, *phōs*), «vida» (ζωή, *zōē*), «amor» (ἀγάπη, *agapē*; ἀγαπάω, *agapaō*) y «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*). Algunos de estos temas aparecen en el Prólogo (1.1–18) y sirven como introducción al resto del Evangelio. Por ejemplo, Juan 1.4 dice: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres». Los dos temas de este versículo son recordados más adelante en el Evangelio. De hecho, Jesús vino a dar vida (3.15, 16, 36; 6.47, 54; 17.2). Él ofrece agua viva que brota a vida eterna (4.14). Además, es el «pan de vida» (6.35), y los que comen de este pan vivirán para siempre (6.51). Vino no solo para dar vida, sino también para darla en abundancia (10.10). No es sorprendente que este tema ocurra con frecuencia, ya que el propósito declarado de Juan es producir fe en Jesús para que las personas puedan tener vida (20.31). El tema de la luz se menciona en uno de los enunciados «Yo soy» de Jesús en 8.12, repetido en 9.5, e ilustrado en la subsiguiente sanidad del hombre nacido ciego. El tema de la luz también aparece en 3.19–21; 5.35; 11.9; 12.46. Una consideración de los temas de la vida y la luz son suficientes para ilustrar la naturaleza recurrente de estos temas abstractos.

### RELACIÓN CON LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Prevalece mucho debate sobre la relación de Juan con los demás Evangelios y no puede abordarse aquí en profundidad. Por lo general, el Evangelio de Juan es considerado escrito después de los Sinópticos. Parece obvio que Juan sabía de los demás relatos del Evangelio e igualmente obvio que Juan no dependió de ellos para desarrollar su propia narrativa. Se esperaría que los cuatro registros con respecto a la vida y las enseñanzas de Jesús poseer-

realizó sin dar ningún detalle (2.23; 6.2; 20.30).

rían mucha de la misma información. De hecho, todos los relatos incluyen observaciones sobre Juan el Bautista, eventos relacionados con la alimentación de los cinco mil, la entrada triunfal, la Última Cena y la narrativa de la pasión. Además, todos los relatos del Evangelio tienen un análisis sobre la purificación del templo y una unción de Jesús; sin embargo, estos análisis se ubican en diferentes contextos en la vida de Jesús (vea comentarios sobre 2.17; 12.1–11). Dicho lo anterior, las similitudes, en su mayor parte, llegan a su fin. Solo un vistazo superficial al Evangelio de Juan revela varias cosas que son distintivas.

*Primero, Juan omite una cantidad significativa de material registrado en los Evangelios Sinópticos.* A diferencia de los otros tres relatos, Juan no incluye narraciones del nacimiento virginal, la tentación de Jesús, la transfiguración, la institución de la Cena del Señor, la expulsión de demonios o las parábolas narrativas. El Evangelio registra que Jesús y los discípulos estaban en el huerto de Getsemaní, sin embargo, no se refiere a la agonía de Jesús en el huerto. Aunque se asume el bautismo de Jesús (vea 1.29–34) y el llamado de los discípulos, los eventos no se abordan de manera explícita. Solo en 3.3, 5 y 18.36 usa Juan terminología referente al «reino», sin embargo, el término y la predicación al respecto son comunes en los Evangelios Sinópticos.

*Segundo, Juan incluye material adicional que no se encuentra en los demás relatos del Evangelio.* Esto incluye el Prólogo (1.1–18), el milagro en Caná (2.1–11), los encuentros de Jesús con Nicodemo (3.1–21) y la mujer samaritana (4.1–42), la sanidad del hombre cojo (5.1–47), la visión del hombre ciego (9.1–41), la resurrección de Lázaro (11.1–57), los extensos discursos públicos de Jesús (vea 6.26–71; 8.12–59; 10.1–21) y discursos privados con Sus discípulos (vea 14.1–17.26), y aspectos significativos de la narrativa de la pasión. Gran parte de este material se relaciona con el énfasis que Juan le dio al ministerio de Jesús en Judea y Samaria sobre Galilea, mientras que material adicional surge de ciertos temas que Juan deseó enfatizar.

*Tercero, la presentación del material por parte de Juan es diferente de los demás Evangelios.* El material de discurso es más que el material narrativo, y la proporción de este último con respecto al primero es mucho menor en Juan que en los Evangelios Sinópticos. Además, el estilo de los discursos en Juan es bastante diferente. Donald Guthrie observó que Juan (en contraste con los demás relatos del Evangelio) presenta a Jesús «en el papel de un rabino judío, utilizando métodos rabínicos de argumentación y sin el enfoque más popular tan

prominente en los demás». <sup>5</sup> El vocabulario griego de Juan es más simple que los Evangelios Sinópticos. Las cláusulas y las oraciones están conectadas con conjunciones simples y no están hechas para ser subordinadas. Además, el estilo de los discursos es tan similar a las secciones narrativas que es difícil distinguir entre la enseñanza de Jesús y la del autor. Por ejemplo, aunque las Biblias de «letra roja» atribuyen 3.16–21 a Jesús, es más probable que los versículos sean reflexiones del propio autor (vea comentarios sobre 3.16).

*Cuarto, el Evangelio de Juan presenta una serie de desafíos cronológicos en comparación con los Evangelios Sinópticos.* Quizás las preocupaciones más importantes son la fecha dada a la limpieza del templo, la duración del ministerio de Jesús y los eventos que rodean la pasión.

El problema inicial de la fecha es que el Evangelio de Juan coloca la limpieza del templo al comienzo del ministerio de Jesús (2.14–17), mientras que los Evangelios Sinópticos lo colocan al final de Su ministerio (Mt 21.12, 13; Mr 11.15–17; Lc 19.45, 46). Se han hecho intentos para resolver esta dificultad sosteniéndose que solo hubo una purificación del templo y que Juan estaba más interesado en la teología que en la cronología. Otra sugerencia es que hubo dos purificaciones separadas del templo: una al comienzo del ministerio de Jesús y otra al final (vea comentarios sobre 2.17).

La siguiente preocupación es la duración del ministerio de Jesús. Dado que Juan mencionó tres Pascuas (2.13; 6.4; 11.55), parece que el ministerio de Jesús duró al menos dos años y probablemente más como tres años. La referencia general a «una fiesta» en 5.1 podría referirse a una cuarta Pascua, lo que haría que el ministerio de Jesús durara más de tres años (vea comentarios sobre 5.1).

El último desafío importante con respecto a fechas se relaciona con los eventos que rodean la pasión. Vale la pena señalar dos puntos. 1) El momento de la Última Cena presenta un problema porque los Evangelios Sinópticos enseñan claramente que Jesús y Sus discípulos celebraron la Pascua el jueves por la tarde (Mt 26.17–30; Mr 14.12–26; Lc 22.7–39). Sin embargo, ciertas referencias en Juan han llevado a algunos eruditos a entender que Juan coloca la Última Cena el miércoles por la noche (vea 13.1, 29; 18.28; 19.14, 31, 42). Si este es el caso, entonces la crucifixión habría tenido lugar el jueves por la tarde cuando se estaban haciendo los preparativos

---

<sup>5</sup> Donald Guthrie, *New Testament Introduction (Introducción al Nuevo Testamento)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1990), 306.

para la próxima fiesta. Esto crea una discrepancia cronológica con los Evangelios Sinópticos (vea comentarios sobre 13.1). 2) Juan presenta a Pilato tomando su decisión final de crucificar a Jesús en «la sexta hora» (19.14), mientras que Marcos dice que fue «la tercera hora» cuando fue crucificado (Mr 15:25). Se han hecho varios intentos por resolver esta supuesta discrepancia (vea comentarios sobre 19.14).

## AUTORÍA

El tema de la autoría del Evangelio de Juan ha sido tan ampliamente debatido que es difícil determinar qué incluir en este comentario y qué excluir. Para los propósitos del presente trabajo, solo se dará un breve resumen de las dos amplias áreas de evidencia interna y externa. En cada una de estas áreas, la evidencia que se presenta será seguida por objeciones y respuestas.

### La evidencia interna

De acuerdo con los Evangelios Sinópticos, ningún pasaje explícito en el Evangelio de Juan identifica al autor. Sin embargo, el Evangelio proporciona algunas pistas sobre la identidad del autor. Durante mucho tiempo se reconoció que B. F. Westcott dio la presentación clásica de la evidencia interna de la autoría de Juan cuando hizo notar que el autor era «un judío, un judío de Palestina, un testigo ocular, un apóstol y, por último, San Juan, hijo de Zebedeo».<sup>6</sup>

*En primer lugar, el autor del Evangelio de Juan fue judío.* La aseveración se justifica por las siguientes consideraciones:

1) El autor estaba familiarizado con las costumbres y opiniones judías de la época. Incluyó ideas actuales sobre el Mesías (1.19–28, 45–49; 4.25; 6.14, 15; 7.27, 31, 41, 42; 12.13, 34). Además, el escritor relató la costumbre de la fiesta de bodas (2.1–11), la estimación de las mujeres (4.27), la creencia en la transmisión del pecado (9.2), la hostilidad entre judíos y samaritanos (4.9), la importancia de las escuelas rabínicas (7.15), y el desprecio de los fariseos del hombre común (7.49).

---

<sup>6</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), v. El análisis se desarrolla en las páginas v–xxviii. Hay un caso similar en Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., *The New International Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 4–15. Vea también A. Plummer, *The Gospel According to S. John (El Evangelio según San Juan)*, *The Cambridge Bible for Schools and Colleges* (Cambridge: University Press, 1886), 25–32. Mis comentarios se apoyan en estos autores.

2) El autor tenía un conocimiento preciso de las observancias judías. Escribió sobre el bautismo (1.25; 3.22, 23; 4.2), la purificación (2.6; 3.25; 11.55; 18.28; 19.31), el significado del día de reposo (vea 5.10; 7.22), los requisitos de la Ley sobre el testimonio (8.17, 18), las costumbres funerarias (19.40) y las fiestas judías (2.13, 23; 5.1; 6.4; 7.2, 37; 10.22; 13.1; 18.28; 19.31, 42).

3) El estilo de Juan es de origen judío. El Evangelio fue escrito en griego; sin embargo, el trasfondo es hebreo, incluyendo vocabulario, sintaxis y la disposición de ideas. El vocabulario es mucho más simple que el de otros libros del Nuevo Testamento. La estructura de la oración con frecuencia emplea cláusulas de coordenadas conectadas por «y» (καί, *kai*) en lugar de cláusulas subordinadas. La disposición de las ideas con frecuencia tipifica el paralelismo característico del hebreo. El Antiguo Testamento es claramente el trasfondo para el uso de imágenes por parte del autor, por ejemplo, el cordero, la serpiente de bronce, el agua viva, el maná, el pastor y la vid.

4) El Antiguo Testamento constituyó la fuente del vivir religioso para el autor. Juan 4.22 dice que «la salvación viene de los judíos». Abraham se gozó al ver el día de Jesús y se alegró (8.56). Los tipos del Antiguo Testamento de la serpiente de bronce (3.14), el maná (6.32), quizás el agua de la roca (7.37) así como la columna de fuego (8.12) y el cordero de la Pascua (19.36) se aplican a Jesús. Gran parte de lo que Jesús dijo e hizo fue para que las Escrituras se cumplieran (13.18; 17.12; 19.24, 28, 36, 37).

*En segundo lugar, el autor parece haber sido un judío palestino.* La evidencia de que el autor fue un judío palestino está respaldada principalmente por su conocimiento de la topografía. El énfasis del autor en los detalles es claramente evidente en esta área, ya que con frecuencia agregaba información sobre los lugares que citaba. «Betábara [*«Betania»*, NASB], al otro lado del Jordán» (1.28) se distingue de la Betania «cerca de Jerusalén, como a quince estadios» (11.18). Caná, que no fue mencionada por ningún escritor anterior, es «de Galilea» (2.1; vea 21.2), y se desciende de Caná a Capernaum en la costa noroeste del mar de Galilea (2.12; 4.47). «Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas» (3.23). Sicar era «una ciudad de Samaria [...] junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob» (4.5, 6). Se dice que el pozo de Jacob es «hondo» (4.11). Efraín se ubicaba «contiguo al desierto» (11.54).

El conocimiento topográfico del autor era igualmente significativo con respecto a Jerusalén. Conocía las actividades relacionadas con el tem-

plo antes de su destrucción (2.14–20). Sabía que, cerca de la puerta de las ovejas, había un estanque llamado «Betesda» que tenía cinco pórticos (5.2). También estaba familiarizado con el estanque de Siloé, cuyo nombre se traduce «Enviado» (9.7). Finalmente, sabía sobre el pórtico de Salomón en el monte del templo, donde Jesús andaba durante el invierno (10.23).

*En tercer lugar, el autor del Evangelio fue testigo ocular de los eventos que describió.* Lo anterior puede establecerse a partir de los siguientes hechos:

Afirmó estar dando testimonio como testigo ocular. Al comienzo del Evangelio, declaró que «vimos su gloria» (1.14). La palabra de la que se deriva «vimos» (θεάομαι, *theomai*) quiere decir ver con los ojos. De esta afirmación, es natural suponer que el autor se colocó entre los testigos oculares de Cristo. Un segundo reclamo aparece en 19.35: «Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis». Aunque tiene que plantearse la pregunta en cuanto a si el autor quiere decir que él mismo ha dado testimonio o que alguien más lo ha hecho, no hay ninguna razón concluyente para rechazar que el testimonio sea del propio autor. El versículo es muy similar a 21.24, donde «el discípulo a quien amaba Jesús» (21.20) se identifica como el que escribió el Evangelio y cuyo testimonio es verdadero.

Se puede citar una cantidad significativa de evidencia del Evangelio para apoyar que el autor fue un testigo ocular. 1) Dio descripciones vívidas de personas como Nicodemo, Pedro, Tomás, Judas Iscariote, Andrés, Pilato, María y Marta, la mujer samaritana, el hombre nacido ciego y otros. 2) Se dieron detalles relacionados con el tiempo que solo podrían ser conocidos por un testigo ocular. El autor no solo prestó atención a las estaciones como en las fiestas judías, sino que señaló los días (1.29, 35, 43; 2.1, 12; 4.40, 43; 6.22; 7.14, 37; 11.6, 17, 39; 12.1, 12; 19.31; 20.1, 26) así como las horas (1.39; 4.6, 52; 19.14). (Vea otras indicaciones de tiempo en 3.2; 6.16; 13.30; 18.28; 20.1, 19; 21.4.) 3) El autor citó detalles de números, como dos discípulos de Juan el Bautista (1.35), seis tinajas de piedra (2.6), cinco panes de cebada y dos pececillos (6.9), como veinticinco o treinta estadios (6.19), cuatro soldados (19.23), doscientos codos (21.8), y ciento cincuenta y tres peces (21.11). 4) El autor dio detalles de los lugares. Juan bautizó en Betábara y Aenón (1.28; 3.23). El hijo del funcionario real estaba enfermo en Capernaum mientras Jesús estaba en Caná (4.46). Jesús estaba más allá del Jordán, donde Juan estaba primero bautizando (10.40).

*En cuarto lugar, el autor fue un apóstol.* Conocía los

pensamientos de las personas en varias ocasiones (2.9; 11.13; 12.16; 13.22, 28; 20.9; 21.4, 12). Recordó las palabras que los apóstoles hablaron entre ellos (4.33; 16.17; 20.25; 21.3, 5, 7). Estaba familiarizado con los lugares que visitaban con frecuencia (11.54; 18.1, 2; 20.19). Conocía sus conceptos erróneos que luego fueron corregidos (2.21; 11.13; 12.16).

*En quinto lugar, el autor del Evangelio fue el apóstol Juan mismo.* Si en efecto el autor del Evangelio de Juan fue un apóstol, ¿hay alguna evidencia que sugiera algún apóstol en particular? Siguiendo una referencia al «discípulo a quien amaba Jesús» (21.20), el Evangelio dice: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero» (21.24). Aquí se hace referencia al discípulo amado como el que realmente escribió el Evangelio. Sin embargo, queda la interrogante sobre la identidad del discípulo amado. Puede que haya una referencia al discípulo amado en cinco pasajes (13.23; 19.26; 20.2; 21.7, 20). En 13.23, el discípulo amado «estaba recostado al lado de Jesús»; y fue este hombre quien, por sugerencia de Pedro, le preguntó a Jesús acerca de la identidad del que lo traicionaría (13.25). Luego se le menciona al pie de la cruz, donde Jesús le confió el cuidado de Su madre (19.26). Se le vuelve a ver la mañana de la resurrección de Jesús en la tumba vacía (20.2–10). En 21.7, el discípulo a quien amaba Jesús alertó a Pedro de que el que estaba en la orilla era el Señor. En 21.20, 21, Pedro, después de que Jesús le contó sobre Su muerte en el futuro, le preguntó sobre el destino del discípulo a quien amaba Jesús. Tradicionalmente, se ha sostenido que el discípulo amado no es otro que Juan el hijo de Zebedeo. Esta conclusión se basa en los siguientes tipos de consideraciones acumulativas:

1) Que el discípulo amado era uno de los Doce queda claro gracias a los Evangelios Sinópticos, que colocan solo a los apóstoles en la Última Cena (Mt 26.20; Mr 14.17; Lc 22.14).

2) El discípulo amado estaba en contacto cercano con Pedro. En todas las referencias al discípulo a quien amaba Jesús (13.23; 19.26; 20.2; 21.7, 20), con la excepción de la instancia en que Jesús confió el cuidado de Su madre a este discípulo (19.26) siempre se le menciona en compañía de Pedro. De los Evangelios Sinópticos puede verse que Pedro, Jacobo y Juan eran particularmente cercanos a Jesús, ya que este «círculo interno» es destacado con frecuencia. Se ven a Pedro y a Juan ministrando juntos en Hechos 3 y 4. Nuevamente, se les ve juntos cuando los apóstoles los enviaron a Samaria para colocar sus manos sobre algunos nuevos conversos (Hch 8.14).

3) El discípulo amado (21.20) estaba entre los

siete discípulos que fueron a pescar al final del Evangelio. Los que figuran en 21.2 incluyen a «Simón Pedro, Tomás llamado Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de [los] discípulos [de Jesús]». De esta lista, el discípulo amado tiene que ser uno de los hijos de Zebedeo o uno de los otros dos discípulos sin identificar. Después de un examen cuidadoso de toda la evidencia interna y externa, no es razonable concluir que fue uno de los discípulos no identificados. En consecuencia, tiene que ser uno de los dos hijos de Zebedeo. El discípulo no puede ser Jacobo porque fue martirizado durante el reinado de Herodes Agripa I (41–44 d.C.); Herodes «... mató a espada a Jacobo, hermano de Juan» (Hch 12.2). El discípulo amado vivió lo suficiente como para que se iniciara un rumor en la iglesia primitiva de que no moriría (21.23).

4) También se ha observado que en el Evangelio de Juan se habla con distinción de personas importantes. Pedro es constantemente conocido como «Simon Pedro» toda vez que estuvo ausente de una escena en particular por un tiempo (vea comentarios sobre 18.15). A Tomás se le identifica típicamente por su nombre griego «Dídimo» (11.16; 20.24; 21.2). Judas, quien le hizo una pregunta a Jesús en la Última Cena, se distingue de Judas «Isariote» (14.22). Se dice que Judas, que traicionó a Jesús, es «hijo de Simón» (6.71; 13.2, 26). Sin embargo, a Juan el Bautista (así identificado en los Evangelios Sinópticos) simplemente se le llama «Juan». Es claramente una persona importante, y se le menciona más de noventa veces en el Nuevo Testamento. A ningún otro Juan, además de este, se le nombra en este Evangelio. Juan el apóstol era muy prominente, y se esperaría que al menos fuera mencionado, especialmente porque a los personajes menos significativos se les menciona por nombre (como Felipe y Andrés). Aparentemente, Juan el hijo de Zebedeo sería la única persona que no creería que fuera necesario distinguir entre Juan el Bautista y él mismo.

### **Objeciones a la evidencia interna y respuestas**

Se debe prestar atención a algunas de las objeciones planteadas contra la evidencia interna en apoyo de que Juan el apóstol es el autor del Evangelio de Juan.

*En primer lugar, algunos no les convence la evidencia presentada de que Juan el hijo de Zebedeo era en verdad el discípulo a quien amaba Jesús.* Quizás su objeción más fuerte es que probablemente alguien no se referiría a sí mismo como «el discípulo a quien amaba Jesús». A primera vista, la objeción parece

razonable. Parece extraño que alguien se describiera a sí mismo de esa manera, ya que parece implicar que otros discípulos no son amados o al menos son amados menos. El apóstol Pablo no dio a entender que los gálatas eran menos amados cuando dijo que el Hijo de Dios «me amó y se entregó a sí por mí» (Ga 2.20). Si bien Jesús tenía algunos discípulos con los que obviamente estaba más cerca, es decir, Pedro, Jacobo y Juan, no quiere decir que compartió Su amor de manera arbitraria. Es razonable pensar que Juan simplemente se describió a sí mismo como lo hizo porque estaba tan abrumado y humillado por ser amado por el Hijo de Dios.

El rechazo de Juan el hijo de Zebedeo como el discípulo amado ha dado lugar a posibles alternativas para el discípulo amado. 1) Este discípulo podría representar una figura idealizada que simboliza al discípulo cristiano perfecto. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que el discípulo amado no fue simplemente una figura idealizada, sino una persona histórica genuina. 2) Quizás Lázaro fue el discípulo amado porque Jesús le dijo que lo amaba (11.5, 36). Este no puede ser el caso, ya que el discípulo tiene que haber sido uno de los Doce (vea página 8). Además, ¿por qué se le mencionaría a Lázaro por nombre en los capítulos 11 y 12 para posteriormente no mencionarse por nombre? 3) Algunos creen que Juan Marcos fue el discípulo amado. Su hogar estaba en Jerusalén (Hch 12.12) y puede que haya sido el lugar donde se celebró la Última Cena. Nuevamente, el discípulo amado era claramente uno de los Doce, y tradicionalmente a Marcos se le ha asociado con el segundo evangelio.

*En segundo lugar, también se ha señalado que gran parte de la narrativa tiene lugar en Judea, y se esperaría que un pescador galileo esté más interesado en Galilea.* Aunque Juan era de Galilea, cuando se escribió el Evangelio, había vivido en Judea y en Éfeso durante varios años. Más importante aún, tenemos que recordar que el interés de Juan iba más dirigido a consideraciones teológicas. En consecuencia, si bien prestó atención a algunos eventos galileos, como la boda en Caná, su atención se centró en Jerusalén, a donde vendría el esperado Mesías y sería eventualmente rechazado.

*En tercer lugar, se ha planteado la interrogante de si un pescador galileo sin educación podría haber escrito una narración como el Evangelio de Juan.* Juan y Pedro «eran hombres sin letras y del vulgo» (Hch 4.13). La expresión no quiere decir que fueran analfabetos o incompetentes. Las autoridades religiosas se sorprendieron de que Pedro y Juan, que no eran líderes religiosos reconocidos, fueran

tan elocuentes y competentes. Si bien es cierto que ninguno de los dos había sido educado en alguna escuela rabínica de distinción, estaban lejos de ser indoctos. A los niños judíos se les enseñaba a leer a una edad temprana, y dado que parece que Juan era de una familia algo acaudalada (vea Mr 1.20), se esperaba que fuera educado.

En cuarto lugar, se ha observado que a Juan y a su hermano se les describió como «Hijos del trueno» (Mr 3.17). Cuando los samaritanos no recibieron a Jesús, Jacobo y Juan le preguntaron a Jesús si deseaba que «[mandaran] que [descendiera] fuego del cielo» (Lc 9.54). En base a estas observaciones, se ha sugerido que Juan era impaciente, enojado, de mal genio e incluso vengativo. En consecuencia, se ha argumentado que no podría haber escrito un libro que parece ser de naturaleza tan serena. ¿Podría el mismo Juan que quiso hacer caer fuego sobre los samaritanos también escribir tan benevolentemente de las mismas personas (vea Jn 4)? Asumir que la naturaleza hostil de Juan le habría impedido escribir el Evangelio es ignorar no solo el poder del evangelio para transformar vidas de manera significativa, sino también el hecho de que en el momento de la escritura, Juan era mucho mayor y más maduro.

En quinto lugar, las omisiones y adiciones en el Evangelio de Juan y el estilo del Evangelio, en comparación con los Evangelios Sinópticos, a menudo se han interpretado como prueba de que el Evangelio de Juan no pudo haber sido de origen apostólico. Como ya se ha señalado, hay una serie de omisiones y adiciones en el Evangelio de Juan en comparación con los Evangelios Sinópticos (vea página 6). Sin embargo, ¿qué prueba esta observación? Si bien en el Evangelio de Juan falta la enseñanza en parábolas, Jesús no se limitó a un solo estilo de enseñanza. Los maestros a menudo usan diferentes estilos, dependiendo de las circunstancias que rodeaban la enseñanza. En Juan, se producen varios momentos de enseñanza en entornos más privados en lugar de públicos y abiertos. Como Juan fue escrito después de los Evangelios Sinópticos, los cristianos de la época ya habrían estado familiarizados con muchos eventos registrados en los demás Evangelios. El énfasis en Juan es generalmente teológico. Por esta razón, el autor no habría visto la necesidad de repetir muchas cosas con las que los cristianos ya estaban familiarizados. Adiciones como el milagro de la resurrección de Lázaro no son problemáticas. La tendencia en los Evangelios Sinópticos es no registrar milagros en la semana de clausura del ministerio de Jesús. El énfasis de Juan está en Su ministerio en Judea, donde ocurrieron los eventos de la última semana. Dado que el Evangelio de Juan se escribió algún

tiempo después de los otros tres relatos del Evangelio, es posible que esos Evangelios hayan omitido el episodio de Lázaro para proteger a los miembros de la familia que aún vivían de los buscadores de curiosidad. Juan, escribiendo en un día posterior, no se limitó tanto.

En sexto lugar, una objeción final es que, dado que Juan era un pescador galileo, no podía ser el «otro discípulo» que era conocido por el sumo sacerdote y tenía acceso al patio del sumo sacerdote (vea 18.15, 16). El «otro discípulo» tuvo que haber sido alguien del área de Jerusalén con una mayor posición social que la de un simple pescador. Sin embargo, no es improbable que Juan pudiera haber sido conocido por el sumo sacerdote y haber tenido acceso a su patio. Las distinciones sociales entre los trabajadores manuales y la élite educada no fueron tan significativas entre los judíos palestinos, por lo que el acceso al patio del sumo sacerdote no era improbable. Además, la evidencia bíblica sugiere que Juan y su familia tenían cierto grado de riqueza (vea Mr 1.20), por lo que podría haber sido conocido por el sumo sacerdote. Otras consideraciones en este sentido se sugieren en los comentarios sobre 18.15, 16.

### La evidencia externa

Los académicos están universalmente de acuerdo en que al final del siglo segundo, Juan el hijo de Zebedeo era considerado como el autor del Evangelio. Aunque los escritores anteriores (por ejemplo, Ignacio, Justino Mártir y Tatian) citaron el Evangelio como una fuente autorizada, los siguientes comentarios utilizarán solo referencias específicas a la autoría del Evangelio atribuido a Juan el apóstol.

En primer lugar, el testimonio más temprano e incontestable que atribuye la autoría del Evangelio a Juan es Teófilo de Antioquía (aprox. 181 d.C.). En su tratado a Autólico, mencionó a Juan por nombre y luego citó en parte Juan 1.1–3.<sup>7</sup>

En segundo lugar, la evidencia de Ireneo (aprox. 185 d.C.) es significativa. Este escribió: «Juan, el discípulo del Señor, que se recostó sobre Su pecho, publicó el Evangelio mientras residía en Éfeso en Asia».<sup>8</sup> Basado en los escritos de Eusebio, Ireneo afirmó que su autoridad fue Policarpo, quien, se afirmaba, estaba asociado con los apóstoles.<sup>9</sup> La fecha generalmente aceptada del martirio de Po-

<sup>7</sup> Teófilo *Apología a Autólico* 2.22.

<sup>8</sup> Ireneo *Contra las herejías* 3.1.1; también citado en Eusebio *Historia eclesiástica* 5.8.4. Además, vea Ireneo *Contra las Herejías* 2.22.5; 3.3.4; también citado en Eusebio *Historia eclesiástica* 3.23.3.

<sup>9</sup> Eusebio *Historia eclesiástica* 4.14.3–8.

licarpo es el año 156 d.C., cuando tenía ochenta y seis años. En consecuencia, no puede darse una razón legítima para debatir que él se asoció con algunos de los apóstoles en Asia. Puede encontrarse otra referencia significativa a Policarpo en la carta de Ireneo a Florino. En esta carta, Ireneo llamó la atención al recuerdo de su infancia de su asociación con Policarpo y el discurso de este último con Juan y otros que habían visto al Señor.<sup>10</sup> Basado en la evidencia de Policarpo, Ireneo aceptó a Juan como el autor del Evangelio y su origen en Éfeso.

*En tercer lugar, Clemente de Alejandría (aprox. 190 d.C.) atribuyó la autoría del Evangelio a Juan. Afirmó que Juan escribió una obra complementaria a los Evangelios anteriores (consulte la sección «Propósito y lectores», página 14). Según Eusebio, Clemente dijo: «Finalmente, Juan, al darse cuenta de que las cosas físicas habían sido expuestas en los [demás] Evangelios, siendo impulsado por sus compañeros e inspirado por el Espíritu, escribió un Evangelio espiritual».*<sup>11</sup>

*En cuarto lugar, se puede encontrar otra evidencia externa en los prólogos anti-marcionistas a los Evangelios. Marción (aprox. 140 d.C.) estaba convencido de un canon limitado del Nuevo Testamento e incluía solo diez cartas de Pablo y el Evangelio de Lucas. Sus enseñanzas dieron lugar a lo que se ha conocido como los prólogos anti-marcionistas (aprox. 150–180 d.C.). Aunque el texto es corrupto, el prólogo anti-marcionista de Juan, sin embargo, da testimonio de la autoría de Juan al sugerir que le dictó el Evangelio a uno de sus discípulos mientras estaba en Asia.*<sup>12</sup>

*En quinto lugar, una fuente importante de evidencia la constituye el Canon de Muratori (aprox. 190 d.C.). Este fragmento de literatura cristiana primitiva comprende quizás la lista más antigua conocida de la mayoría de los libros del Nuevo Testamento. Fue descubierto por Muratori (1672–1750), un sacerdote católico italiano. Esta literatura afirma que el Evangelio provino de Juan después de un sueño o una visión dada a Andrés de que Juan debería emprender la tarea de escribir bajo su propio nombre, pero que otros debían leer y revisar el trabajo.*<sup>13</sup> Si bien podría debatirse que Andrés sobrevivió hasta la fecha tardía de la producción del Evangelio, no hay motivos para debatir que Juan estaba relacionado con su escritura.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 5.20.4–8.

<sup>11</sup> Clemente de Alejandría *Hipotipos*, según se cita en Eusebio *Historia eclesiástica* 6.14.7.

<sup>12</sup> F. F. Bruce, *The Canon of Scripture (El canon de las Escrituras)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1988), 155–56.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, 159–60.

Se podría prestar atención a varias evidencias indirectas de la autenticidad del Evangelio de Juan, sin embargo, el testimonio directo de la autoría de Juan es fuerte y suficiente para los propósitos de este comentario. El testimonio interno del Evangelio mismo, como se señaló anteriormente, fortalece aún más la evidencia externa.

### **Objeciones a la evidencia externa y respuestas**

Al igual que con la evidencia interna, deben considerarse algunas de las objeciones planteadas contra la evidencia externa en apoyo de que Juan el apóstol sea el autor de este Evangelio.

*En primer lugar, gran parte de la crítica contra la evidencia externa se centra principalmente en los intentos de desacreditar el testimonio de Ireneo.* La duda de los académicos de aceptar la validez de la evidencia de Ireneo se debe en gran parte a las conclusiones ya hechas sobre la autoría de Juan. Si se concluye por alguna otra razón que Juan no pudo haber escrito el Evangelio, entonces la única alternativa es que Ireneo tuvo que haberse equivocado. En consecuencia, los críticos alegan que puesto que el testimonio de Ireneo se basó en los recuerdos de la infancia, tuvo que haberse equivocado acerca de la identidad de Juan, autor del Evangelio. H. P. V. Nunn encontró difícil creer que el pueblo de Asia sabía que el autor de Juan no era el apóstol, sin embargo, no corrigió la afirmación errónea de Ireneo. Nunn preguntó: «¿Cómo fue que cuando Ireneo, al final de su vida, promulgó su muy infundada afirmación de que el Apóstol escribió el Evangelio todos le creyeron tanto en Oriente como en Occidente?».<sup>14</sup> Guthrie hizo notar que «la confianza en el testimonio de Ireneo está respaldada por el reconocimiento de que todos los posteriores a él asumen la autoría apostólica del evangelio sin cuestionamientos (Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes)».<sup>15</sup> Parece razonable concluir que si hicieron eco de la evidencia de Ireneo, tuvieron que haber considerado su opinión como justificada.

*En segundo lugar, la evidencia de Ireneo ha sido descartada sobre la base de que confundió al apóstol Juan con Juan el anciano.* El apoyo a este argumento se encuentra en una declaración de Papías según lo citó Eusebio:

Si vino alguien que había seguido a los ancianos, pregunté por las palabras de los ancianos, lo que habían dicho Andrés o Pedro o Felipe o Tomás

<sup>14</sup> H. P. V. Nunn, *The Authorship of the Fourth Gospel (La autoría del cuarto Evangelio)* (Eton, England: Alden & Blackwell, 1952), 36.

<sup>15</sup> Guthrie, 271.

o Jacobo o Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor y lo que están diciendo Aristión y el anciano Juan, discípulos del Señor. Porque no consideré que los relatos de los libros pudieran tener el mismo valor para mí que las palabras de una voz viva y permanente.<sup>16</sup>

La declaración de Papías dista de ser clara y está abierta a la interpretación. Eusebio entendió que sus palabras se referían a dos Juanes en Asia, uno designado como «apóstol» y el otro como «el anciano Juan».<sup>17</sup> En apoyo de su teoría, citó un comentario de Dionisio, obispo de Alejandría del 248 d.C. al 264, en el sentido de que había dos tumbas en Éfeso, las cuales llevaban el nombre de Juan.<sup>18</sup> Eusebio no tenía conocimiento personal de dos tumbas; simplemente citó la afirmación de Dionisio, que se basó en rumores. Eusebio sostuvo que el apóstol Juan era el autor del Evangelio y que el anciano Juan era el autor del Libro de Apocalipsis.

Si bien es cierto que las palabras de Papías no excluyeron a dos Juanes diferentes, deben tenerse en cuenta los siguientes puntos:

1) Si bien Papías mencionó dos grupos, incluidos los apóstoles (aunque Papías no usó esa palabra) y los ancianos, la pregunta parece ser si este último debe distinguirse o identificarse con el primero. Si se desea hacer una distinción, entonces el verbo «habían dicho» tiene que referirse a los hombres del primer grupo que fallecieron para cuando Papías estaba escribiendo. En consecuencia, el verbo «están diciendo» tiene que referirse a la próxima generación, asumiendo que la segunda referencia al anciano Juan tiene que ser a una persona diferente, un contemporáneo de Papías y que no había visto a los apóstoles. Sin embargo, como dijo Everett F. Harrison,

Es posible que sea el mismo individuo en ambos lugares, solo que se le ve bajo dos condiciones, primero como asociado con otros apóstoles y presumiblemente trabajando en Palestina, luego como accesible para Papías, junto con Aristion, en un momento en que los demás apóstoles habían fallecido.<sup>19</sup>

Si se objeta que a Juan se le llama «el anciano» en el segundo grupo, debe hacerse notar que a los apóstoles ya se les ha llamado «ancianos» anteriormente en la declaración, y es improbable que el

término tenga un significado diferente en una sola oración. Suponiendo que Juan el apóstol escribió las epístolas de Juan, se refirió a sí mismo como «anciano» en 2ª Juan 1 y 3ª Juan 1 (comparar con 1ª P 5.1). Al segundo Juan simplemente se le identifica con el primer Juan, y se hace una distinción entre lo que Juan «había dicho» antes y lo que estaba «diciendo» ahora.

2) La interpretación dada por Eusebio de las palabras de Papías de que había dos Juanes diferentes podría haberse dado como resultado de su propia agenda. D. A. Carson hizo notar: «Le disgustaba tanto el lenguaje apocalíptico de Apocalipsis que le complacía mucho encontrar posible asignar su autoría a un Juan que no fuera el apóstol, y se apodera de “Juan el anciano” de la forma como lo ha “extraído” de Papías».<sup>20</sup>

3) Finalmente, aparte del alegato de Eusebio, no hay otra información histórica sobre un anciano Juan distinto de un apóstol. Con respecto a esa persona, Papías no dio más información. No se sabe nada sobre dónde vivió, ni hay evidencia de que haya escrito algo.

*En tercer lugar, los estudiosos han señalado el silencio de Ignacio, obispo de Antioquía, como un desafío contra el hecho de que Juan fuera el autor del Evangelio.* Ignacio, considerado por la tradición como discípulo de Juan, fue martirizado en Roma en el año 108 d.C. En su viaje a Roma, Ignacio escribió seis cartas a las iglesias en la región de Asia Menor y una carta a Policarpo. En su carta a los efesios, mencionó a Pablo y su relación con los efesios, sin embargo, no dijo nada acerca de Juan. Claramente, por lo que se argumenta, si Juan hubiera sido residente de Éfeso, Ignacio habría dicho algo de él. La crítica no tiene mucho peso, porque un hombre destinado al martirio en Roma, naturalmente, estaría más interesado en Pablo (quien fue martirizado) que en Juan (quien murió de muerte natural).

*En cuarto lugar, la autoría del Evangelio por el apóstol Juan fue rechazada por una secta de Asia Menor que surgió alrededor del año 170 d.C. llamada «los Alogi».* El nombre es un juego de palabras, queriendo decir que eran ilógicos y en contra de la doctrina del λόγος (*Logos*). Epifanio los mencionó rechazando la autoría de Juan y asignaron el Evangelio, junto con el Libro de Apocalipsis, al gnóstico Cerinto.<sup>21</sup> Puede que los Alogi haya sido la misma secta mencionada por Ireneo que rechazaban el Evangelio

<sup>16</sup> Eusebio *Historia eclesiástica* 3.39.4.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, 3.39.6.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 7.25.16.

<sup>19</sup> Everett F. Harrison, *Introduction to the New Testament (Introducción al Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1971), 220.

<sup>20</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 70.

<sup>21</sup> Epifanio *Panarion* 51.3.

y las promesas del Espíritu Santo.<sup>22</sup> Su oposición probablemente no se debió tanto a la autoría, sino a su oposición a los montanistas, quienes enfatizaron ciertas doctrinas como la doctrina del *Logos* y la doctrina del Espíritu Santo. Los montanistas se originaron en el siglo segundo como un movimiento intelectual que enfatiza la obra del Espíritu Santo. No se debe poner mucho peso en las posiciones dogmáticas respaldadas por este grupo, que finalmente se extinguieron alrededor del año 220 d.C.

En quinto lugar, se afirma que Juan no pudo ser el autor del Evangelio porque sufrió el martirio de manera temprana. Esto se basa en dos escritores, Felipe de Side del siglo quinto y George Harmartolos del siglo noveno. Estos hombres registraron declaraciones atribuidas a Papías que indican que Juan y Jacobo fueron muertos por los judíos. En Harmartolos, la declaración está respaldada por una cita de Marcos 10.39. La falta de fiabilidad de lo afirmado puede verse en diferentes formas. 1) Jacobo, el hermano de Juan, fue ejecutado por orden de Herodes, no de los judíos (Hch 12.1, 2). 2) Marcos 10.39 no necesariamente supone el martirio de Jacobo y Juan. Solo si se buscara podría detectarse el martirio en el pasaje. Jesús simplemente estaba anunciando que ambos compartirían sus sufrimientos. 3) Ireneo y Eusebio, quienes sostuvieron que Juan vivió hasta una edad avanzada en Éfeso, conocían las obras de Papías, sin embargo, nunca se refirieron al presunto martirio de Juan.<sup>23</sup> 4) Hechos 12.1, 2 dice que Herodes ordenó que Jacobo el hermano de Juan fuera ejecutado a espada, sin embargo, no dice nada acerca de la muerte de Juan. Además, Gálatas 2.9, escrito después del martirio de Jacobo, describe a Juan como uno de los pilares de la iglesia.

En resumen, basándose en las críticas de que Juan es el autor, los argumentos presentados distan mucho de ser concluyentes. La evidencia de Teófilo, Ireneo, Clemente de Alejandría y demás escritores del siglo segundo sobre la autoría del Evangelio de Juan es fuerte. La evidencia externa, junto con la evidencia interna más importante, lleva a la conclusión de que Juan, el hijo de Zebedeo, fue de hecho el autor del Evangelio que lleva su nombre.

## FECHA Y LUGAR DE ESCRITURA

La fecha del Evangelio de Juan, como otros libros

<sup>22</sup> Ireneo *Contra las herejías* 3.11.9. Una traducción al inglés de Ireneo identifica erróneamente a los herejes como montanistas, sin embargo, la secta no se nombra en el texto latino.

<sup>23</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 103–4.

del Nuevo Testamento, no se decide fácilmente con precisión. Se han presentado varias sugerencias, incluso desde antes de la caída de Jerusalén (70 d.C.) hasta el último cuarto del siglo segundo (aprox. 175 d.C.). Las fechas de finales del siglo segundo se han descartado en su mayor parte en base al descubrimiento en Egipto de dos fragmentos de papiro: el Papiro Rylands 457 (P<sup>52</sup>) y el Papiro Egerton 2. El primero es la pieza más antigua del Nuevo Testamento conocida en existencia, y ahora reside en la Biblioteca John Rylands en Manchester, Inglaterra. Ambos fragmentos de papiro se remontan a la primera mitad del siglo segundo y contienen partes del Evangelio de Juan. Dando tiempo para que el Evangelio circulara desde su lugar de composición hasta Egipto, parecería que a principios del siglo segundo, quizás alrededor del año 110 d.C., es la última fecha que razonablemente podría sugerirse para el Evangelio de Juan.

Algunos estudiosos, como John A. T. Robinson,<sup>24</sup> han propuesto una fecha temprana (anterior al 70 d.C.) para la composición del Evangelio. Uno de los principales argumentos, y quizás el más fuerte, en el que se basa lo anterior es la declaración de Juan en 5.2: «Y hay [ἔστιν, *estín*; tiempo presente] en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque». La implicación es que Juan estaba describiendo un estanque que aún existía en el momento de su escritura. Si este es el caso, entonces Jerusalén no había sido destruida en ese momento. Sin embargo, como observó Westcott, «es bastante natural que San Juan, al recordar el evento, hable del lugar tal como lo conocía».<sup>25</sup> Además, es razonable pensar que al momento de escribir las ruinas del estanque todavía eran visibles o incluso había sido reconstruido. Nuevamente, se sabe comúnmente que Juan usó el tiempo presente en un sentido «histórico», es decir, para referirse a eventos pasados (vea, por ejemplo, 10.8).

El consenso general entre los estudiosos es que el Evangelio fue escrito en las últimas dos décadas del siglo primero, en algún momento entre el año 80 d.C. y el año 95 d.C. Esta conclusión se basa en las siguientes observaciones:

1) La tradición temprana respalda la opinión de que Juan vivió hasta una edad avanzada, incluso durante el reinado de Trajano (98–117 d.C.).<sup>26</sup> Jerónimo dijo que Juan murió en el sexagésimo octavo

<sup>24</sup> John A. T. Robinson, *Redating the New Testament (Una nueva fecha para el Nuevo Testamento)* (London: SCM Press, 1976), 254–311.

<sup>25</sup> Westcott, 81.

<sup>26</sup> Ireneo *Contra las herejías* 2.22.5; 3.3.4.

año después de la muerte de Jesús.<sup>27</sup> La tradición además hace notar que Juan fue el último de los escritores del Evangelio en componer su obra.<sup>28</sup>

2) En general, se acepta que si Juan conocía los Evangelios Sinópticos, entonces su relato del Evangelio tuvo que haberse escrito posteriormente. Muy poco de su contenido se encuentra en los otros tres relatos. Se supone que los personajes del Evangelio de Juan que también aparecen en los Evangelios Sinópticos son conocidos por los lectores de Juan. En contraste, Nicodemo, que solo se le menciona en el Evangelio de Juan, es identificado explícitamente.

3) Algunos estudiosos han encontrado apoyo para una fecha posterior apelando al silencio del Evangelio sobre algunos detalles. Por ejemplo, no dice nada sobre los saduceos, que habrían sido importantes durante el ministerio de Jesús, pero cuya importancia fue mucho menor después de la destrucción del templo. Se debe tener precaución al atribuirle demasiado peso a lo anterior, ya que «Juan igualmente guarda silencio sobre los escribas, cuya influencia se *incrementó* después del año 70 d.C.».<sup>29</sup> El Evangelio también guarda silencio sobre la destrucción del templo, un evento al que el apóstol ciertamente habría llamado la atención si había escrito poco después de su destrucción en el año 70 d.C. Por otro lado, si el Evangelio fue escrito posteriormente, la destrucción del templo podría simplemente haberse dado por sentado. Nuevamente, no se le debe dar demasiado peso a los argumentos basados en el silencio. Sin embargo, tales argumentos, cuando vienen acompañados de otras consideraciones, parecen apuntar a una fecha posterior.

Si bien es fácil establecer la fecha del Evangelio de Juan, parece claro que no se justifica una fecha anterior o inmediatamente posterior al 70 d.C. ni una fecha en el siglo segundo. Después de todo, el peso de la evidencia sugiere una fecha en las últimas dos décadas del siglo primero, entre el año 80 d.C. y el año 95 d.C.

El lugar tradicional desde donde se escribió el Evangelio de Juan es Éfeso. Cerca del final del siglo primero, la evidencia parece mostrar que discípulos en Asia le pidieron a Juan que escribiera un relato de la vida y las enseñanzas de Jesús. Sin duda, Juan había proclamado el contenido del Evangelio de forma oral, y el deseo de los discípulos fue que esta proclamación se conservara de forma permanente.

<sup>27</sup> Jerónimo *Sobre hombres ilustres* 9.

<sup>28</sup> Ireneo *Contra las herejías* 3.1.1; Clemente de Alejandría *Hipotipos*, según se cita en Eusebio *Historia Eclesiástica* 6.14.7.

<sup>29</sup> Carson, 84.

Algunos encuentran apoyo para Éfeso basado en el uso del Evangelio por parte de los montanistas, quienes en su mayor parte estaban establecidos en Frigia, que no está tan lejos de Éfeso. Otros señalan el papel desempeñado por Juan el Bautista en el Evangelio. Los discípulos de Juan plantearon preguntas sobre el bautismo de Juan en Éfeso (Hch 19.1–7), y estas preguntas podrían no haberse resuelto por completo en el momento de la composición del Evangelio. El apoyo más fuerte para Éfeso es el que se encuentra en el testimonio patrístico unánime.<sup>30</sup> Ningún otro lugar fue identificado por los escritores de la antigüedad.

Antioquía es quizás la alternativa más popular en cuanto al origen del Evangelio. Los escritos de Ignacio de Antioquía parecen indicar una dependencia literaria en Juan. Además, se ha observado que las *Odas de Salomón*, que se cree que son de Siria, se parecen al Evangelio.

También se ha sugerido Alejandría o algún lugar de Egipto como el origen del Evangelio. Ya se ha hecho notar que el primer manuscrito de Juan fue hallado en Egipto. Alejandría era el hogar de Filón, y sus escritos comparten algunos intereses comunes con Juan. Además, los gnósticos hicieron uso de Juan, y Egipto fue significativo en el crecimiento y desarrollo del gnosticismo. Se ha propuesto que lo anterior se debe a la existencia del Evangelio en Egipto.

El origen del Evangelio de Juan no puede decirse a partir del texto mismo. La fortaleza para que Éfeso sea su lugar de escritura es coherente. Nada en la tradición respalda las otras dos sugerencias. En consecuencia, a la luz del testimonio de los siglos segundo y tercero, Éfeso es la propuesta más razonable para su origen.

## PROPÓSITO Y LECTORES

Al igual que con otras características del Evangelio, el propósito de Juan ha sido muy debatido, dando como resultado una variedad de conclusiones.

*En primer lugar, quizás el primer intento de analizar el propósito de Juan fue el de Clemente de Alejandría, quien dijo que Juan escribió para complementar los Evangelios anteriores. Él escribió: «Por último, Juan, al darse cuenta de que las cosas físicas habían sido expuestas en los [otros] Evangelios, siendo impulsado por sus compañeros e inspirado por el Espíritu, escribió un Evangelio espiritual».*<sup>31</sup> Lo anterior plantea el problema de la relación del Evangelio de Juan

<sup>30</sup> Ireneo *Contra las herejías* 3.1.1; vea Eusebio *Historia eclesiástica* 3.1.1.

<sup>31</sup> Clemente de Alejandría *Hipotipos*, como se cita en Eusebio *Historia eclesiástica* 6.14.7.

con los Evangelios Sinópticos. Este punto de vista supone que Juan tenía los otros Evangelios antes que él y no estuvo satisfecho con su contenido; en consecuencia, Juan los complementó con contenido de un tipo diferente. Es difícil establecer sobre bases puramente literarias que Juan dependió de uno o más de los Evangelios Sinópticos. Parece claro de lo que se recoge del Evangelio mismo que Juan esperaba que sus lectores estuvieran familiarizados con los demás relatos del Evangelio. Si este es el caso, entonces la omisión de material sinóptico no debería sorprendernos. Juan tuvo su propio propósito (20.31) que determinó lo que decidió incluir y excluir en su trabajo particular.

*En segundo lugar, se ha sostenido que el Evangelio de Juan fue escrito con el propósito de reemplazar los Evangelios Sinópticos.* Guthrie observó que si este fuera el caso, entonces «el evangelio daría un relato incompleto e inadecuado del ministerio de Jesús. Necesita los sinópticos para hacerlo inteligible...».<sup>32</sup> Para cuando se escribió el Evangelio de Juan, los demás Evangelios habían existido durante años, y es difícil imaginar que alguien pensaría que Juan habría sido escrito para reemplazar cualquiera de los otros.

*En tercer lugar, se ha sostenido que el Evangelio fue escrito como una polémica contra judíos incrédulos.* Se puede encontrar apoyo para lo anterior en cómo se usa la frase «los judíos» a lo largo del Evangelio. Aparece más de sesenta veces en Juan, mucho más que en todos los Evangelios Sinópticos combinados, y con frecuencia denota a aquellos que fueron hostiles con Jesús (vea comentarios sobre 1.19). Si bien hay algo de verdad en que Juan fue escrito como una polémica contra los judíos, este parece ser solo un aspecto del Evangelio y no el principal interés.

*En cuarto lugar, se ha sostenido que uno de los principales objetivos del Evangelio era combatir el docetismo, una forma particular de gnosticismo.*<sup>33</sup> El gnosticismo es una clasificación de sectas y religiones que se centran en el conocimiento experimental de lo divino en lugar de confiar en la fe. El gnosticismo, como movimiento, apareció en el siglo segundo. Sostenía que la materia es mala y que se podría poseer un conocimiento espiritual superior que era más importante que la fe. Como se ha sostenido que el Evangelio fue escrito en la última parte del siglo primero, decir que el propósito principal de Juan era escribir una polémica contra el gnosticismo parece decir demasiado. Sin embargo, parece justo

decir que Juan estaba respondiendo a la enseñanza docética. El docetismo (del *δοκέω* [*dokeō*], «parecer») era una forma de gnosticismo dentro del cristianismo primitivo que abogaba que Jesús realmente nunca vino en la carne; no fue una persona de carne y hueso, sino solo un fantasma que se le aparecía a sus seguidores. Leon Morris dijo que está claro que la herejía docética no apareció en el siglo primero, «sin embargo, ciertos elementos que luego se encarnarían en esta herejía parecen haber sido bastante tempranos».<sup>34</sup> Aunque el docetismo en su forma más completa no existía en el momento de la escritura de Juan, éste se enfrentó con aquellos que tenían una mentalidad docética. A lo largo del Evangelio, se pone gran énfasis en la humanidad de Jesús. Por ejemplo, Jesús se cansó y tuvo sed (4.6, 7); se afligió profundamente y lloró en la tumba de Lázaro (11.33–38); y tuvo un cuerpo real que podía ser azotado (19.1) y crucificado (19.18). Se puede ver fácilmente cómo el Evangelio de Juan (y especialmente 1<sup>a</sup> Juan) demostró ser útil para combatir esa herejía, sin embargo, no quiere decir que fuera el propósito principal de Juan.

*Quinto, se ha sugerido que Juan estaba escribiendo para corregir malentendidos sobre Juan el Bautista.* Hechos 19.1–7 deja claro que hubo seguidores de Juan el Bautista en Éfeso que tenían un entendimiento imperfecto sobre la fe cristiana. En consecuencia, algunos como R. H. Strachan han sostenido que al menos uno de los objetivos de Juan era contrarrestar cualquier lealtad a Juan el Bautista que debía haberse dado a Jesús.<sup>35</sup> El Evangelio demuestra claramente que Juan el Bautista tenía un papel subordinado al de Jesús. Juan fue enviado por Dios como dar testimonio de Jesús (1.6–8). Juan dijo de sí mismo que no era digno de desatar la correa de la sandalia de Jesús (1.27). Nuevamente, Juan dijo: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (3.30). Aunque Jesús le otorgó importancia al testimonio de Juan, dijo que Él tenía mayor testimonio que el de Juan (5.33–40). Si bien todo debe admitirse, parece evidente que las mismas enseñanzas relativas al papel de Juan el Bautista pueden encontrarse en los Evangelios Sinópticos. En consecuencia, Juan pudo haber estado pensando en algunos de los seguidores de Juan el Bautista en los comentarios iniciales de su Evangelio, sin embargo, no es motivo suficiente para decidir que fue uno de sus propósitos principales al escribir.

*En sexto lugar, algunos han pensado que el Evangelio fue escrito para oponerse a los maestros cristianos que*

<sup>32</sup> Guthrie, 286.

<sup>33</sup> R. H. Strachan, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)* (London: Student Christian Movement Press, 1941), 44–45.

<sup>34</sup> Morris, 31.

<sup>35</sup> Strachan, 109–10.

le daban demasiado o muy poco énfasis en los ritos del bautismo y la Cena del Señor.<sup>36</sup> La opción que adopte el intérprete depende de cuánto piense que Juan analiza o no estos ritos. Algunos estudiosos sostienen que ni el bautismo ni la Cena del Señor son el foco del Evangelio. Anderson hizo notar: «Si el único libro del Nuevo Testamento que tuviéramos fuera el Evangelio de Juan, no habría una base bíblica para los ritos cristianos del bautismo y la comunión».<sup>37</sup> Por otro lado, Oscar Cullmann dijo que era su intención «mostrar cómo el Evangelio de Juan lo considera como una de sus principales preocupaciones para establecer la conexión entre la adoración cristiana contemporánea y la vida histórica de Jesús».<sup>38</sup> Se sostiene en este comentario que, si bien el bautismo es de hecho a lo que se refería Jesús cuando habló del nuevo nacimiento en Juan 3 (vea comentarios sobre 3.5), la Cena del Señor propiamente dicha no es el tema de análisis en Juan 6 (vea comentarios sobre 6.51–58). Obviamente, el Evangelio corregiría cualquier enseñanza errónea sobre cualquiera de los ritos si efectivamente existieran tales enseñanzas, sin embargo, afirmar que este es el propósito principal del Evangelio claramente va más allá de la evidencia encontrada en el Evangelio.

Séptimo, algunos ven que el propósito del Evangelio es presentar su mensaje de una manera helenística al mundo gentil. Para lograrlo, la vida y las enseñanzas de Jesús se explican en términos religiosos comprensibles para la mente griega. El representante clásico de este punto de vista es C. H. Dodd, quien sostuvo que el Evangelio tiene que interpretarse en un contexto helenístico.<sup>39</sup> Supuestamente, se encuentra evidencia de apoyo en el Prólogo con su énfasis en el *Logos*, un concepto que sería familiar entre ciertos griegos, y en el hábito de Juan de explicar ciertos términos judíos como «Rabí» (1.38). Además, las «otras ovejas» (10.16), así como los «que estaban dispersos» (11.52) se refieren a los gentiles. En 12.20, Juan se refiere a los gentiles de nacimiento que hablaban el idioma griego. Sin embargo, el hecho de que el Evangelio es más judío de lo que se pensaba anteriormente es respaldado por los Rollos del Mar Muerto. Estos descubrimientos parecen indicar que los términos, que antes se creía eran de origen griego, eran de hecho judíos

<sup>36</sup> Morris, 32–33.

<sup>37</sup> Anderson, 228.

<sup>38</sup> Oscar Cullmann, *Early Christian Worship (La adoración cristiana primitiva)* (London: SCM Press, 1953), 37.

<sup>39</sup> C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto Evangelio)* (Cambridge: University Press, 1953), 9.

en el momento en que se compuso el Evangelio. En consecuencia, a pesar del intento de Juan por atraer a los gentiles, parece evidente que el antecedente predominante es el judío.

Finalmente, el Evangelio fue escrito para producir fe en Jesús. Para comprender el propósito de Juan, se debe prestar especial atención a lo que Juan mismo dijo:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30, 31).

Esta declaración de propósito es la más clara en todos los Evangelios y quizás en cualquier parte de las Escrituras.

A pesar de la claridad de la declaración, hay una pregunta textual sobre si el énfasis está en *continuar en la fe* o en *llegar a la fe*. La forma del verbo «creáis» (πιστεύω, *pisteuō*) en el versículo 31 podría leerse como un subjuntivo presente o aoristo (vea comentarios sobre 20.30, 31). Como presente, parece que el énfasis de Juan sería alentar a las personas a *continuar en la fe*. Como aoristo, parecería que su énfasis sería alentar a las personas a *llegar a la fe*. Aunque la evidencia del manuscrito favorece el aoristo, la visión correcta no puede determinarse sobre la base de la variante textual.

Que el objetivo principal del Evangelio de Juan era evangelístico parece claro sobre la base de la cláusula del primer propósito de 20.31: «para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios». Parece obvio que los creyentes ya sabrían que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. El título «Cristo» se refiere al Mesías y quiere decir «Ungido»; tendría su significado pleno para el pueblo judío. Solo en el Evangelio de Juan se encuentra el título «Mesías» en su forma transliterada (vea 1.41; 4.25). W. C. van Unnik sostuvo que la predicación de Pablo en las sinagogas de la Dispersión fue la misma que la de Juan, presentando a Jesús como el Cristo.<sup>40</sup> Harrison ha dicho: «Esto sugiere que el Cuarto Evangelio iba dirigido principalmente a judíos de la Dispersión, y de hecho manifiesta un fuerte interés en los que están lejos de su tierra (7.35; 10.16; 11.52)».<sup>41</sup> Juan pudo haber estado escribiendo, entonces, con un

<sup>40</sup> W. C. van Unnik, «The Purpose of St. John's Gospel» («El propósito del Evangelio de San Juan»), en *Studia Evangelica*, vol. 1, ed. Kurt Aland, F. L. Cross, Jean Danielou, Harald Riesenfeld y W. C. van Unnik (Berlin: Akademie-Verlag, 1959), 395–411.

<sup>41</sup> Harrison, 226.

propósito particular de evangelizar a los judíos de la Dispersión y a los prosélitos judíos.

El contexto en el que se escribió Juan era considerablemente diferente del aquel en que tuvieron lugar los eventos registrados. Para cuando se escribió el libro, los cristianos habían comenzado a extenderse más allá de su entorno conocido. Con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., muchos judíos siguieron un camino que otros judíos habían pisado antes. Desde el exilio de Babilonia, muchos judíos habían estado viviendo fuera de Palestina en medio de poblaciones griegas. A mediados del siglo primero, probablemente más judíos vivían fuera de su tierra natal de lo que efectivamente vivían en ella. Esta extensa difusión de la población judía en todo el Imperio Romano se llama la «Diáspora». El entorno de la Diáspora trajo desafíos únicos para las comunidades judías. Sin su templo, los judíos enfrentaron el desafío de funcionar sin un sistema de sacrificios. Andreas J. Köstenberger hizo notar que la destrucción del templo en el año 70 d.C. fue «un evento traumático que dejó al judaísmo en un vacío nacional y religioso y provocó que los judíos buscaran formas de continuar su ritual y adoración».<sup>42</sup> Fue en este contexto que Juan aprovechó la oportunidad para apelar a los judíos de la Diáspora y a los prosélitos judíos para que recurrieran a Jesús, la nueva ubicación de la presencia de Dios en la tierra. Jesús se convirtió en el reemplazo del templo y todo lo que significaba para la vida y la adoración judía (vea comentarios sobre 2.21, 22). Robinson dijo que la «preocupación dominante

---

<sup>42</sup> Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 8.

de Juan es que “el gran rechazo” mostrado por sus compatriotas en casa no debe ser repetido por esas otras ovejas del rebaño de Dios entre las cuales ahora ha encontrado refugio».<sup>43</sup>

Si lo que se ha sostenido es correcto, se deben hacer algunos puntos de aclaración. 1) «No quiere decir que el Evangelio de Juan fue un documento evangelístico escrito *directamente* a los no creyentes».<sup>44</sup> Juan probablemente escribió su Evangelio para que los creyentes puedan proclamar el mensaje de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, a los no creyentes entre quienes ellos moraban. 2) Además, no quiere decir que el Evangelio de Juan se limitara a los judíos y prosélitos de la Diáspora. Sin duda, «la salvación viene de los judíos» (4.22); sin embargo, luego debe proceder a los gentiles (vea 10.16). El Padre dio a Su Hijo «para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (3.16; vea Ro 1.16). 3) Además, no quiere decir que el Evangelio no tenga relevancia para los cristianos hoy. El énfasis de Juan generalmente parece estar en alentar a las personas a venir a la fe, mientras que los capítulos 13 al 21 parecen enfatizar alentar a las personas a continuar en la fe. El Evangelio de Juan trata de la fe, cumpliendo dos impulsos: evangelizar y edificar. Juan quería que las personas creyeran en Jesús y luego entendieran qué quiere decir permanecer en Él.

---

<sup>43</sup> John A. T. Robinson, *Twelve New Testament Studies (Doce estudios del Nuevo Testamento)*, Studies in Biblical Theology, 34 (London: SCM Press, 1962), 125.

<sup>44</sup> Andreas J. Köstenberger, *Encountering John: The Gospel in Historical, Literary, and Theological Perspective (Encuentro con Juan: el Evangelio en perspectiva histórica, literaria y teológica)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 1999), 28.

# El prólogo

## (1.1-18)

Los primeros dieciocho versículos del Evangelio de Juan constituyen lo que comúnmente se ha llamado el «Prólogo». Algunos han pensado que esta sección de Escritura estaba originalmente separada del resto del libro. Si bien algunos no ven una conexión real entre el Prólogo y el resto del Evangelio de Juan, es más probable que haya sido escrito para este lugar exacto en el texto y haya sido diseñado para presentar el Evangelio en sí. El apoyo a lo anterior radica en los paralelos entre el Prólogo y el resto del Evangelio, como los siguientes:<sup>1</sup>

<i>Lenguaje Paralelo</i>	<i>Prólogo</i>	<i>Resto de Juan</i>
la preexistencia del Verbo/Hijo	1.1, 2	17.5
en Él estaba la vida	1.4	5.26
la vida era la Luz	1.4	8.12
las tinieblas no prevalecieron contra la Luz	1.5	12.35
la Luz viene al mundo	1.9	3.19; 12.46
Jesús no es recibido por los Suyos	1.11	4.44
es nacido de Dios y no de la carne	1.13	3.6; 8.41, 42
vemos Su gloria	1.14	12.41
el unigénito Hijo	1.14, 18	3.16
la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo	1.14, 17	14.6
nadie ha visto a Dios, excepto el que viene de Dios	1.18	6.46

El Prólogo no es solo un prefacio del libro, como

<sup>1</sup> Adaptación hecha de John A. T. Robinson, *Twelve More New Testament Studies (Doce estudios adicionales del Nuevo Testamento)* (Londres: SCM Press, 1984), 68. Las conexiones narrativas con Juan el Bautista han sido excluidas.

el escrito por Lucas para su relato del Evangelio (Lc 1.1-4). Como una obertura estimula el interés en el programa a seguir, el Prólogo prepara a los lectores para los grandes temas a seguir. En los primeros dieciocho versículos, los temas presentados a lo largo del Evangelio incluyen el énfasis de Juan en la «vida» y la «luz» (1.4, 5, 7-9); el «testimonio» (1.7; vea 1.15); el «mundo» (1.10); y la «gloria», la «gracia» y la «verdad» (1.14, 17). C. H. Dodd escribió que el Prólogo es un «bosquejo esqueleto [...] a ser completado con detalles concretos del evangelio en su conjunto».<sup>2</sup>

Si el Prólogo sirve como una especie de introducción o resumen del resto de la narración, es importante evaluar su tema central. Algunos han pensado que el énfasis del Prólogo es que «aquel Verbo fue hecho carne» (1.14). La expresión «el Verbo», aunque se usa solo cuatro veces en el Prólogo (tres veces en 1.1) y no se repite en ninguna otra parte del Evangelio, constituye una idea central en Juan. Puede que el Prólogo no trate tanto de que el Verbo fue hecho carne como sí de la respuesta de la humanidad al Verbo. Varios estudiosos han llamado la atención a ello y han citado el análisis literario quiástico de R. Alan Culpepper.<sup>3</sup> Un quiasma es un estilo de escritura particular que utiliza un patrón repetitivo para dar énfasis. Si se examina el principio y el final del Prólogo y se continúa hacia el medio, se hacen evidentes ciertos paralelismos. Este arreglo hace que 1.12b («les dio potestad de ser hechos hijos de Dios») sea el punto central sobre el cual gira el quiasma.

<sup>2</sup> C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto Evangelio)* (Cambridge: University Press, 1953), 285.

<sup>3</sup> R. Alan Culpepper, «The Pivot of John's Prologue» («El pivote del prólogo de Juan»), *New Testament Studies (Estudios del Nuevo Testamento)* 27 (October 1980): 1-31.

- A1: el Verbo estaba con Dios en el principio (1.1, 2)
- B1: la creación vino por medio del Verbo (1.3)
- C1: la vida es recibida del Verbo (1.4, 5)
- D1: Juan dio testimonio de la Luz (1.6–8)
- E1: la Luz vino al mundo (1.9, 10)
- F1: los Suyos no le recibieron (1.11)
- G1: los que le recibieron (1.12a)
- H: *a ellos les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (1.12b)*
- G2: los que creen en Él (1.12c)
- F2: los engendrados de Dios (1.13)
- E2: el Verbo fue hecho carne, revelando gloria (1.14)
- D2: Juan dio testimonio del Cristo (1.15)
- C2: la gracia es recibida del Cristo (1.16)
- B2: la gracia y la verdad vinieron por medio Jesucristo (1.17)
- A2: el Verbo, que está con Dios, le ha dado a conocer (1.18)<sup>4</sup>

El anterior examen revela el empuje del Prólogo para ser la respuesta de fe de la humanidad a Jesús, el Verbo que se hizo carne. En consecuencia, lo que Juan declaró acerca del Verbo a lo largo de su narrativa demuestra que el Verbo se hizo carne para que las personas pudieran ser hechos hijos de Dios. Esto es consecuente con la declaración de propósito de Juan de que las cosas que escribió se escribieron «para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (20.31). Por lo tanto, el Prólogo no trata solo de que el Verbo se hizo carne o solo de la respuesta de la humanidad, sino más bien de que el Verbo se hizo carne para que la humanidad pueda responder con fe y, en consecuencia, tener vida.

Si bien la estructura del Prólogo continuará en disputa, a los efectos de este comentario se divide en cinco secciones. Cada uno enfatiza algún aspecto del Verbo: el Verbo y Dios (1.1, 2), el Verbo y la Creación (1.3–5), el Verbo y Juan el Bautista (1.6–8), el Verbo Encarnado (1.9–14), y la singularidad del Verbo (1.15–18). Estas secciones encarnan la sustancia de todo el Evangelio y se desarrollan a lo largo del resto del Evangelio. A diferencia de los escritores sinópticos, Juan utilizó un enfoque estrictamente teológico, no biográfico ni histórico. Juan precisó tanto en detalles biográficos como históricos, sin embargo, su propósito no era tanto escribir una crónica como sí una interpretación. Presentó a Jesús como el Verbo que se hizo carne, una figura histórica; y proporcionó evidencia abrumadora de que esta figura es, de hecho, el Cristo, el Hijo de

Dios. La evidencia de Juan fue convincente para él y para otros de sus días, y se ha conservado por generaciones desde entonces.

## EL VERBO Y DIOS (1.1, 2)

<sup>1</sup>En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. <sup>2</sup>Este era en el principio con Dios.

**Versículo 1.** Juan comenzó analizando la relación del Verbo con la Deidad, incluyendo la eternidad, la personalidad y la naturaleza **del Verbo**. Se ha dicho tanto sobre el término «Verbo» (λόγος, *Logos*) que parece casi innecesario elaborarlo; sin embargo, se deben hacer algunos comentarios generales. *Logos* aparece cuatro veces en el Prólogo (1.1, 14). Se desconoce si el uso de *Logos* por parte de Juan proviene de un origen griego, judío o de otro tipo. Es asimismo difícil determinar exactamente qué quiso decir Juan con el término. Para los griegos, denotaría todo el ámbito del pensamiento, el principio racional abstracto que subyace detrás del universo. Leon Morris señaló que el uso de *Logos* por parte de Juan habría sido ampliamente reconocido por los griegos y que, aunque la persona promedio no sabría su significado completo, sabría que se refería a «algo supremamente grande en el universo».<sup>5</sup> Aun así, el Evangelio de Juan no parece reflejar un trasfondo griego por al menos dos razones. 1) Los griegos pensaban que los dioses estaban separados del mundo y más bien indiferentes para con el estado de la existencia humana. 2) No puede pasarse por alto el hecho de que 1.1 llama inmediatamente la atención sobre Génesis 1.1 («En el principio»), mientras que la idea de «el Verbo» llama la atención sobre la declaración repetida «Y dijo Dios» en Génesis 1. También, como Moisés, Juan usó palabras como «vida», «luz» y «tinieblas». En la mente judía, el Verbo se centraba en una persona, no en una fuerza impersonal abstracta. El Verbo es un agente eficaz para cumplir la voluntad de Dios (vea Sal 33.6), tal vez «una descripción de Jesús del [Antiguo Testamento] que lo designa como el divino y último Revelador de la sabiduría y el poder de Dios».<sup>6</sup> Así como nuestras palabras revelan nues-

<sup>5</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 103.

<sup>6</sup> Cleon L. Rogers, Jr., y Cleon L. Rogers III, *The New Linguistic and Exegetical Key to the Greek New Testament (La nueva clave lingüística y exegética del Nuevo Testamento griego)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1998), 175.

<sup>4</sup> Adaptación hecha de Culpepper, 16.

tro corazón y mente, Jesús reveló y explicó a Dios (vea 1.18). Cualquiera que sea el punto de vista del trasfondo del término, Juan estaba presentando un alegato que judíos y griegos entenderían por igual. Eligió un término que era de uso común; sin embargo, lo usó para referirse a un ser divino que es la expresión de la voluntad de Dios, el poder creativo y sustentador del universo (vea Col 1.15–17).

En primer lugar, Juan se enfocó en la *eternidad del Verbo*, o el *Logos*: **En el principio**. Mientras que el Evangelio de Marcos comienza con el bautismo de Jesús y los Evangelios de Mateo y Lucas comienzan con el nacimiento de Jesús, el Evangelio de Juan lleva al lector al propósito eterno de Dios. La frase introductoria parece ser una alusión al primer libro de la Biblia hebrea, Génesis, llamado así por sus palabras iniciales, «En el principio». Mientras que Génesis comienza con la creación, el Evangelio de Juan comienza antes de la creación. El Verbo era antes que todo lo demás. La importancia de «en el principio» puede verse cuando se compara con «desde el principio» de Juan en 1ª Juan 1.1. Lo último llama la atención a lo que tuvo lugar desde el principio; Juan 1.1 declara que en el principio el Verbo ya estaba allí.

La existencia eterna del Verbo se subraya con el verbo **era** (ἦν, *ēn*). Es el imperfecto de εἶμι (*eimi*), que quiere decir «ser». En este contexto, el lenguaje se refiere a un ser eterno e inmutable. Es significativo que se usó ἦν (*ēn*), asumiendo la existencia eterna, en lugar de ἐγένετο (*egeneto*), que quiere decir «venir a la existencia» (vea 1.3, 6, 14). El versículo 6 dice: «Hubo [*egeneto*] un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan». Juan el Bautista «hubo», pero el Verbo «era» en el sentido de existir eternamente. B. F. Westcott lo resumió así: «. . . San Juan eleva nuestros pensamientos *más allá* del principio y se detiene en lo que “era” cuando el tiempo, y con el tiempo finito, comenzó su curso». <sup>7</sup> Juan mostró que el Verbo ha existido desde toda la eternidad y refutó la idea de que Jesús fue un ser creado (una enseñanza falsa sostenida por los antiguos arrianos, así como por algunos grupos en la actualidad<sup>8</sup>).

En segundo lugar, Juan enfatizó la personalidad del Verbo: **el Verbo era con Dios**. La preposición griega πρὸς (*pros*, «con») puede sugerir la traduc-

ción «con Dios», que indica acompañamiento, o la traducción «para con Dios», que muestra una relación. Estos conceptos son tan importantes que Juan repitió la expresión en 1.2. El Verbo existió en el principio, y existía en la asociación más cercana posible con el Padre. La preposición *pros* se usa en pasajes como Marcos 6.3, donde algunos preguntaron con asombro: «¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?». (Énfasis agregado.) Merrill C. Tenney hizo notar que la preposición «supone asociación en el sentido de mezcla libre con los demás de una comunidad en términos de igualdad». <sup>9</sup> El *Logos* y Dios no solo existen uno al lado del otro, también están en constante comunión uno con otro. Lo anterior muestra una diferenciación entre los dos y refuta cualquier idea que sugiera que el *Logos* y Dios son idénticos (una enseñanza falsa promovida por los antiguos sabellianos y algunos grupos en la actualidad<sup>10</sup>).

En tercer lugar, Juan analizó la naturaleza personal del Verbo: **el Verbo era Dios**. En esta cláusula, la palabra griega para «Dios» (θεός, *Theos*) se emplea sin el artículo, a diferencia de la segunda cláusula en la que se utiliza el artículo. Aparentemente, Juan excluyó el artículo aquí para evitar que «el Verbo» y «Dios» sean idénticos. Sin el artículo, el énfasis está en la calidad, indicando que Dios es un tipo de ser, es decir, Uno poseído con la esencia misma de la Deidad. <sup>11</sup> Por lo tanto, la cláusula identifica al Verbo como siendo completamente Dios, <sup>12</sup> sin identificarlo como Dios el Padre (vea 1.14, 18).

Consignar la cláusula como «el Verbo era un dios», como lo hace la *Traducción del Nuevo Mundo* (TNM), <sup>13</sup> es negar la eternidad del Verbo. Esta

<sup>7</sup> Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el Evangelio de la fe)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 64.

<sup>8</sup> Sabelio (siglo tercero) enseñó que la Deidad no está compuesta por una pluralidad de Personas, sino por una sola: Jesús, quien se manifestó como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta enseñanza es actualmente promulgada por los Pentecostales Unidos. Para un análisis sobre la Divinidad y las enseñanzas de la Iglesia Pentecostal Unida, vea David Lipe y Billy Lewis, *The Lipe-Lewis Debate on Pentecostalism (El debate Lipe-Lewis sobre Pentecostalismo)* (Winona, Miss.: J. C. Choate Publications, 1984).

<sup>11</sup> Para estudio adicional, vea Daniel B. Wallace, *Greek Grammar Beyond the Basics (Gramática griega más allá de lo básico)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1996), 266–69.

<sup>12</sup> Vea 1.18; 20.28; Ro 9.5; Fil 2.6; Tit 2.13; He 1.8; 2ª P 1.1; 1ª Jn 5.20.

<sup>13</sup> *New World Translation of the Christian Greek Scriptures (Traducción del Nuevo Mundo de las Escrituras Griegas Cristianas)*, rev. ed. (Brooklyn, New York: Watchtower Bible and Tract Society, 1951), 773–75. Esta es una traducción emitida por los Testigos de Jehová.

<sup>7</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reprint, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 2.

<sup>8</sup> Arrio (principios del siglo cuarto) enseñó que Jesús y el Padre no tienen una identidad de esencia y que Jesús fue un ser creado. Esta enseñanza es defendida hoy por los Testigos de Jehová.

traducción está sesgada teológicamente, y ningún análisis auténtico apoya la idea. Los traductores alegan que así se debe consignar la cláusula porque no hay ningún artículo antes de *Theos*. Sin embargo, los traductores de la TNM se apartan de su regla arbitraria en el mismo contexto, donde *Theos* sin el artículo se traduce como «Dios» con una letra «D» mayúscula (vea 1.6, 12, 13, 18; TNM).

En *Una Nueva Traducción de la Biblia*, James Moffatt expresó la cláusula como «el Logos era divino», sin embargo, parece demasiado débil. Si Juan hubiera querido decir «divino», podría haber usado el adjetivo θεῖος (*theios*); sin embargo, no habría captado su significado aquí. Incluso los cristianos pueden «[llegar] a ser participantes de la naturaleza divina» (2ª P 1.4). Juan no solo dijo que hay algo divino en el Verbo; aseveró que el Verbo (Jesús) es Dios en Su misma naturaleza. La NEB captura el verdadero significado de este Verbo cuando dice: «Lo que Dios era, el Verbo era».

**Versículo 2. Este era en el principio con Dios.** Si bien el versículo no añade al contenido del versículo 1, repite los puntos sobre la eternidad del Verbo y la estrecha relación que el Verbo tiene con el Padre. La repetición de las ideas enfatiza la gran importancia del Verbo.

## EL VERBO Y LA CREACIÓN (1.3–5)

**<sup>3</sup>Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. <sup>4</sup>En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. <sup>5</sup>La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.**

**Versículo 3.** Habiendo establecido la relación del Verbo y la Deidad, Juan luego analizó la relación del Verbo y la creación. Si el *Logos* es el revelador de la sabiduría y el poder de Dios, parece natural que Juan analice la relación del *Logos* con la creación. El análisis de Juan sobre la creación se encuentra en tres versículos que presentan dos ideas distintivas sobre la creación en general y la creación de la vida en particular.

En primer lugar, con respecto a la creación en general, Juan dijo: **Todas las cosas por él fueron hechas.** Todo surgió y debe su existencia al Verbo (vea 1.10b). El verbo que se traduce como «fueron hechas» (ἐγένετο, *egeneto*) es aoristo en tiempo e indica que la actividad creativa fue un evento único (no un proceso), en contraste con la existencia continua del Verbo en 1.1, 2. Todas las cosas llegaron a ser «por» («por medio de»; NASB) (διὰ, *dia*) Él, no

«por» Él. El uso de «por medio» en lugar de «por» asegura la verdad de que el Padre es la fuente de todas las cosas, mientras que el Verbo funcionó como el agente en la creación (vea 1ª Co 8.6; Col 1.16; He 1.2). Tanto el Padre como el Verbo estaban trabajando en la creación, sin embargo, el Padre creó por medio de la agencia del Verbo.

Es característico de Juan enfatizar un concepto particular presentando un alegato afirmativo, seguido inmediatamente por el mismo alegato declarado en negativo. Por lo tanto, después de afirmar que todas las cosas fueron hechas por medio de Él, dejó claro que sin el Verbo ni una sola cosa fue hecha, diciendo: **sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.**

**Versículo 4.** En segundo lugar, Juan analizó el elemento clave en la creación, a saber, la creación de la **vida** (ζωή, *zōē*). La palabra griega que se traduce como «vida» se usa treinta y seis veces en el Evangelio de Juan, mientras que hay más de 130 ocurrencias en todo el Nuevo Testamento. Por lo tanto, aproximadamente una cuarta parte de todas las referencias a la vida se encuentran en el Evangelio de Juan. Con frecuencia, «vida» en el Evangelio se refiere a la vida eterna, con la palabra «eterna» (αἰώνιος, *aiōnios*) que se usa diecisiete veces en Juan. (Mateo es el siguiente en frecuencia, usando la palabra seis veces.) En este contexto, «vida» debe entenderse en un sentido todo incluyente del término. La vida está en el *Logos*. El *Logos* tiene el derecho y el poder de dar «vida» para hacer vivir (vea 5.21). Sin el *Logos*, no habría vida. La vida no existe por derecho propio, sino que debe su existencia al Verbo. Una característica de Juan es el uso de palabras con doble significado, y es probablemente el caso de «vida». Si bien el término «vida» puede ser aplicado a las criaturas que se encuentran en toda la tierra, también abarca lo que se encuentra en el ámbito espiritual. Por esta razón, la NIV habla del Verbo como «esa vida». Juan asocia regularmente el Verbo con la vida (vea, por ejemplo, 3.16; 10.10).

El Verbo no solo es la encarnación y la fuente de la vida, sino también la fuente de la luz: **y la vida era la luz de los hombres** («esa vida era la luz de toda la humanidad»; NIV). El Verbo que es la vida misma es también la verdadera «luz de los hombres». Así como el primer resultado de la actividad creadora de Dios fue la luz (Gn 1.3), toda la luz que la humanidad tiene es el resultado del Verbo.

**Versículo 5.** Comenzando en este versículo, Juan analizó las formas en que se manifiesta el Verbo. Habiendo establecido que el Verbo es Luz, Juan señaló que **La luz en las tinieblas resplandece.** Es la acción esencial de la luz (φῶς, *phōs*) resplan-

decer en las tinieblas, disipar la oscuridad. Hasta este punto, el texto ha estado en tiempo pasado; sin embargo, ahora cambia al presente, diciendo que «la luz [...] resplandece». El Verbo, la Luz del mundo, resplandece continuamente. La Luz jamás deja de resplandecer en «las tinieblas», que se refiere al ambiente maligno sobre el cual reina el diablo.

La NASB consigna la siguiente cláusula «las tinieblas no la comprendieron». El margen de la NIV consigna «no la entendieron». Si bien una definición de *καταλαμβάνω* (*katalambanō*) es «entender», no es la idea aquí. La palabra también puede querer decir «apoderarse» o «vencer». Otras versiones la consignan con mayor precisión diciendo **no prevalecieron contra ella** (Reina-Valera) o «no dominaron» (NJB; NCV) en 1.5 (vea 12.35). Por lo tanto, la Luz brilla en un entorno maligno, y ese entorno no puede superarla. La resistencia de la Luz a las tinieblas y la incapacidad de las tinieblas para vencer la Luz constituyen un tema vital en Juan.

#### EL VERBO Y JUAN EL BAUTISTA (1.6–8)

**<sup>6</sup>Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. <sup>7</sup>Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. <sup>8</sup>No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.**

**Versículo 6.** La Luz brilla en un mundo de tinieblas, el triste estado espiritual que fue el escenario en el que **Juan** el Bautista entró en escena. Juan, el autor del Evangelio, nunca escribió la designación «Juan el Bautista», quizás pensando que ningún otro Juan podría confundirse con él.<sup>14</sup> El autor hizo distinciones entre otras personas. Por ejemplo, «Judas (no el Iscariote)» distingue al hombre en 14.22 del traidor de Jesús; sin embargo, ningún otro Juan además de Juan el Bautista es prominente en el libro. Tradicionalmente se ha pensado que la falta de enfoque en cualquier otro Juan en el Evangelio respalda la opinión de que Juan, el hijo de Zebedeo, escribió el Evangelio. Juan el Bautista es una de las personas más importantes en el Nuevo Testamento, siendo mencionado por nombre unas noventa veces. Juan 1.6–8 señala tres puntos sobre este gran hombre, con respecto a su persona, su labor y su posición.

Con respecto a su persona, Juan fue **un hombre enviado de Dios**. Fue «enviado» como representante

autorizado y personal de Dios, al igual que Moisés (Ex 3.10–15), los profetas (Is 6.8; Jer 7.25; 26.5; 35.15), e incluso Jesús mismo (3.17). A diferencia de Cristo, quien fue Dios y hombre, Juan fue un simple «hombre», un ser humano, y no cualquier otro tipo de ser. Jesús es el Verbo eterno que se hizo carne, mientras que Juan fue simplemente carne. La limitación de Juan de la carne también se hace notar con la palabra **Hubo**. Esto apunta a un momento definido en el tiempo, en contraste con el Verbo, que siempre «era», indicando existencia eterna (1.1, 2). «Hubo» es de *γίνομαι* (*ginomai*), la misma palabra que se traduce como «hecho» (KJV; NIV) tres veces en 1.3, enfatizando el acto de la creación.

**Versículo 7.** Con respecto a su labor, Juan **vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz** y hacer que las personas **creyesen**. De acuerdo con el propósito de su Evangelio, según lo establecido en 20.30, 31, Juan deseaba presentar evidencia de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Con ese fin, dio señales y llamó la atención al testimonio de varias fuentes. El sustantivo «testimonio» o «testigo» (*μαρτυρία*, *marturia*) es una palabra clave en Juan, que aparece catorce veces en catorce versículos diferentes. El verbo relacionado aparece treinta y tres veces en el presente Evangelio, sin embargo, solo dos veces en los Sinópticos (Mt 23.31; Lc 4.22). Claramente, tanto la forma sustantiva como la forma verbal de la palabra que se traduce como «testimonio» fueron palabras importantes para Juan, quien las usó más que nadie en el Nuevo Testamento. Si bien los Evangelios Sinópticos hablan de la predicación del arrepentimiento por parte de Juan, El Evangelio de Juan habla de Juan solo como uno que dio testimonio de Jesús. Aunque Juan fue el Bautista, las referencias a su labor de bautizar parecen incidentales (vea 1.24–28, 31–33; 3.23; 4.1, 2); sin embargo, el Evangelio contiene referencias repetidas a su labor como testigo (1.7, 8, 15, 19, 32, 34; 3.26, 28; 5.33).

El autor del Evangelio especificó el testimonio de varios testigos acerca de la deidad de Cristo: el Padre (5.31, 32, 34, 37; 8.18), Jesús mismo (8.14, 18; vea 3.11, 32; 18.37), el Espíritu (15.26; vea 16.14), las obras de Jesús (5.36; 10.25; vea 14.11; 15.24), las Escrituras (5.39; vea 5.45, 46), Juan el Bautista (5.33; vea 1.19–36), y varios testigos humanos (15.27; vea 19.35; 21.24). Un testigo o testimonio es un asunto serio como el medio legal de corroborar una verdad en particular. Juan insistió en que hay buena evidencia de lo que afirmó en su Evangelio, y quería que sus lectores entendieran que sus afirmaciones son confiables.

**Versículo 8.** Con respecto a su posición, Juan

<sup>14</sup> La identificación «Juan el Bautista» se usa en cada Evangelio Sinóptico (vea Mt 3.1; 11.11, 12; Mr 1.4; 6.14; Lc 7.20, 33).

No era [...] la luz, sino para que diese testimonio de la luz. El contraste entre Jesús y Juan continúa siendo enfatizado. William Hendriksen observó el contraste de la siguiente manera:<sup>15</sup>

<i>Jesús</i>	<i>Juan</i>
Jesús «era» desde toda la eternidad.	Juan «hubo».
Jesús es el Verbo.	Juan fue un hombre solamente.
Jesús es Dios.	Juan fue comisionado por Dios.
Jesús es la Luz verdadera.	Juan fue testigo de la Luz.
Jesús es el objeto de confianza.	Juan fue el medio por el que las personas llegaban a creer en la Luz.

La posición de Juan en relación con el Verbo era de subordinación, lo cual no le resta grandeza a Juan. Mateo 11.11 dice que «Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista»; sin embargo, Juan siempre apareció en un papel secundario. Si bien Juan cronológicamente (en lo que respecta a la carne) vino antes que Jesús, el Cristo tiene prioridad sobre él porque Él es el Hijo mismo de Dios y la esperanza de la humanidad. La labor de Juan fue profundamente importante porque trajo a la atención de las personas la verdadera Luz, la única forma de expulsar las tinieblas de pecado en el mundo.

### EL VERBO ENCARNADO (1.9–14)

<sup>9</sup>Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. <sup>10</sup>En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. <sup>11</sup>A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. <sup>12</sup>Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; <sup>13</sup>los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

<sup>14</sup>Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

**Versículo 9.** La Luz es Aquella luz verdadera.

<sup>15</sup> William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 1:76.

La palabra «verdadera» proviene de ἀληθινός (*alēthinos*), que quiere decir «real, genuino, auténtico». William Barclay dijo que otras luces «eran parpadeos de la verdad; algunos eran vislumbres débiles de la realidad [...] que los hombres seguían y que los conducían a las tinieblas y los dejaban allí».<sup>16</sup> En contraste con lo anterior, el Verbo era la Luz verdadera, la Luz genuina de la cual todos los demás son meras copias.

La Luz vino al mundo. La frase **venía a este mundo** podría modificar la palabra «Luz» o la palabra «hombre»; ambas son posibilidades gramaticales. La declaración podría ser sobre «cada hombre que venía al mundo» (NKJV) o «la verdadera Luz [...] viniendo al mundo» (NASB). El contexto de todo el pasaje indica que era la Luz entrando al mundo. Juan no habló de personas que «venían a este mundo», sin embargo, sí habló de la Luz (Cristo) que viene al mundo (3.19; 12.46). El énfasis es que la Luz ahora estaba entrando en la historia humana de una manera nueva. En consecuencia, aunque Juan se refirió explícitamente a la encarnación en 1.14, aquí lo insinuó analizando la llegada de la Luz al mundo. El Verbo era la verdadera Luz, y Él venía al mundo. Lo anterior también encaja con el comienzo de 1.10, donde Juan dijo: «Estaba en el mundo».

La Luz **alumbra a todo hombre**. No está claro qué quiso decir Juan con la frase. Podría ser útil preguntar qué no quiso decir. En vista de la totalidad de la enseñanza bíblica, Juan no quiso decir que toda persona es literalmente iluminada. Sería equivalente a la salvación universal y contrario al hecho de que Juan, en el mismo contexto, dijo que «el mundo no le conoció» (1.10). Además, las Escrituras son claras al decir que muchos se perderán (Mt 7.13, 14). Quizás Juan estaba diciendo que Dios se reveló a cada persona en el sentido de una revelación natural (Ro 1.20). Puede que haya estado diciendo, como Pablo, que la gracia de Dios, que trae salvación, ha aparecido a todas las personas (Tit 2.11). Aunque no puede concluirse exactamente qué quiere decir la frase «alumbra a todo hombre», puede decirse definitivamente que la actividad del Verbo mismo es lo que alumbra a toda persona.

**Versículo 10.** En 1.9, Juan dejó claro que la verdadera Luz venía al mundo. Comenzando con 1.10, Juan se refirió a cómo se recibía el Verbo (la Luz) en el momento de Su entrada en el mundo analizando tanto a los que no le recibieron como a los que sí le recibieron. Primero, un análisis de

<sup>16</sup> William Barclay, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)*, vol. 1, rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 54.

aquellos que *no recibieron* el Verbo tiene que comenzar con el término «mundo» (κόσμος, *kosmos*). Juan dio énfasis a la palabra griega *kosmos* usándola tres veces en 1.10, cada vez colocándola al comienzo de la cláusula. La primera vez que la usó, dijo que el Verbo (la Luz) **En el mundo estaba**, es decir, el reino habitado por el hombre. El verbo «estaba» (ἦν, *ēn*) transmite la idea de continuidad (vea comentarios sobre 1.1); Jesús no solo hizo una visita momentánea, sino que estuvo en el mundo de manera continua. La segunda vez, Juan dijo que **el mundo por él fue hecho**, indicando que el mundo debe su existencia al Verbo (vea comentarios sobre 1.3). La tercera vez, Juan dijo que **el mundo no le conoció**. Juan cambió lo que quiso decir sobre el término «mundo» en esta tercera instancia. Los dos primeros usos se refieren a la tierra y todo lo que hay en ella, mientras que la tercera se refiere a las personas. En consecuencia, entre aquellos que no recibieron al Verbo había personas en general. No obtuvieron el conocimiento intelectual de Jesús, ni realmente llegaron a conocerle en ningún tipo de relación correcta. Lo anterior es significativo en vista del hecho de que el Verbo (la Luz) vino a dar luz a toda persona (1.4; 8.12; 12.46).

**Versículo 11.** Jesús no solo fue rechazado por las personas en general, sino por Su propio pueblo en particular. Juan dijo que el Verbo vino **A lo suyo** (εἰς τὰ ἴδια, *eis ta idia*). Juan podría haber estado diciendo: «Jesús vino a casa». La misma expresión se usa en 16.32 para referirse a la partida de los discípulos, «cada uno por su lado», y también en 19.27, donde Juan respondió a la petición que Jesús le hizo en la cruz de recibir a María «en su casa» (NIV). Cuando el Verbo vino a este mundo, no vino como un intruso; no era extranjero. Vino a Su propia casa. La expresión «lo suyo» se refiere a Israel, tanto la tierra como las personas que formaban la familia de Dios. El énfasis está el hecho de que debían haber estado familiarizados con Él, es decir, Su venida y Sus afirmaciones. Después de todo, los judíos habían gozado de muchas ventajas (vea Ro 3.1, 2; 9.4, 5). Sin embargo, Juan no dijo que «los suyos no conocían» a Jesús cuando vino a ellos, sino que **los suyos no le recibieron**. El verbo «recibieron» (παραλαμβάνω, *paralambanō*) podría referirse a tomar a una persona aparte para recibirle. Se usa cuando José tomó a María como su esposa (Mt 1.20, 24) y de Jesús tomando a los creyentes a Sí mismo en el cielo (14.3). Este es el tipo de bienvenida que Jesús debía haber recibido cuando regresó a casa; sin embargo, Su propio pueblo, aquellos que deberían haber estado familiarizados con Él, *le rechazaron*.

Cuando el Verbo vino al mundo, el mundo no

le conoció; y cuando el Verbo vino a los Suyos, los Suyos no le recibieron. ¿Por qué le rechazaron? Juan sugirió algunas razones a lo largo de su Evangelio. 1) Algunos amaban más las tinieblas que la Luz (3.19, 20). 2) Algunos temían lo que otros pensarán (7.13; 9.22). 3) Algunos estaban mal informados sobre los hechos (7.40–43). 4) Algunos se endurecieron por sus tradiciones (9.13–16). 5) Algunos amaron la alabanza de los hombres más que la alabanza de Dios (12.42, 43).

**Versículo 12.** Segundo, se debe contemplar aquellos que *sí recibieron* el Verbo. Si bien algunos rechazaron el Verbo, otros fueron receptivos a Él. Juan no dijo que nadie respondió a la venida del Verbo. Si bien la mayoría de las personas no respondieron a Jesús, algunas sí; y la construcción gramatical redundante, **todos los que le recibieron**, enfatiza a quienes le recibieron. Juan describió a los que recibieron a Jesús como **los que creen en su nombre**. No quiere decir que todos los creyentes sean creyentes genuinos (vea comentarios sobre 2.24, 25; 12.42, 43), sin embargo, quienes lo reciben son los que demuestran su fe obedeciendo la voluntad de Dios. A aquellos que genuinamente manifestaron fe en Él, **les dio potestad de ser hechos hijos de Dios**. La palabra «potestad» proviene de ἐξουσία (*exousia*) y no quiere decir mera habilidad, sino «autoridad legítima y justa». El privilegio y la potestad de aquellos que son receptivos a Cristo, «los que creen en su nombre», es para que puedan «ser hechos hijos de Dios». Este derecho o privilegio no es inherente al hombre, sino que es algo que Dios le dio al hombre.

Juan usó el verbo para «creer», πιστεύω (*pisteuō*), noventa y ocho veces, sin embargo, nunca usó el sustantivo relacionado πίστις (*pistis*). Este hecho parece sugerir que Juan deseaba que la gente entendiera que la fe es una actividad; es algo que hacen las personas. «Creer» o tener fe en un sentido bíblico, es confiar en Dios, tomar en serio lo que dice. La fe es una respuesta a la revelación de Dios; y aunque la fe es necesaria para ser un hijo de Dios, la mera creencia es insuficiente. Se podrían dar muchos ejemplos de lo que quiere decir responder a Dios con fe (vea He 11). Los creyentes genuinos tienen el derecho, el poder o la libertad de acción para ser hechos hijos de Dios; porque, en su fe, se someten humildemente a lo que Dios les pida. El versículo resalta muy bien tanto el lado divino como el humano para volverse hijos de Dios. La naturaleza de Dios es dar. Todo don bueno y perfecto proviene de Dios (Stg 1.17). Él dio Su gracia a todo hombre (Tit 2.11), y un aspecto de esa gracia es el derecho que dio a los creyentes para ser hechos Sus hijos.

**Versículo 13.** Juan describió a los que fueron hechos hijos de Dios como **engendrados [...] de Dios**. Esta verdad es presentada con gran detalle en la entrevista de Jesús con Nicodemo (3.1–21). Esta nueva relación familiar se hace realidad mediante un proceso de nacimiento, sin embargo, ninguno de origen humano. Aquí se enfatiza la importancia de nacer de Dios contrastando este concepto frente a tres descripciones negativas sobre el origen de los hijos de Dios.

1) El privilegio de ser hijos de Dios no es **de sangre**. En otras palabras, no es producto del linaje físico («linaje natural»; NIV). En el texto griego, la palabra que se traduce como «sangre», αἱμάτων (*haimatōn*), es plural y literalmente quiere decir «sangres». Este plural «se ha explicado como la mezcla de sangre del padre y la madre, o como una descripción del largo linaje de generación física por medio de nuestros ancestros».<sup>17</sup>

2) El nacimiento de los hijos de Dios no es **de voluntad de carne**. El término «carne» (σάρξ, *sarx*), que tiene muchas connotaciones, en este caso se refiere a deseo sexual. La REB consigna «deseo físico» y la NLT consigna «pasión humana».

3) La nueva relación de los hijos de Dios no puede explicarse por **voluntad de varón**. La palabra griega para «varón» es ἀνὴρ (*anēr*), que se refiere específicamente a un «hombre» y a veces se usa para un «esposo». La NIV consigna la frase como «la voluntad de un esposo». Podría tener el mismo significado como «voluntad de carne». En este caso, se refiere a «la iniciativa generalmente tomada por el marido en las relaciones sexuales que resulta en la procreación».<sup>18</sup> Otra interpretación es que «voluntad de varón» por lo general quiere decir «cualquier volición humana», es decir, «poder en la sola voluntad del hombre».

Las anteriores expresiones podrían entenderse en vista de la confianza que los judíos tenían en su origen carnal (vea Mt 3.9). Era una antigua convicción de los judíos el hecho de que Dios les mostraría favor debido a quiénes fueron sus «padres». En cualquier caso, las frases enfatizan que ninguna agencia humana es, ni puede ser, responsable de tal nacimiento. Por el contrario, las personas nacen nuevamente «de Dios». Es Dios, y solo Él, quien puede impartir vida espiritual. Si bien las personas nacen de Dios, sucede por medio del Verbo de Dios (vea

<sup>17</sup> Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 33, n. 15.

<sup>18</sup> Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 40.

Stg 1.18; 1ª P 1.23). Los detalles de tal nacimiento son descritos particularmente en Juan 3.1–8.

**Versículo 14.** Juan ya había aludido a la encarnación cuando habló en 1.9 de la verdadera Luz que «venía a este mundo». Luego, dijo que **aquel Verbo fue hecho carne**. Juan reveló el hecho sorprendente de que el Verbo, que no es menos que Dios, «fue hecho carne». «Fue hecho» (ἐγένετο, *egeneto*) está en el aoristo, indicando una acción en un momento dado. El cambio en el verbo de 1.1 es sorprendente. El versículo 1 habla de la naturaleza eterna del Verbo, mientras que el versículo 14 habla de un cambio de estado en relación con el mundo de la humanidad. «Carne» es de σάρξ (*sarx*) y enfatiza que el Verbo fue hecho de naturaleza humana. Juan no se refirió a la encarnación de manera tenue diciendo «el Verbo fue hecho hombre» ni «el Verbo tomó un cuerpo», sino que audazmente dijo «el Verbo fue hecho carne». A fines del siglo primero, un grupo llamado «docetistas» creía que Jesús solo «parecía» vivir en la carne. Jesús, para ellos, fue solo un fantasma o una ilusión mientras estuvo en esta tierra. Por el contrario, Jesús no simplemente «parecía» llevar una vida humana para evitar contaminarse al entrar en contacto con la humanidad; Jesús realmente se hizo carne. Juan lo expresó bien en 1ª Juan 1.1, cuando escribió que el Verbo de vida fue oído, fue visto, fue contemplado y fue palpado. Se cansó y tuvo sed (4.6, 7); se conmovió profundamente y lloró abiertamente (11.33, 35). Sangró y murió (19.1, 30, 34). Todo podía referirse a nada menos que lo que era carne.

El versículo 14 constituye la primera vez que el libro indica que el Verbo y Jesús son uno y lo mismo. Hasta este punto, el lector podría entender que el Verbo es una «fuerza» en el universo; sin embargo, ahora, más allá de todo debate, está claro que el Verbo mismo de Dios fue hecho carne. Se identificó con los seres humanos desde el nacimiento hasta la muerte. George R. Beasley-Murray lo expresó de la siguiente manera: «El Logos siendo hecho σάρξ fue partícipe de la debilidad (propia de una criatura) del hombre (el significado característico de “carne” en la Biblia)».<sup>19</sup> ¿Por qué Jesús se vistió de humanidad? Fue hecho carne para convertirse en *nuestro* Sumo Sacerdote y ser el sacrificio por *nuestros* pecados (He 2.17). Además, Jesús fue hecho carne para identificarse con *nosotros* (He 2.18). Jesús fue tentado en todos los aspectos tal como lo *somos* nosotros (He 4.15). No venció la tentación solo porque era Dios. Si fuera el caso, no podría

<sup>19</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 14.

ser un ejemplo para nosotros (1ª P 2.21). Cuando estaba orando en el huerto, Jesús deseó evitar Su inminente crucifixión. Podemos estar agradecidos de que tuvo un mayor deseo de hacer la voluntad del Padre (Lc 22.42).

El Verbo **habitó entre nosotros**. El término «habitó» proviene de σκηνώ (*skēnoō*), que literalmente quiere decir «armar la tienda».<sup>20</sup> Transmite la idea de alguien mudándose al vecindario e instalándose. Puede que quiere decir que la permanencia de Jesús en la tierra fue temporal, una existencia corporal real, pero de todos modos temporal. Aunque Su estadía en la tierra fue temporal, se mudó. Creció en el vecindario, fue a trabajar y se ensució las manos. En la Septuaginta (LXX), el sustantivo relacionado σκηνή (*skēnē*, «tienda») se usa con frecuencia para el tabernáculo. Además, el verbo relacionado κατασκηνώ (*kataskēnoō*) se usa en referencia al tabernáculo donde Dios «habitó» entre Su pueblo (Nm 35.34; Jos 22.19). Juan podría haber estado pensando que sus lectores, bastante familiarizados con la LXX, recordarían la enseñanza del Antiguo Testamento acerca de la presencia de Dios que guió a Su pueblo. En consecuencia, puede que Juan haya estado sugiriendo que la carne de Jesús era la nueva ubicación de la presencia de Dios en la tierra; Jesús se convirtió en el reemplazo del antiguo tabernáculo.

El hecho de que Juan deseaba que sus lectores recordaran el tabernáculo parece claro en su referencia en 1.14 a la **gloria** de Jesús, porque la «gloria» era asociada con el tabernáculo (Ex 40.34). La gloria de la presencia del Señor está vinculada con la *Shekinah*, que quiere decir «morada», y se refiere a la morada de Dios entre Su pueblo.<sup>21</sup> El cuerpo de Jesús era ahora la ubicación física de la presencia divina. Dios había venido a morar entre Su pueblo de una manera más significativa, no en un tabernáculo, sino en la carne. La gente podía tocarlo; los niños podían sentarse en Su regazo; los individuos podían comer con Él, caminar con Él y hablar con Él. Era «Dios con nosotros» (Mt 1.23). El Verbo es la revelación suprema de la presencia de Dios entre los seres humanos.

Juan escribió que **vimos** «su gloria», indicando testigos oculares entre los cuales se incluyó Juan mismo (vea 1ª Jn 1.1–3). El verbo «vimos» es de θεάομαι (*theomai*), que quiere decir «contemplar».

<sup>20</sup> En el Nuevo Testamento, *skēnoō* aparece en otra parte solo en Apocalipsis 7.15; 12.12; 13.6; 21.3.

<sup>21</sup> Si bien el término «Shekinah» no aparece en la Biblia, el concepto de la gloriosa presencia de Dios que habita entre Su pueblo aparece en muchos textos (vea Ex 25.8; 40.34, 35; 1ª R 6.13; 8.10, 11). La palabra se usa en los Targums.

La palabra «teatro» se deriva del sustantivo relacionado θέατρον (*theatron*). Estas palabras griegas sugieren más que una mirada casual. Implican una mirada larga e intensa a lo que se está viendo, con el fin de comprender su verdadero significado. Jesús estuvo dispuesto de manera voluntaria a ser interrogado y observado, y la conclusión de aquellos que lo escudriñaron cuidadosamente se resume en la palabra «gloria». Cuando Juan y otros vieron la gloria de Jesús, vieron Su majestad, Su dignidad y Su esplendor exhibidas en Su carne, tanto en Sus palabras como en Sus obras.

Para entender mejor lo anterior, tenemos que notar cómo se usa «gloria» en el Antiguo Testamento. Además de la gloria del Señor llenando el tabernáculo (Ex 40.34, 35), la gloria del Señor se estableció en el Monte Sinaí (Ex 24.16, 17) y se apareció durante la peregrinación por el desierto (Ex 16.10). Esta gloria se manifestó en la dedicación del templo de Salomón (1º R 8.10, 11), y también fue revelada a los profetas (vea Is 6.3). Juan estaba muy consciente de las enseñanzas del Antiguo Testamento sobre la gloria de Dios, sin embargo, no simplemente repitió sus enseñanzas. Dijo algo nuevo; vio «gloria» (δόξα, *doxa*) como un elemento importante en la vida de Jesús. Juan usó este sustantivo y el verbo «glorificar» (δοξάζω, *doxazō*) más que cualquier otro autor del Evangelio. Dijo que él y otros vieron la gloria de la deidad de Jesús, **gloria como del unigénito del Padre**. La palabra «unigénito» es de μονογενής (*monogenēs*), que quiere decir «solo» o «único». La palabra enfatiza la relación que el Padre tiene con el Hijo. Jesús es el Hijo único de Dios; y aunque las personas pueden ser hijos de Dios, ningún otro puede ser el Hijo de Dios como lo es Jesús.

La gloria de Su deidad podía verse de diferentes maneras. 1) Fue vista en las siete señales registradas por Juan y los milagros dados en los demás Evangelios. Jesús «manifestó su gloria» cuando realizó Su primera señal en Caná convirtiendo el agua en vino (2.11). 2) Fue vista en Su enseñanza. «La gente» que escuchó el Sermón del Monte de Jesús «se admiraba de su doctrina» (Mt 7.28). Ciertos oficiales informaron a los principales sacerdotes y a los fariseos, diciendo: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (7.46). 3) Fue visto en el monte de la transfiguración, donde Pedro, Jacobo y Juan «[vieron] con [sus] propios ojos su majestad». En esta ocasión, Jesús «recibió de Dios Padre honra y gloria» al tiempo que Dios decía: «Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia» (2ª P 1.16, 17). A diferencia de los demás autores del Evangelio, Juan no habló de este evento, a pesar del hecho de que fue testigo ocular del mismo. Si Juan

hubiera deseado que sus lectores supieran sobre el evento, parece que habría dicho algo al respecto. Juan presentó una imagen de algo nuevo cuando dijo: «vimos su gloria». Cuando Juan habló de la gloria de Jesús, no intentó concentrarse en ningún evento, ni siquiera en la transfiguración. Además, no caracterizó a Jesús como una persona elevada e inaccesible. Por el contrario, presentó a Jesús como Aquel que fue un siervo obediente durante toda Su vida y finalmente fue glorificado en Su muerte (vea 7.39; 12.16, 23; 13.31, 32) y exaltado a la diestra de Dios (Hch 2.33; 5.31).

La gloria de Dios manifestada en la persona de Jesús está **[llena] de gracia y de verdad**. 1) Jesús está lleno de gracia. Juan usó la palabra «gracia» (χάρις, *charis*) cuatro veces en el Prólogo (1.14, 16 [dos veces], 17) y no la volvió a usar en su Evangelio. Quiere decir «buena voluntad» o «amabilidad» y transmite la noción de que el favor demostrado no es merecido. De ninguna manera mayor puede verse la gracia de Dios que en el Verbo hecho carne.

2) Jesús está lleno de verdad. La palabra «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*) generalmente se entiende como lo opuesto a la «falsedad» y se usa en Juan de esta manera (8.45), sin embargo, también parece tener un sentido más amplio. Jesús estaba lleno de verdad; Él declaró la verdad. No era un falso mesías, sino el verdadero Mesías. No era una sombra, sino lo real. Él era la verdad misma (14.6).

3) Jesús está lleno de gracia y verdad. Cuando Juan habló del Verbo como carne lleno de gracia y verdad, dejó claro que estas virtudes están unidas entre sí. El Verbo no es solo gracia, ni el Verbo es solo verdad, el Verbo es tanto gracia como verdad. No son mutuamente exclusivos. Recibir uno sin el otro es dar una visión desequilibrada del Verbo que se hizo carne.

### LA PARTICULARIDAD DEL VERBO (1.15–18)

<sup>15</sup>Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.

<sup>16</sup>Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. <sup>17</sup>Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. <sup>18</sup>A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

**Versículo 15.** Los versículos 15 al 18 constituyen la conclusión del Prólogo, en el que se analiza la particularidad de Jesús. Jesús es particular porque

supera a Juan el Bautista y Moisés. Él es el revelador de Dios mismo. Debido a que 1.16 continúa tan bien después de 1.14, algunos han pensado que 1.15 es una adición. Con esto en mente, Raymond E. Brown dijo:

Juan el Bautista hace esta declaración de Jesús en [1.30]. Hoy hay acuerdo en que el versículo constituye una adición al himno original, una adición del mismo tipo que vos. 6–8 [...], torpemente dividiendo vos. 14 y 16.<sup>22</sup>

Sin embargo, el versículo no rompe el patrón de pensamiento del Prólogo. D. A. Carson sostuvo que sería mejor concluir que 1.15 es «un comentario parentético planeado». Además, dijo:

La mención anterior del testimonio de Juan el Bautista (vos. 6–8) abordó la llegada de la luz preexistente al mundo; el versículo abandona ese tema y fundamenta la gloria del Verbo encarnado en un individuo concreto, un «él» concreto atestiguado por otro individuo. Por lo tanto, prepara el camino para el relato detallado del testimonio del Bautista, que inmediatamente sigue al Prólogo.<sup>23</sup>

La voz de **Juan** era más que la de un testigo. Él **clamó**, de κράζω (*krazō*), constituye «... un término rabínico técnico para la voz fuerte de un profeta que pretende ser escuchado».<sup>24</sup> La voz de Juan era la de un heraldo que proclamaba audazmente su mensaje de una manera que exigía que las personas escucharan y obedecieran. Su misión siempre fue llevar a otros a Jesús; en consecuencia, dio testimonio de Jesús haciendo notar Su preeminencia: **El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo**. Si bien Jesús vino después de Juan, era realmente antes que él. Como ya se ha observado, el Verbo, que se hizo carne en la persona de Jesucristo, ha existido desde toda la eternidad. La preexistencia de Jesús muestra Su superioridad sobre Juan (vea 8.58; 17.5).

**Versículo 16.** Juan declaró: **Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia**. «Gracia sobre gracia» (χάριν ἀντὶ χάριτος, *charin anti charitos*) es una expresión inusual y literalmente quiere decir «gracia en lugar de». Claramente, Juan tenía la intención de enfatizar el concepto de la gracia. La

<sup>22</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii)* (*El Evangelio según Juan [i–xii]*), The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 15.

<sup>23</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 130.

<sup>24</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El Cuarto Evangelio)*, 2ª ed., (London: Faber and Faber, 1947), 151.

CEV, parafraseando 1.16, resalta bien el concepto al consignar: «Por todo lo que es el Hijo, se nos ha dado una bendición tras otra». A medida que una bendición retrocede, otra la reemplaza. Dios continuamente derrama Su gracia, y Su provisión jamás se agota. El otorgamiento de Su gracia jamás se interrumpe y jamás cesa. Jesús siempre fue bondadoso, misericordioso, amable y benéfico. Un acto de bondad fue seguido por otro, y éste por otro, tanto que podría decirse que fue característico de Jesús otorgar favores a la humanidad.

**Versículo 17.** Aunque todo el Prólogo ha sido sobre el Verbo, el nombre **Jesús** aparece por primera vez en 1.17. Establece un contraste entre **Moisés**, el profeta de Israel, y Jesucristo, Aquel como Moisés (vea comentarios sobre 1.21). Podría afirmarse que Juan estaba colocando **la gracia y la verdad** en contra de **la Ley** dada por medio de Moisés, como si dijera que los dos eran mutuamente excluyentes y que el primero es un concepto del Nuevo Testamento. El concepto de «la gracia y la verdad» no se originó con el nuevo pacto, sino que también se abordó explícitamente en el antiguo pacto (vea Ex 34.6; Sal 86.15). La Ley fue una expresión de la gracia de Dios, en el sentido de que fue dada en interés del hombre; sin embargo, aunque era una expresión del amor de Dios, era incompleta y, por lo tanto, insuficiente para salvar al hombre del pecado. Sin embargo, con la venida del Verbo, lleno de gracia y verdad, se reveló toda la salvación. La humanidad ahora tiene todo lo necesario para ser justa delante de Dios.

**Versículo 18.** Cuando Juan dijo **A Dios nadie le vio jamás**, no debatió que personas hayan sido testigos de varias revelaciones de Dios, tales como Sus apariciones a Moisés (Nm 12.8) e Isaías (Is 6.1–13). La palabra «Dios» se usa sin el artículo, dando énfasis a la naturaleza o esencia de Dios y no solo a Su persona. Se deduce, entonces, que nadie ha visto la esencia de Dios. Si bien nadie ha visto a Dios de esta manera, **el unigénito Hijo, [...] él le ha dado a conocer**. Algunos textos griegos tienen «Hijo unigénito» (μονογενῆς υἱός, *monogenēs huios*), mientras que otros consignan «unigénito

Dios» (μονογενῆς θεός, *monogenēs Theos*).<sup>25</sup> Como se indica en la NASB, la evidencia textual favorece la lectura «el Dios unigénito», es decir, el Único que ocupa una relación especial con el Padre (vea comentarios sobre 1.14). Con la venida del Verbo, el Dios unigénito «le dado a conocer». La frase «dado a conocer» proviene de ἐξηγήομαι (*exēgeomai*), que quiere decir «explicar, interpretar, contar o informar». Es la fuente del término «exégesis», que quiere decir «poner en evidencia con autoridad». Aunque el verdadero ser de Dios nunca ha sido visto por las personas, Cristo ahora ha dado un relato completo de Él de una manera autoritativa y visible. Jesús es la explicación de Dios. Él está completamente calificado para hacer tal revelación, porque **está en el seno del Padre**. La declaración es similar a las descripciones de Lázaro en el seno de Abraham (Lc 16.22, 23) y el hecho de que el discípulo amado estuviera recostado al lado de Jesús en la Última Cena (Jn 13.23). Es una expresión que indica la cercanía del Padre y del Hijo; denota amor mutuo y conocimiento entre el Padre y el Hijo. Debido a la conexión íntima de Jesús con el Padre, pudo mostrar cómo era el Padre. Jesús respondió a la solicitud de Felipe, «Muéstranos el Padre», diciendo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14.8, 9).

Con 1.18, lo que comúnmente se ha llamado el «Prólogo» llega a su fin. El énfasis ha sido que Jesús es el revelador y explicación últimas de Dios mismo. Carson hizo notar que este tema se ve reforzado por los paralelos entre 1.1 y 1.18, «constituyendo un *inclusio*, una especie de sobre literario que une sutilmente todo 1.1–18 en su abrazo».<sup>26</sup> Estos paralelos pueden verse como sigue: «En el seno del Padre» es paralelo a «con Dios»; «Dios unigénito», es decir, el Único, es paralelo a «era Dios»; y decir que este Único «ha dado a conocer» a Dios es decir que Él es «el Verbo», el revelador último de Dios.

---

<sup>25</sup> Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 169.

<sup>26</sup> Carson, 135.

# El comienzo del ministerio de Jesús

## (1.19–51)

La primera mitad del Evangelio de Juan constituye un relato del ministerio público de Jesús (1.19—12.50). Se le identifica como un ministerio público porque durante este tiempo Juan el Bautista presentó a Jesús al público para su consideración y, esperaba, que le recibieran como el Cristo, el Hijo de Dios. Leon Morris sugirió que comenzando con 1.19–51 y pasando a 2.1–11, el texto narra la primera semana llena de acontecimientos del ministerio público de Jesús:

El primer día— Juan el Bautista dio testimonio delante de algunas autoridades judías (1.19–28).

El segundo día— Juan le indicó quién era Jesús a una multitud (1.29–34).

El tercer día— Dos discípulos de Juan, probablemente Andrés y Juan, hijo de Zebedeo, siguieron a Jesús (1.35–40).

El cuarto día— Andrés presentó Simón Pedro a Jesús (1.41, 42).

El quinto día— Felipe y Natanael siguieron a Jesús (1.43–51).

[El sexto día— no mencionado explícitamente, sin embargo, se asume en 2.1.]

El séptimo día— La boda tuvo lugar en Caná, donde Jesús convirtió el agua en vino (2.1–11).<sup>1</sup>

Es solo aquí que el Evangelio contiene una secuencia de días muy cuidadosa. La pregunta obvia es «¿Qué importancia tiene?». Juan ya había llamado la atención al relato de la creación en Génesis con las palabras «En el principio» (1.1). La secuencia

de días dada por Juan podría bien hacer eco de la semana de la creación en Génesis 1.<sup>2</sup> Juan se refirió a la creación (1.3, 4) y poco después analizó el nuevo nacimiento (cap. 3), o lo que Pablo llamó la «nueva creación» (2ª Co 5.17; NIV). Si bien no puede asegurarse que esta secuencia de días pretendía reflejar la semana de la creación, está claro que la narrativa sugiere una actividad creativa.

### EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA (1.19–36)

En el Prólogo, Juan el Bautista fue presentado como un hombre enviado de Dios, uno cuya misión no era de origen humano sino de origen divino (1.6); fue alguien que vino a dar testimonio de la Luz (1.7, 8). Dar testimonio de Jesús constituía la obra principal del Bautista. El texto lo enfatiza repitiéndolo. Comenzando con 1.19, se amplía la referencia al testimonio de Juan.

### El testimonio de Juan a los fariseos (1.19–28)

<sup>19</sup>Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? <sup>20</sup>Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. <sup>21</sup>Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. <sup>22</sup>Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? <sup>23</sup>Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

<sup>24</sup>Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. <sup>25</sup>Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías,

<sup>1</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 114.

<sup>2</sup> *Ibíd.*

ni el profeta? <sup>26</sup>Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. <sup>27</sup>Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. <sup>28</sup>Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

**Versículo 19.** El testimonio de Juan fue dado a una delegación oficial [enviada] por los judíos desde Jerusalén. La predicación de Juan había causado un gran revuelo entre el pueblo (Mt 3.5), y era natural e incluso se esperaba que las autoridades religiosas hicieran una indagatoria. Si bien la expresión «los judíos» es extraña en los Evangelios Sinópticos, aparece a menudo en Juan. Ocasionalmente, la referencia se usa en un sentido neutral, como para explicar ciertos rituales (2.6; vea NIV). Incluso se usa de manera favorable, como en la afirmación de que «la salvación viene de los judíos» (4.22). El uso común se refiere a las autoridades judías en Judea y especialmente a las de Jerusalén, específicamente a los líderes del Sanedrín, quienes estaban a cargo de todos los asuntos internos judíos bajo la jurisdicción romana. Raymond E. Brown declaró que «el Cuarto Evangelio usa los judíos como un título casi técnico para las autoridades religiosas, particularmente aquellas en Jerusalén, que son hostiles a Jesús».<sup>3</sup> Este grupo vino con una simple pregunta: ¿Tú, quién eres?

**Versículo 20.** El testimonio de Juan a la delegación enviada desde Jerusalén fue tanto negativo como positivo. El primer día del testimonio de Juan fue en gran medida negativo. Primero, hablando en negativo, libremente confesó: Yo no soy el Cristo. Muchas personas se preguntaban si él podría ser el Cristo (vea Lc 3.15), sin embargo, Juan declaró claramente que él no era «el Cristo» haciendo uso del pronombre enfático ἐγώ (egō). Cuando el pronombre se une con el verbo, se indica el énfasis. Juan respondió como diciendo: «Yo no soy Aquel que es el Cristo». El título griego Χριστός (Christos), transliterado «Cristo», es la traducción de la palabra hebrea para «Mesías» y quiere decir «Ungido». La llegada del Mesías se esperaba en cualquier momento; sin embargo, si las autoridades judías pensaban que Juan era el Mesías prometido, estaban equivocados.

**Versículo 21.** Como Juan no era el Cristo, sus interrogadores pensaban que podría ser Elías; por lo tanto, su segunda pregunta fue ¿Eres tú Elías?

<sup>3</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i-xii) (El Evangelio según Juan [i-xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 1xxi.

Malaquías había anunciado que Dios enviaría a Elías (Mal 4.5). La expectativa judía era un regreso corporal de Elías, lo que Juan negó. Juan sí cumplió la profecía, pero de manera figurativa. Lo anterior fue anunciado por el ángel Gabriel (Lc 1.17). Jesús también testificó de lo mismo (Mt 11.11-15; 17.10-13). La negación de Juan (**No soy**) provocó una tercera pregunta: ¿Eres tú el profeta? Moisés había anunciado que vendría un «Profeta» como él (Dt 18.15-18). Muchas personas anticipaban la llegada de este profeta (6.14; 7.40), sin embargo, Juan no era el profeta. Por esta razón, dio una respuesta concisa: **No**. Aprendemos de Pedro (Hch 3.22, 23) y Esteban (Hch 7.37) que este Profeta era en verdad Jesús, el Cristo, no Juan el Bautista. De este pasaje y 7.40, 41, parece claro que los judíos distinguían entre el Profeta y el Cristo. La brevedad de las respuestas de Juan no debe pasarse por alto. Sus respuestas se acortaron con cada respuesta: «Yo no soy el Cristo», «No soy» y «No». Juan había venido a dar testimonio de otro y no estaba interesado en preguntas sobre sí mismo.

**Versículo 22.** Hasta este punto, los enviados por los judíos no habían aprendido absolutamente nada sobre Juan, excepto sus negaciones. Para tener alguna respuesta para los judíos, le preguntaron directamente: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dado el revuelo que Juan había causado con su predicación, necesitaban algo que informar.

**Versículo 23.** Segundo, hablando en positivo, Juan afirmó ser el anunciado por Isaías. Él era la voz de uno que clama en el desierto: **Enderezad el camino del Señor**. Todos los Evangelios citan esta declaración de Isaías 40.3 y la aplican a Juan el Bautista (Mt 3.3; Mr 1.3; Lc 3.4; Jn 1.23), sin embargo, solo en Juan 1.23 lo dijo de sí mismo. La respuesta de Juan fue consecuente con su misión de dar testimonio de otro. No era una personalidad distintiva a quien el pueblo debía mirar; solo era una voz que apuntaba a otros al Rey que se acercaba. Esta voz estaba «clamando» en el desierto. La palabra «clamar» es de βοάω (boō), que quiere decir hacer una «proclamación solemne».<sup>4</sup> Supone hablar con una voz fuerte. De una manera contundente, Juan proclamó solemnemente la venida de Cristo. La idea de «[Enderezar] el camino del Señor» es la de nivelar los collados y enderezar las curvas de los caminos para la visita de un rey. La misión de

<sup>4</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 180.

Juan era la de un heraldo, uno que va antes que otro proclamando lo que vendrá. Lo que estaba por venir era el Mesías, y el pueblo necesitaba preparar sus corazones y sus mentes para encontrarse con Él (vea Lc 1.17, 76–79). Lo anterior es consecuente con el mensaje de arrepentimiento de Juan registrado en los Evangelios Sinópticos (Mt 3.2; Mr 1.4; Lc 3.3).

**Versículo 24.** El significado del presente versículo no está claro. En vista de que fueron enviados «sacerdotes y levitas» (1.19), y dado que la mayoría de los sacerdotes y levitas eran miembros del partido saduceo, podríamos esperar que algunos saduceos fueran incluidos en la delegación; sin embargo, Juan no se refirió a esta secta aquí ni en ningún otro lugar del Evangelio. El poder de ellos, que estaba vinculado al templo y al sistema de sacrificios, disminuyó cuando Jerusalén fue destruida en el año 70 d.C. Por lo tanto, lo probable es que no tenían poder en el momento de la escritura de Juan, que generalmente se remonta al año 80 d.C. y 95 d.C. Es difícil imaginar que los estrictos **fariseos** hubieran [**enviado**] sacerdotes y levitas (saduceos) para hablar con Juan. D. A. Carson dijo que la mejor alternativa es probablemente la forma como la NEB consigna 1.24, 25: «Algunos fariseos que estaban en la delegación le preguntaron...». Conjeturó que, si bien los fariseos no controlaban el Sanedrín, eran influyentes; y «difícilmente se podría haber enviado una delegación oficial sin alguna representación de su ala».<sup>5</sup>

En general, se supone que la secta de los fariseos se remonta a los jasidim<sup>6</sup> de los períodos sirio y macabeo. El término «fariseos», que quiere decir «separados» o «separatistas», enfatizaba su desvinculación de cualquier impureza ética o ceremonial. Lo anterior incluso incluiría «el consumo de productos de los cuales el diezmo no se había pagado de manera regular».<sup>7</sup> Fueron meticulosos en su cumplimiento de la Ley. Tendían a poner un cerco a la Ley tal como la entendían. Se dedicaban a sus tradiciones y con frecuencia las elevaban al estatus de Escritura misma (vea Mr 7.6–13). En lo que respecta a la práctica, quería decir que el cumplimiento de sus tradiciones era elevado por encima de la Ley. Morris dijo que los fariseos «parecen haber

representado siempre a la gente común en contra de la aristocracia y la religión pura en contra de las políticas eclesíásticas tan características de los saduceos».<sup>8</sup> Ejercían una gran influencia sobre las prácticas religiosas de los días. Cualquier enseñanza nueva o diferente llamaría su atención rápidamente, y por esta razón, Juan el Bautista estaba sujeto a sus interrogatorios.

**Versículo 25.** Juan había atraído bastante interés, tanto por su predicación como por su bautismo. Si Juan hubiera sido **el Cristo** o **Elías** o **el profeta**, se habría esperado que bautizara a las personas; sin embargo, Juan había negado ser cualquiera de estos notables. Por lo tanto, los judíos querían saber con qué autoridad [**bautizaba**]. No es que la delegación ignorara el bautismo. Era un ritual que los judíos requerían de los prosélitos, es decir, los conversos al judaísmo de otras religiones. El autor de Hebreos señaló que aquellos bajo la Ley estaban interesados, entre otras cosas, en «diversas abluciones» (He 9.10).<sup>9</sup> El bautismo de Juan difería del bautismo de aquellos que se convertían al judaísmo en al menos dos formas: 1) Mientras que los prosélitos se bautizaban a sí mismos,<sup>10</sup> Juan bautizaba a sus conversos; y 2) Juan insistió en que los judíos fueran bautizados así como los gentiles. Los judíos eran el pueblo elegido de Dios, e incluso sugerir que necesitaban limpieza era inaceptable para algunos. Entonces, ¿qué podría justificar el acto de bautizar por parte de Juan?

**Versículos 26, 27.** La respuesta de Juan fue característicamente enfática: **Yo bautizo con agua**. Su fuente de autoridad era Dios, como él dijo en 1.33. Al responderles a los fariseos, dirigió su atención a **uno** de quien vino a dar testimonio. En efecto, dijo: «Yo, por mi parte, bautizo con agua, y tengo autoridad para hacerlo; sin embargo, no soy nada comparado con aquel que viene después de mí». No dijo que el bautismo no era importante, porque lo era; sin embargo, su importancia radica en el hecho de que apuntaba a las personas a Jesús (1.31). A Juan le interesaba dar testimonio de Jesús, porque para ese fin fue enviado (1.6–8). Este mismo Jesús, que estaba entre ellos aunque desconocido para ellos, era mayor que Juan (1.15). Además, Juan dijo de

<sup>5</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 144.

<sup>6</sup> H. L. Ellison, «Pharisees» («Fariseos»), en *The New Bible Dictionary (El nuevo diccionario Bíblico)*, ed. J. D. Douglas (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1962), 981–82.

<sup>7</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 50.

<sup>8</sup> Morris, 122.

<sup>9</sup> Neil R. Lightfoot escribió: «Había lavados para el sumo sacerdote (Lv 16.4, 24), lavados para los sacerdotes (Ex 30.18–21; Lv 8.6), lavados para los levitas (Nm 8.6–7), lavados para leprosos y personas inmundas (Lv 14.8–9; Nm 19), y lavados de prendas y vasijas (Lv 6.27–28)» (Neil R. Lightfoot, *Jesus Christ Today [Jesucristo Hoy]* [Abilene, Tex.: Bible Guides, 1976], 168).

<sup>10</sup> Mishná *Pesahim* 8.8; Talmud *Yebamoth* 46a, 47b.

Cristo, ... **del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado.** Desatar las correas del calzado era labor de esclavos. Un discípulo podría hacer cualquier cosa por su maestro, excepto desatar esas correas. Este servicio servil no era el que prestaría un discípulo; sin embargo, Juan, grande como era, no se consideraba digno de realizar esta tarea para el Cristo. Aparte del sacrificio de Jesús, sería difícil pensar en un mayor ejemplo de humildad que el de Juan.

**Versículo 28.** A **Betábara, al otro lado del Jordán**, se le llama «Betania» en la NASB y quiere decir «casa de paso», que indica una intersección. Orígenes popularizó la variante «Betábara» en el siglo tercero porque no pudo encontrar una «Betania al otro lado del Jordán» en sus viajes,<sup>11</sup> sin embargo, la mayoría de los estudiantes del texto la rechazan. La lectura original es muy probablemente «Betania», que se apoya no solo textualmente, sino también por el cuidadoso esfuerzo de Juan para distinguirla de Betania en el lado este del monte de los Olivos, a más de tres kilómetros de Jerusalén (11.1, 18). Fue en «[Betania], al otro lado del Jordán», **donde Juan estaba [continuamente] bautizando.**<sup>12</sup>

#### El testimonio de Juan a las multitudes (1.29–34)

<sup>29</sup>El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: **He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.** <sup>30</sup>Este es aquel de quien yo dije: **Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.** <sup>31</sup>Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. <sup>32</sup>También dio Juan testimonio, diciendo: **Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él.** <sup>33</sup>Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: **Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.** <sup>34</sup>Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

**Versículo 29.** El siguiente día fue el día después del interrogatorio de Juan de parte de algunos inquisidores de Jerusalén. A los oyentes no se les identifica, sin embargo, podría suponerse que se

<sup>11</sup> Orígenes *Comentario sobre Juan* 6.204–5; 13.455.

<sup>12</sup> Una antigua tradición identifica «Betábara, al otro lado del Jordán», donde Juan bautizó con un sitio frente a Jericó, en la misma región donde Elías ascendió al cielo (2° R 2.5–14). También se han sugerido otros lugares.

trataba de una multitud general que con frecuencia venía a escuchar a Juan predicar. La ocasión fue el regreso de Jesús a «[Betania], al otro lado del Jordán» (1.28) después de ayunar cuarenta días en el desierto y ser tentado por el diablo (vea Mt 4.1–11). Los versículos 29 al 34 continúan con el tema del testimonio de Juan acerca de Jesús e introducen una larga lista de títulos que podrían aplicarse a Jesús:

«el Cordero de Dios» (1.29, 36),  
 «el Hijo de Dios» (1.34, 49),  
 «Rabí» (1.38, 49),  
 «el Mesías» o el «Cristo» (1.41),  
 «el Rey de Israel» (1.49),  
 «el Hijo del Hombre» (1.51).

Juan dijo: **He aquí el Cordero de Dios...** La fuerza de «He aquí» es centrar la atención en Jesús, lo cual es consecuente con la labor de Juan de dirigir a otros a **Jesús**. Mucho se ha debatido acerca de la razón precisa por la cual Juan llamó a Jesús «el Cordero de Dios». La palabra original para «Cordero» en 1.29, 36, ἀμνός (*amnos*), aparece en solo otros dos lugares en el Nuevo Testamento (Hch 8.32; 1ª P 1.19). Hechos 8.32 es una cita de Isaías 53.7, y 1ª Pedro 1.19 habla de la redención. Ambas referencias comparan a Cristo con un cordero sacrificado. Israel estaba bastante familiarizado con el papel del cordero como sacrificio. Se ofrecieron corderos («primogénitos de sus ovejas») como el sacrificio más excelente de Abel (Gn 4.4; vea He 11.4). Se sacrificó un cordero por cada hogar considerable durante la Pascua (Ex 12). Habían de ofrecerse corderos sin mancha en los sacrificios diarios en el tabernáculo y el templo posterior (Ex 29.38–42). Jesús es el Cordero de Dios sacrificado por toda la humanidad. Warren W. Wiersbe dijo: «La pregunta en el Antiguo Testamento es: “¿Dónde está el cordero?” (Gn 22.7). En los cuatro Evangelios, el énfasis es “¡He aquí el Cordero de Dios!” ¡Aquí está!».<sup>13</sup>

Como el Cordero que es, Jesús **quita el pecado del mundo**. Si bien un cordero no era el animal característico para una ofrenda por el pecado según la Ley, Juan dejó claro que el Cordero de Dios fue sacrificado para quitar el pecado del mundo. La venida de Cristo fue para la redención de la humanidad perdida, no solo de Israel, sino del mundo entero. No hay justos; todos han pecado (Ro

<sup>13</sup> Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary: New Testament (El comentario de exposición bíblica: Nuevo Testamento)*, vol. 1 (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2001), 287.

3.10, 23). Todos necesitan el sacrificio de Jesús, y Su sacrificio es la única forma en que una persona puede ser redimida. Isaías profetizó:

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido (Is 53.7, 8).

**Versículo 30.** El presente versículo identifica claramente a Jesús como aquel del que se habló anteriormente en términos generales (vea 1.15). Juan dijo: **Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.** Aunque Juan estaba antes de Jesús por nacimiento físico, Jesús realmente estaba antes que él, en vista de que Él (el Verbo) ha existido desde la eternidad. Su preexistencia muestra Su superioridad sobre Juan (vea 8.58; 17.5).

**Versículo 31.** Juan **no le conocía**. El término «conocía» se deriva de la raíz οἶδα (*oída*), que transmite la plenitud de conocimiento. Juan, aunque estaba relacionado con Jesús y probablemente sabía algo acerca de Él, no sabía con certeza que Jesús era el Mesías.<sup>14</sup> Lo que sí sabía era que el propósito de su bautismo era revelar el Mesías a Israel. Aquí Juan no dijo nada acerca de su bautismo como uno de arrepentimiento (vea Mr 1.4; Lc 3.3); el propósito final de su bautismo era prepararle el camino a Jesús.

**Versículo 32.** El autor del Evangelio presumió que el bautismo de Jesús era algo con lo que sus lectores estarían familiarizados. Se le dio una señal a Juan el Bautista, el **Espíritu que descendía**, para identificar a Jesús como el Mesías. **También dio Juan testimonio, diciendo: Vi...** (vea 1.7). La palabra para «vi» es de θεάομαι (*theomai*), que quiere decir «mirada atenta»; el tiempo aquí es perfecto, indicando los efectos continuos de una acción pasada. Juan examinó la escena con sus propios ojos y permaneció convencido de lo que vio. Vio al Espíritu descender **del cielo** como una

<sup>14</sup> Si Juan no sabía que Jesús era el Mesías antes de que el Espíritu descendiera sobre Él (1.32, 33), ¿por qué estuvo reacio a bautizarlo (Mt 3.14)? Es posible que Juan haya escuchado sobre el nacimiento milagroso de Jesús y Su notable conocimiento de las Escrituras, incluso a una edad temprana. Es concebible que Juan haya llegado a respetar a Jesús desde la distancia. Como Juan no pudo detectar ningún pecado en Jesús, cuando Jesús solicitó ser bautizado, Juan no pudo evitar negarse y solicitar lo contrario. Decir que Juan tenía una alta estimación de Jesús antes de Su bautismo no necesariamente quiere decir que entendía completamente quién era realmente Jesús.

**paloma** y permanecer sobre el Señor.

**Versículo 33.** Juan repitió que **no [...] conocía** a Jesús como el Mesías hasta el descenso del **Espíritu**. Como se relata en los Evangelios Sinópticos, el descenso del Espíritu como paloma ocurrió junto con la voz del cielo después de que Jesús salió del agua, es decir, después de que Juan le bautizó (Mt 3.16, 17; Mr 1.10, 11; Lc 3.22). Aquí en este Evangelio, el descenso del Espíritu identificó a Jesús como **el que bautiza con el Espíritu Santo**. Juan no dijo cuándo había recibido la señal, sin embargo, es evidente en una comparación con los Evangelios Sinópticos que Dios le había dado esta señal y que sabía que Jesús era el Mesías.

**Versículo 34.** Juan enfatizó: **Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios**. La palabra «éste» se refiere a Aquel sobre quien descendió el Espíritu (1.32, 33). Los verbos «vi» (ἐώρακα, *heōraka*) y «he dado testimonio» (μεμαρτύρηκα, *memarturēka*) son tiempos perfectos, indicando una convicción firme por parte de Juan. No había duda en su mente sobre quién era realmente Jesús. En lo que respecta a la labor de Juan, había acabado. Había escuchado la voz del cielo (vea Mt 3.13–17) y había visto con sus propios ojos la señal del Mesías venidero. Aquel por quien Juan el Bautista había sido enviado a anunciar, el Hijo de Dios, había llegado. El cuarto Evangelio fue escrito para generar fe en esta verdad (vea comentarios sobre 20.31).

### El testimonio de Juan a los dos discípulos (1.35, 36)

<sup>35</sup>El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. <sup>36</sup>Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios.

**Versículos 35, 36.** Se llama la atención a una nota precisa de tiempo con la frase **El siguiente día**, es decir, el día después del testimonio de Juan registrado en 1.29–34. Mientras **estaba Juan, y dos de sus discípulos [...] [miró] a Jesús**; y, de acuerdo con su misión, lo señaló a estos dos discípulos. En la declaración en cuanto a que Juan «[miró] a Jesús», el verbo es ἐμβλέπω (*emblepō*), que se refiere a una mirada penetrante con consideración reflexiva. (Vea 1.42 para el único otro lugar donde se encuentra el verbo en este Evangelio.) Luego, Juan pronunció: **He aquí el Cordero de Dios** (vea comentarios sobre 1.29). Uno de los «discípulos» o «aprendices» (aquellos que se unen a un maestro dado), es identificado en 1.40 como «Andrés». Aunque no se ha establecido con certeza, se cree que el otro era el discípulo amado, Juan. El detalle

de que Juan el Bautista estaba mirando de manera penetrante a Jesús mientras **andaba por allí** constituye un ejemplo de los toques dados por un testigo presencial a este Evangelio.

## LA RESPUESTA DE ALGUNOS DISCÍPULOS (1.37–51)

### Andrés y Pedro (1.37–42)

<sup>37</sup>Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. <sup>38</sup>Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? <sup>39</sup>Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima. <sup>40</sup>Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. <sup>41</sup>Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). <sup>42</sup>Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro).

**Versículo 37.** El mismo Juan no dijo nada acerca de seguir a Jesús, sin embargo, todo su ministerio fue diseñado para señalarle. Por lo tanto, cuando **Le oyeron hablar los dos discípulos** que dijo: «He aquí el Cordero de Dios», **siguieron a Jesús**. El término «siguieron» traduce una forma aoristo del verbo ἀκολουθεῖν (*akolouthēō*), que podría indicar que su decisión fue tomada de una vez por todas. F. F. Bruce agregó: «Por tomarse como una instancia del aoristo de “acceso”: “se convirtieron en sus seguidores”». <sup>15</sup> En este caso, no simplemente consideraron la idea de manera provisional; se dedicaron de inmediato a seguirle. Aquí había dos hombres, dos hombres ordinarios, pero religiosos, que deseaban entregar sus vidas a Jesús. Probablemente no entendieron todo lo que implica el título «Cordero de Dios», sin embargo, ciertamente entendían que Juan estaba señalando a Jesús como Aquel a quien ahora debían adherirse.

**Versículo 38.** Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les preguntó: ¿Qué buscáis? Jesús no hizo la pregunta porque no supiera (vea 2.25). En vista de que estos hombres habían estado siguiendo a Juan el Bautista, seguramente deseaban una relación con Dios. Vieron algo en Jesús que creían que satisfaría este deseo. Se pronuncia una bienaventuranza sobre todo el que tenga hambre y

<sup>15</sup> Bruce, 56.

sed de justicia (Mt 5.6). Jesús es el único que puede satisfacer esa hambre en el alma cansada. Estos hombres creían que habían encontrado en Jesús lo que habían estado buscando.

Andrés y el discípulo no identificado respondieron a la pregunta de Jesús con una propia: **Rabí [...] ¿dónde moras?** La pregunta es interesante por diferentes razones. 1) Lo llamaron «Rabí», que Juan hubo **traducido** para lectores no judíos como **Maestro**. El término literalmente quiere decir «mi grande». Era utilizado comúnmente como una forma respetuosa de dirigirse a alguien de parte de un estudiante hacia su maestro. Está claro que estos hombres estimaban altamente a Jesús. 2) Le preguntaron: «¿dónde moras?», lo cual no parece ser una respuesta natural a la pregunta «¿Qué buscáis?». Cuando le preguntaron: «¿dónde moras?», no estaban simplemente preguntando dónde moraba Jesús. Estos hombres habían escuchado acerca de Jesús y deseaban saber más. Una visita casual no sería suficiente para las preguntas que tenían. Querían pasar un tiempo con Jesús para descubrir más sobre Él y lo que tenía para ofrecer.

**Versículo 39.** La respuesta de Jesús fue simple: **Venid y ved**. Es la misma respuesta que Felipe le dio a Natanael en 1.46. La frase era común entre los rabinos. Se utilizaba para mostrar que una solución a un problema particular era posible. Los dos discípulos deseaban saber de Jesús; y Jesús, en efecto, dijo: «¡Vengan y vean por ustedes mismos!». Como resultado, los dos **Fueron, y vieron donde moraba**. Jesús estaba indicando Su disposición a compartir y pasar tiempo con ellos. La hora dada **era como la hora décima**, que, según el tiempo judío, sería alrededor de las 4.00 p.m. Estos discípulos se quedaron con Jesús **ese día**, tal vez queriendo decir que pasaron la noche. Los judíos medían un día comenzando con el inicio de la noche y continuando hasta el comienzo de la noche siguiente; dividían la noche y el día en doce horas cada una. <sup>16</sup>

**Versículo 40.** ...uno de los dos discípulos de

<sup>16</sup> Kent estuvo de acuerdo con otros comentaristas que han dicho que el Evangelio de Juan usa el método romano de medir el tiempo, por lo que la hora aquí serían las 10:00 am. Dijo que alguien que no adopta este tipo de tiempo se enfrentará a dificultades insuperables para armonizar el relato de Juan con Marcos. (Compare con Jn 19.14 y Mr 15.25.) (Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John [Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan]* [Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974], 44.) Carson, citando a Plinio el Viejo, dijo: «... “La gente común en todas partes” piensa del día desde el amanecer hasta la oscuridad. Judíos, romanos y otros dividían el “día” en doce horas; los romanos dividían la noche en cuatro vigiliass» (Carson, 157; Plinio el Viejo *Historia Natural* 2.79).

Juan el Bautista que había **oído** acerca de Jesús y se comprometió a seguirle fue **Andrés, hermano de Simón Pedro**. El hermano de Andrés aún no había aparecido en la escena, ni Jesús le había dado el nombre de «Pedro», a pesar de que aquí se usa el nombre completo «Simon Pedro». Si bien no se dice mucho sobre Andrés, es uno de los personajes más interesantes de la Biblia. Su nombre aparece solo cinco veces en este Evangelio (1.40, 44; 6.8; 12.22 [dos veces]), y en dos casos se le conoce como el «hermano de Simón Pedro» (1.40; 6.8). Si bien Andrés es presentado por primera vez en el presente relato, la carta de Pedro era bien conocida cuando se escribió. Por esta razón, Andrés, que era menos conocido, se presenta en el texto en términos de ser el hermano de Pedro.

**Versículo 41.** Después de que Andrés encontró al Señor, lo primero que hizo fue encontrar a su hermano **Simón**. Andrés no esperó días ni semanas para comenzar a compartir las buenas nuevas. Había encontrado la respuesta a su propia condición espiritual y deseaba que Simón tuviera la misma oportunidad (vea 9.4). En Jesús, Andrés había **hallado al Mesías**. La palabra *Μεσσίας* (*Messias*, «Mesías») es una transliteración griega de una palabra hebrea o aramea que quiere decir «Ungido». Se [traduce] al griego como *Χριστός* (*Christos*, **Cristo**). La palabra griega *Messias* aparece solo aquí y en 4.25 en el Nuevo Testamento.<sup>17</sup> En el Antiguo Testamento, denota al rey de Israel (1° S 16.6; 2° S 1.14) y al sumo sacerdote (Lv 4.3). En un pasaje se refiere a los patriarcas (Sal 105.15).

**Versículo 42.** Si bien no se nos dice mucho acerca de Andrés, cada vez que se le menciona se le presenta trayendo alguien a **Jesús** (vea 6.8, 9; 12.20–22). Llevar su hermano a Jesús fue quizás su mayor acto de servicio. Jesús le dio al recién llegado una mirada cuidadosa y cambió su nombre a **Cefas**, un nombre arameo que quiere decir «roca» y el equivalente del griego *Πέτρος* (*Petros*, **Pedro**). Este nombre parece no describir al impulsivo Pedro. El cambio de nombre podría aplicar a la persona que el Señor esperaba que se convirtiera en Pedro y el hombre en el que eventualmente se convirtió Pedro: «el hombre roca». Puede que la importancia principal de este incidente sea que indica el conocimiento de Jesús de las personas. Él conoce a las personas de principio a fin (vea 1.47, 48; 2.25), incluido su potencial.

<sup>17</sup> En la NASB, la palabra «Mesías» aparece en el Nuevo Testamento otras cuatro veces (Mt 1.1, 16, 17; 2.4). Sin embargo, en estos casos la palabra subyacente en el texto griego es *Christos*.

## Felipe y Natanael (1.43–51)

<sup>43</sup>El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: **Sígueme**. <sup>44</sup>Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. <sup>45</sup>Felipe halló a Natanael, y le dijo: **Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret**. <sup>46</sup>Natanael le dijo: **¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve**. <sup>47</sup>Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: **He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño**. <sup>48</sup>Le dijo Natanael: **¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi**. <sup>49</sup>Respondió Natanael y le dijo: **Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel**. <sup>50</sup>Respondió Jesús y le dijo: **¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás**. <sup>51</sup>Y le dijo: **De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre**.

**Versículos 43, 44.** Jesús había estado en «Betábara, al otro lado del Jordán» (1.28) y decidió viajar al noroeste a **Galilea**. No se da ninguna razón de por qué tomó esta decisión, sin embargo, aquí fue donde Jesús comenzó Su ministerio. No se nos dice exactamente dónde Jesús **halló a Felipe**. Antes de Felipe, otros habían buscado a Jesús; sin embargo, ahora Jesús buscó a Felipe. Jesús **le dijo: Sígueme**, queriendo decir: «manténgase siguiéndome». Como «Andrés», «Felipe» es un nombre griego; quiere decir «un amante de los caballos». Si bien los Evangelios Sinópticos no hablan de Felipe, excepto cuando se le menciona con los apóstoles, Juan lo describe en la alimentación de la multitud (6.5–7), cuando trajo griegos a Jesús (12.20–22), y cuando preguntó por el Padre en el aposento alto (14.8, 9). Felipe era de **Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro**. «Betsaida» quiere decir «casa de pesca» o, como Bruce lo interpretó, «Ciudad del pescador»; este pueblo se encuentra a poca distancia al oriente de donde el río Jordán vierte sus aguas en el mar de Galilea.<sup>18</sup>

**Versículo 45.** Tal como Andrés le había contado a su propio hermano, Simon Pedro, acerca de Jesús (1.40–42), así también **Felipe halló a Natanael** y le contó acerca de **Jesús**. Frederic Louis Godet comentó: «Una antorcha encendida sirve para encender

<sup>18</sup> Bruce, 59.

otra».<sup>19</sup> El proceso de encontrar a otro como Andrés encontró a Pedro y Felipe encontró a Natanael, constituye un método eficaz de evangelismo.

Se ha sugerido que a Natanael, cuyo nombre quiere decir «don de Dios», se le debe identificar con Bartolomé. A este Bartolomé no se le nombra en Juan, ni a Natanael se le nombra en los Evangelios Sinópticos. Bartolomé está emparejado con Felipe en las listas de los apóstoles (Mt 10.3; Mr 3.18; Lc 6.14). Además, aparece en la lista después de Tomás en Hechos 1.13, mientras que el nombre «Natanael» ocupa la misma posición en Juan 21.2. «Bartolomé» no es un nombre personal, sino un nombre derivado de un padre o antepasado; quiere decir «hijo de Tolmai». Como Simón, hijo de Jonás (Mt 16.17), Bartolomé seguramente tenía otro nombre.

Felipe habló de Jesús como Aquel **de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas**. Es esencialmente lo mismo que Andrés le dijo a Simón cuando exclamó que habían encontrado al Mesías (1.41). Cuando Felipe habló de Jesús, lo identificó como se le conocía, dando Su nombre personal, **Jesús**; Su ciudad natal, **Nazaret**; y el nombre de su padre legal, **José**.

**Versículo 46.** Tan pronto como Natanael escuchó a Felipe, él respondió: **¿De Nazaret puede salir algo de bueno?** Natanael era de Caná de Galilea (21.2). Así como los judíos con frecuencia trataban con desprecio a la gente de Galilea, parece que los galileos despreciaban a los de Nazaret (en Galilea). Incluso hoy, puede existir mucha rivalidad entre comunidades. Algunos desprecian a otros porque son de ciertas áreas. Aparentemente, este tipo de rivalidad existía entre lugares como Caná y Nazaret. Por lo tanto, según Natanael, nada bueno podía salir de Nazaret. Ese pueblo era visto con desprecio.

De la declaración de Natanael es evidente más que una rivalidad entre ciudades. Nada en el Antiguo Testamento anunciaba que el Ungido de Dios viniera de Nazaret. Las Escrituras dicen que el Cristo vendría de la simiente de David y de la ciudad de Belén (Miq 5.2), donde nació David (1° S 17.12, 15; vea Lc 2.4; Jn 7.42). Decir que el Cristo vino de Nazaret era oscurecer Su herencia y rebajar Su origen divino. Jesús era conocido como «Jesús de Nazaret» o «Jesús el nazareno»<sup>20</sup>, no «Jesús de Belén», que lo habría asociado con el rey David. Años más tarde, los cristianos fueron tratados con desprecio como «la secta de los nazarenos» (Hch

<sup>19</sup> Frederic Louis Godet, *Commentary on John's Gospel (Comentario sobre el Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1978), 332.

<sup>20</sup> Vea Mt 2.23; 26.71; Mr 1.24; 10.47; Lc 4.34; 24.19; Jn 18.5, 7; 19.19.

24.5). Si nada bueno podía venir de Nazaret, seguramente también aplicaría al Ungido de Dios. Natanael cometió el mismo error que la gente sigue cometiendo hoy, sacando conclusiones apresuradas sobre los demás simplemente por sus orígenes humildes. **Felipe** no comenzó con un argumento detallado al dirigirse a Natanael; simplemente dijo: **Ven y ve**. Para encontrar la verdad sobre cualquier tema, se tiene que hacer una investigación honesta (vea Hch 17.11).

**Versículo 47. Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo [...]: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.** Es el único lugar donde el término «Israelita» ocurre en el Evangelio de Juan. A diferencia de la expresión «los judíos», debe entenderse aquí que tiene una connotación positiva. Jesús no estaba diciendo que Natanael era un «verdadero israelita» en términos del análisis de Pablo sobre el verdadero Israel (Ro 9—11). Más bien, Jesús estaba diciendo que Natanael era cierto tipo de israelita, uno en el que no había artimaña ni engaño. Quizás este elevado elogio pueda entenderse mejor en vista de la conversación que siguió, que parece ser una referencia a la escalera de Jacob (Gn 28.10—17). El nombre de Jacob se asociaba tradicionalmente con el engaño. Cuando Isaac dijo: «Vino tu hermano con engaño, y tomó tu bendición», Esaú respondió, diciendo: «Bien llamaron su nombre Jacob, pues ya me ha suplantado dos veces» (Gn 27.35, 36a). El nombre de Jacob fue luego cambiado a «Israel» durante una visión de Dios, una experiencia que cambió su vida (Gn 32.24—28). A diferencia de Jacob, Natanael era un israelita en el que «no hay engaño». Aunque sincero en su crítica a cualquiera de Nazaret, tenía motivos que eran puros. Aceptó la invitación de Felipe para investigar a Aquel de quien habían escrito Moisés y los Profetas.

**Versículo 48. Natanael** no cuestionó la evaluación de Jesús, sin embargo, respondió sorprendido con la pregunta **¿De dónde me conoces?** Jesús dijo que lo conocía **Antes que Felipe [le] llamara**, durante el tiempo que estuvo **debajo de la higuera**. Era algo que solo sabían Jesús y Natanael. Jesús estaba revelando Su conocimiento sobrenatural. Estaba mostrando que conoce a un hombre incluso hasta el punto de saber lo que hay en su corazón (vea 2.24, 25).

**Versículo 49.** Natanael el escéptico se convirtió en Natanael el creyente. Quien demostraba tal conocimiento sobrenatural tenía que ser Aquel de quien las Escrituras dieron testimonio que vendría. **Natanael** se dirigió a Jesús con el respetuoso título de **Rabí** (vea comentarios sobre 1.38) y luego le asignó a Jesús dos títulos mesiánicos: **tú eres el Hijo**

**de Dios; tú eres el Rey de Israel.** En el Antiguo Testamento, a Salomón se le describe como un hijo de Dios: «Yo le seré padre, y él me será a mí hijo» (2ª S 7.14). Además, a Israel se le refiere como un hijo de Dios: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo» (Os 11.1). Si bien Juan nunca usa esta frase exacta para referirse a creyentes, el libro se refiere a aquellos que creen en Jesús como «hijos de Dios» (1.12); estos tienen el privilegio de llamarle a Dios «Padre» (16.23). En el contexto actual, la frase «Hijo de Dios» describe la relación única entre Jesús y su Padre.

En Salmos 2.6, 7, Dios le dijo al rey ungido de Israel coronado en el monte santo de Sión: «Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy». Bruce sugirió que «no debemos suponer que, tan temprano de su carrera como discípulo, Natanael quiso decir mucho más con [la frase “Hijo de Dios”] que con “Rey de Israel”; eran formas alternativas de denotar al Mesías». <sup>21</sup> Carson dijo que «el título de *Rey de Israel* fue utilizado por los judíos palestinos para el Mesías». <sup>22</sup> Los reyes fueron ungidos por Dios (vea Sal 2.1–7). Cuando algunos intentaron tomar a Jesús por la fuerza y hacerle rey, Él se resistió a sus esfuerzos (6.15). Sin embargo, se presentó como un Rey en su entrada triunfal (12.12–15) y afirmó ante Pilato que había nacido Rey (18.33–37). Jesús fue el Rey prometido, a pesar de que Su reino no era de este mundo (18.36).

**Versículos 50, 51.** La creencia de Natanael en Jesús se basó en un milagro. Jesús prometió que Natanael vería **Cosas mayores que estas**, es decir, Su exhibición de conocimiento sobrenatural, así como las señales reportadas por Juan. Natanael no solo presenciaba cosas mayores, sus compañeros discípulos también serían testigos. Lo anterior se evidencia por el cambio que hizo Jesús de la segunda persona del singular ὄψη (*opsē*, **te dije**) en 1.50 a la segunda persona del plural ὄψεσθε (*opsesthe*, **veréis**) en 1.51.

El versículo 51 introduce por primera vez la doble afirmación **De cierto, de cierto os digo**. <sup>23</sup> La frase griega ἀμήν ἀμήν (*amēn amēn*) se traduce de varias maneras como «en verdad, en verdad» (KJV), «verdaderamente, verdaderamente» (NASB; ESV), y «en verdad, en verdad» (NEB). La NIV adapta la construcción a «Muy sinceramente, te lo digo». La transliteración griega *amēn* es de origen hebreo y quiere decir «firme» o «seguro». Se utiliza incluso

<sup>21</sup> Bruce, 61.

<sup>22</sup> Carson, 162.

<sup>23</sup> Esta afirmación aparece con frecuencia en Juan (1.51; 3.3, 5, 11; 5.19, 24, 25; 6.26, 32, 47, 53; 8.34, 51, 58; 10.1, 7; 12.24; 13.16, 20, 21, 38; 14.12; 16.20, 23; 21.18).

hasta el día de hoy para mostrar la aprobación de las palabras pronunciadas por otra persona (vea 1ª Co 14.16). La expresión se atribuye solo a Jesús en los Evangelios: siempre sola en los Evangelios Sinópticos y siempre doble en Juan. Cuando Jesús la usó, fue para confirmar la certeza y la confiabilidad de lo que estaba diciendo.

La declaración de Jesús a Natanael de que vería **el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre** parece ser una referencia a la visión de Jacob (Gn 28.10–17). El relato del sueño de Jacob no dice que los cielos se abrieron, mientras que aquí no se menciona la escalera que vio Jacob. Ambos pasajes son sobre la comunicación entre el cielo y la tierra; sin embargo, aquí dice que los ángeles ascienden y descienden no en una escalera, sino sobre el «Hijo del Hombre», Jesús mismo (8.28). Jesús es descrito como el vínculo entre el cielo y la tierra (3.13), el mediador entre Dios y el hombre. Él es el medio por el cual las realidades del cielo son llevadas a la tierra. De manera figurada, entonces, el pasaje dice que Jesús revela cosas celestiales.

La frase «Hijo del hombre» constituía la forma favorita de Jesús para designarse a Sí mismo. Muchos asocian la expresión con la humanidad de Jesús; y aunque tal connotación no debe descartarse, hay más a considerar. Al usar «Hijo del Hombre», Jesús sin duda hacía referencia a la figura divina en Daniel 7.13, 14, una persona única que vendría en el futuro:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

Este «Hijo del Hombre» a quien Daniel anunció sería adorado y tendría autoridad, gloria y poder. Cuando Jesús se aplicó este título a Sí mismo, no parece que solo estaba afirmando ser un miembro de la raza humana; afirmaba ser *esta* figura divina (vea Mr 14.61–64), Aquel que estaba especialmente calificado para revelar Dios al hombre.

## APLICACIÓN

### Cristianismo actual (Cap. 1)

En el primer capítulo del Evangelio de Juan, podemos encontrar un patrón para el cristianismo actual. Juan 1 no fue necesariamente escrito para proporcionar ese patrón, sin embargo, el capítulo

incluye cuatro principios esenciales para aquellos que desean ser cristianos neotestamentarios en nuestro mundo actual. Todos estos cuatro principios se relacionan con Cristo. El cristianismo se centra en Cristo. ¿Qué es el cristianismo tal como lo vemos revelado en Juan 1?

*Primero, el cristianismo del Nuevo Testamento incluye conocer la verdad de que Cristo fue humano y divino (1.1–18).*

Cuando comenzamos a leer el Evangelio de Juan, notamos de inmediato que Juan es diferente de los otros tres relatos del Evangelio. Juan no comienza de la misma manera que ellos comienzan, ni continúa como lo hacen los demás. Juan es diferente, mientras que los otros tres libros son iguales; se les llama los «Evangelios Sinópticos» o los «Sinópticos».<sup>24</sup>

¿Por qué es diferente el Evangelio de Juan? Obviamente, Juan, como los demás autores, tenía la intención de presentar a Jesús como el Hijo de Dios; sin embargo, también tenía objetivos que diferían de los de Mateo, Marcos y Lucas. Probablemente, estaba familiarizado con los demás libros y sabía que sus lectores también lo estarían; así que a menudo evitaba volver a contar los relatos que ya habían contado de la misma manera que los demás los habían contado.

¿Cómo es diferente Juan? El presente relato del Evangelio es más obviamente «teológico» que los demás. Juan contiene grandes verdades teológicas que solo se insinúan en los primeros tres libros del Nuevo Testamento.

En Juan 1.1–18, encontramos un buen ejemplo de esta tendencia. El libro comienza no con el relato del nacimiento de Cristo ni con la genealogía de Cristo, sino con la preexistencia de Cristo. Juan deseaba que supiéramos exactamente quién es Jesucristo.

1. Es «el Verbo», el *Logos* divino, una designación utilizada por Juan para expresar la poderosa posición preeminente de Jesús en el cielo antes de venir a la tierra (1.1).

2. Estuvo «en el principio [...] con Dios» (1.1). No comenzó Su existencia cuando nació en Belén; existía desde toda la eternidad.

3. Era «con Dios» y «era Dios» (1.1). En otras palabras, comparte los rasgos o características de la deidad con el Padre. El Padre es Dios; sin embargo, Jesucristo, el Hijo de Dios, también es Dios.

4. Participó en la creación, tal como lo hizo Dios: «sin él nada [...] fue hecho» (1.3; vea 1.10; Col 1.16;

<sup>24</sup> La palabra «sinóptico» sugiere la idea de «ver lo mismo» o «ver igual». La idea es que los «Evangelios Sinópticos» ven e informan el relato de Jesús de la misma manera. Juan lo informa de manera diferente.

He 1.2). Cuando Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Gn 1.26), se dirigió a Sí mismo; y el yo al que se dirigió incluía el Verbo divino.

5. Era y es la Luz y la fuente de vida para todos (1.4; vea 1.7–9). Aparte de Él, como enseña el Nuevo Testamento repetidamente, no hay luz ni esperanza de vida.

6. Fue y es a menudo rechazado. «La luz en las tinieblas resplandece», sin embargo, las «tinieblas» la rechazan (1.5, 11). Juan, como los demás relatos del Evangelio, deja claro desde el principio que Jesús no fue recibido por todos.

7. El mismo Jesucristo que era el Verbo divino se hizo carne: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre) lleno de gracia y de verdad» (1.14). El texto enseña que el Jesús que anduvo entre los hombres fue un hombre, un ser humano compuesto de carne y hueso; sin embargo, no fue un simple hombre —ni siquiera solamente un hombre extraordinario que, como los profetas, podía obrar milagros. ¡Fue más bien el divino Hijo de Dios, Dios en la carne, que había existido desde toda la eternidad con Dios y como Dios!

Sobre este hecho yace nuestra esperanza: ¡Jesucristo fue divino y humano! El cristianismo se centra en esta verdad. Si no fuera cierto, ¡el cristianismo no sería nada! Como es verdad, ¡el cristianismo lo es todo!

*Segundo, el cristianismo del Nuevo Testamento incluye proclamar que Cristo es el divino Hijo de Dios y el Cordero de Dios (1.19–34).*

En 1.1–18, aprendemos que Juan el Bautista fue un profeta «enviado de Dios». Vino a dar testimonio de «la Luz», Jesucristo (1.6, 7); y dio testimonio de la deidad de Cristo (1.15). En 1.19–34 se describe el ministerio de Juan el Bautista. Juan claramente negó que él fuera el Cristo, el Mesías a quien los judíos habían estado esperando. Más bien, dijo que él era el precursor del Mesías, aquel cuya labor era preparar la venida del Mesías. También testificó que el Cristo para quien estaba preparando el camino sería mucho más grande que él (1.19–28).

El versículo 29 dice que «El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (vea 1.36). Juan continuó diciendo que, aunque no reconoció (al principio) que Jesús era el Mesías venidero, Dios le había mostrado quién era Jesús cuando el Espíritu Santo descendió sobre Jesús (en el momento en que Juan le bautizó). Por lo tanto, Juan testificó: «Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (1.34).

Cuando le llamó a Jesús «el Cordero de Dios

que quita el pecado del mundo» (1.29), Juan declaró que Jesús había venido a la tierra no solo como el Hijo de Dios, que señorearía sobre Su reino, sino también como el Cordero expiatorio de Dios, que moriría para quitar los pecados de la humanidad. Jesús cumplió esa misión cuando murió en la cruz (vea Mt 26.28). Sin Su sacrificio, sin Su muerte, no tendríamos esperanza de salvación.

Debemos agradecerle a Dios que a Jesús se le proclamó como el Cordero de Dios. Si el evangelio no hubiera sido proclamado fielmente, el cristianismo se habría extinguido hoy. ¡Nadie tendría la oportunidad de ser salvo!

La proclamación de Jesucristo fue —desde el principio del Evangelio según Juan, desde el comienzo del ministerio de Cristo y desde el comienzo de la iglesia de Cristo— un aspecto esencial de la enseñanza sobre Cristo (Mt 28.18–20; Mr 16.15, 16; Hch 1.8). Después de que Jesús ascendió al cielo, los apóstoles, evangelistas y demás cristianos continuaron predicando acerca de Él.

¡A Jesús se le tiene que proclamar hoy! Jesús fue proclamado públicamente y privadamente en el siglo primero; y tenemos que proclamarlo tanto en público como en privado si queremos ser, de manera individual, Sus discípulos y, de manera colectiva, Su iglesia.

*Tercero, el cristianismo del Nuevo Testamento requiere que las personas vivan como discípulos o seguidores de Cristo (1.35–39, 43).*

Juan 1.35–39 habla sobre el llamado de algunos de los discípulos de Jesús. El versículo 43 dice: «El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme».

El presente pasaje ilustra que el cristianismo es una relación personal entre los individuos y Cristo en el diario vivir. Es Su presencia constante con Sus seguidores. Después de que Juan el Bautista proclamó que Jesús era el Cordero de Dios (1.36), dos de Sus discípulos «siguieron a Jesús» (1.37) y «se quedaron con él aquel día» (1.39). Entonces Jesús llamó a Felipe para que le siguiera (1.43). Jesús reunió discípulos a Sí mismo. Desarrollar una relación personal con Jesús incluía varios pasos.

1. Tener una relación con Cristo durante Su ministerio terrenal requería *la invitación de Jesús*. A los hombres en 1.39, Él dijo: «Ven y ved»; luego a Felipe dijo: «Sígueme» (1.43). Hoy continúa desafiando a los que escuchan, diciendo, en efecto, «¡Síguenme!».

2. El establecimiento de una relación personal con Jesús requería *aceptar Su invitación*. Algo bueno sobre los hombres en los presentes versículos es que aceptaron la invitación de Jesús de «venir» y de «seguir». Hoy, si bien Jesús invita a todos a venir (Mt

11.28–30), no todos aceptan la invitación. Aquellos que elijan hacerlo tienen que aceptar los términos de Jesús. Tienen que creer en Él como el Hijo de Dios (Jn 3.16), confesar su fe o confianza en Él (Ro 10.9, 10), arrepentirse de sus pecados (Hch 17.30) y ser bautizados para el perdón de pecados (Hch 2.38). Al hacerlo, indican que reciben la invitación de Jesús y se hacen discípulos de Jesús.

Debido a que el establecimiento de una relación personal con Cristo incluye aceptar la invitación de Cristo, el hecho de que dicha relación se establezca o no depende del individuo. Cristo llama a todos a venir a Él, sin embargo, no todos escuchan. Juan 1.11, 12 dice: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». La elección recae en nosotros: ¡Podemos rechazar al Cristo o recibirle!

3. Tener una relación personal con Cristo requería mantener esa relación permaneciendo cerca de Cristo. Así como aquellos que comenzaron a seguir a Cristo en Juan 1 continuaron viviendo con Él durante los próximos tres años, también nosotros tenemos que continuar viviendo con Cristo pensando en Él, leyendo sobre Él, meditar en Él y tratar de ser como Él.

Tenemos que entender que el verdadero cristianismo no consiste solo en ir a los servicios de adoración. ¡Consiste en lograr y mantener una relación personal con Cristo!

*Finalmente, el cristianismo del Nuevo Testamento incluye compartir las buenas nuevas sobre Cristo (1.40–51).*

¿Qué pasó cuando los hombres se convirtieron en discípulos de Jesús? Cuando lo descubrieron y se convencieron de que Él era el Cristo, les dijeron a sus amigos y familiares que habían encontrado al tan esperado Mesías. Dos de los discípulos de Juan lo escucharon decir que Jesús era «el Cordero de Dios» (1.29), por lo cual le siguieron. Los invitó a «venir» y «ver» dónde se estaba quedando. Luego, Juan nos dice que «Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús» (1.40). Luego, leemos: «Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús» (1.41, 42a). Después de que Jesús le dijo a Felipe: «Sígueme» (1.43), Felipe encontró a otro prospecto, Natanael. «Felipe [...] le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret» (1.45). ¡Encontrar al Mesías es un gran descubrimiento! Los que hacen tal descubrimiento, naturalmente, desean que otros lo sepan.

¿Por qué Juan contó estos relatos, puesto que fue muy selectivo en el material que eligió incluir? Quizás, escribiendo mucho después del establecimiento de la iglesia, Juan deseó recordarle a la iglesia cómo se había extendido el evangelio inicialmente, de una persona a otra. Quizás los cristianos de esos días habían comenzado a dar por sentado el cristianismo. Quizás ellos, como los cristianos hoy, necesitaban pensar en la maravilla que las personas sintieron por primera vez cuando descubrieron que Jesús era el Cristo. ¡Quizás necesitaban ser alentados a compartirlo con otros!

*Conclusión.* Notamos una progresión en este capítulo. La verdad sobre Cristo —que Él es Dios en la carne— está detrás de todo lo demás. Cristo fue proclamado por Juan el Bautista. Las personas respondieron a esta verdad y se hicieron discípulos de Jesús. ¡Aquellos que eligieron seguir a Jesús salieron y compartieron las buenas nuevas sobre Cristo con otros!

Ese relato se repitió una y otra vez después de que se estableció la iglesia. La verdad sobre Jesucristo continuó siendo el fundamento de la iglesia.

Los evangelistas y predicadores comenzaron donde Juan el Bautista se había detenido. Proclamaron que Jesús era el divino Hijo de Dios y, como el Cordero de Dios, era el único medio por el cual el pecado podía ser quitado. Las personas que aceptaron la verdad sobre Cristo continuaron convirtiéndose en Sus discípulos aceptando Su invitación a «seguirle» cuando obedecían el evangelio (como en Hechos 2). Los apóstoles y evangelistas los instaron a vivir para Jesús, a mantener una relación cercana con Él. Luego compartieron con entusiasmo las buenas nuevas sobre Jesús con otros. «Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio» (Hch 8.4).

Su entusiasmo por compartir el evangelio explica por qué la iglesia del siglo primero creció tan espectacularmente. Dentro de una generación, se había multiplicado y extendido por todo el mundo conocido.

¡Así también debe ser hoy! ¿Qué puede hacernos desear compartir las buenas nuevas sobre Cristo? Es el maravilloso pensamiento «¡Hemos encontrado al Mesías! ¡Conocemos al Cordero de Dios!».

Coy Roper

# Agua transformada en vino

(2.1–11)

Una fiesta de bodas a la que asistieron Jesús, Sus discípulos y Su madre preparó el escenario para la primera señal de Jesús. Según el relato del Evangelio de Juan, el propósito de las señales era convencer a las personas de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (20.30, 31). Este milagro involucró la conversión de agua en vino. En los Evangelios Sinópticos no se registra ningún paralelo del presente evento. El acto manifestó la gloria de Jesús y, de acuerdo con el propósito del autor, dio como resultado la creencia de Sus discípulos (2.11).

## EL ESCENARIO DE LA SEÑAL (2.1–5)

**<sup>1</sup>Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. <sup>2</sup>Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup>Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. <sup>4</sup>Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. <sup>5</sup>Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere.**

**Versículos 1, 2.** El tercer día debe contarse a partir del evento anterior registrado, el llamado de Felipe y Natanael (1.43–51). Como ya se ha hecho notar, hay una secuencia continua de días que comienza con 1.19 y culmina con la milagrosa transformación del agua en vino. Según el modo inclusivo de estimación, el episodio en Caná tuvo lugar al séptimo día.<sup>1</sup> En lugar de «al tercer día», podría decirse «dos días después» (Moffatt). Dado que la ubicación de Betábara al otro lado del Jordán (1.28) no puede conocerse con certeza, la distancia entre esta ciudad y Caná no puede medirse. Tuvo que haber sido una distancia que los hombres podían

caminar en dos días. Las **bodas** tuvieron lugar en **Caná de Galilea**, un lugar mencionado en 2.1, 11; 4.46; 21.2, pero en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. En cada ocasión, el nombre «Caná» está calificado por «en [o “de”] Galilea», lo que podría indicar que no era un lugar muy conocido. Josefo identificó la región como su sede durante la guerra con Roma, asociándola con la llanura de Asochis.<sup>2</sup> Se han sugerido dos sitios posibles en cuanto a su ubicación: Kafr Kanna, en el camino de Nazaret a Tiberias, a más de seis kilómetros al noreste de Nazaret, y la ubicación más probable de Khirbet Qana, a más de catorce kilómetros al norte de Nazaret.

La **madre** de Jesús estaba en la boda. Se la menciona aquí y en la cruz (19.25–27), sin embargo, en ningún lugar se usa el nombre «María». Podría ser para evitar confusión debido a las otras mujeres con ese nombre en el Evangelio. Además de María, **fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos**. Los discípulos podrían haber incluido a los identificados anteriormente: Andrés, Pedro, Felipe y Natanael, así como el discípulo sin nombre (vea 1.35). Se podría sugerir que Jesús y Sus discípulos fueron «invitados» solo después de que aparecieron inesperadamente. Su presencia podría haber dado como resultado un suministro inadecuado de vino; sin embargo, no hay nada en la narrativa que demuestre que este fue el caso. El aoristo ἐκλήθη (*eklēthē*), que se traduce como «invitados», bien podría querer decir que habían sido invitados antes. Puede que la boda hayan sido para un pariente o un amigo cercano, ya que Jesús, Su madre y Sus discípulos estaban presentes. No hay referencia a José aquí, y no se lo menciona en ninguna parte del Evangelio, excepto en la expresión «hijo de José» (1.45; 6.42). La ausencia de su nombre aquí y en 2.12 parece suponer que ya había muerto,

<sup>1</sup> Vea el listado en la página 29.

<sup>2</sup> Josefo *Vida* 16 [86], 41 [207].

aunque la inferencia natural de 6.42 es que seguía vivo. Definitivamente murió antes de la crucifixión, en vista de que Jesús confió el cuidado de Su madre a Juan (19.26, 27).

**Versículo 3.** Y [faltó] el vino para la fiesta de bodas. Tales eventos podían durar hasta una semana (vea Gn 29.22–28; Jue 14.12), colocando una gran responsabilidad financiera en el novio. Quedarse sin vino en tal ocasión no solo sería perjudicial, sino también vergonzoso, especialmente en una cultura basada en la vergüenza. La deshonra social no solo sería el resultado de una falla en el cumplimiento de los deberes de hospitalidad, sino que la evidencia sugiere que el novio también estaría sujeto a un litigio porque estaba «legalmente obligado a proporcionar un banquete de cierto estándar».<sup>3</sup> María le dijo a Jesús que **no [tenían] más vino**. Si era una boda para un pariente o un amigo cercano, puede que María haya tenido alguna responsabilidad en servir. No parece probable que ella le estuviera transmitiendo a Jesús algunas noticias desafortunadas, ya que 2.5 parece indicar que esperaba que Jesús hiciera algo al respecto. Más que probable, era viuda en este punto y había llegado a depender en gran medida de su primogénito.

**Versículo 4.** La respuesta de Jesús a la declaración de María merece consideración en tres puntos separados. 1) El hecho de que Jesús se dirigiera a Su madre como **mujer** (γύναι, *gunai*) no es tan severo en griego como parece en nuestro idioma. Jesús también usó la palabra en Sus últimos momentos cuando colgaba de la cruz y confiándole su cuidado al discípulo amado (19.26, 27).<sup>4</sup> G. Campbell Morgan dijo que podemos obtener una «falsa impresión» del uso de la palabra «mujer» aquí: «En los labios de Jesús era una palabra de intensa ternura».<sup>5</sup> Josefo usó el término como una señal de afecto.<sup>6</sup> Los intentos por encontrar equivalentes han resultado en «querida mujer» (NLT) y «“señora” o “mi señora”».<sup>7</sup> La NEB consigna «Tu preocupación, madre, no es mía». Todas esas sugerencias obvian el significado

<sup>3</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 158.

<sup>4</sup> Por supuesto, Jesús le habría hablado originalmente en arameo a Su madre, y Sus palabras se traducen al griego en el Evangelio de Juan.

<sup>5</sup> G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John (El Evangelio según John)* (New York: Fleming H. Revell Co., s.f.), 48.

<sup>6</sup> Josefo *Antigüedades* 17.4.2 [74]. Usó *gunai* para una «esposa querida».

<sup>7</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 69.

por completo, ya que «madre» es precisamente lo que Él no la llamó. El hecho de que Jesús se refirió a María usando la palabra «mujer» y no «madre» probablemente quiere decir el comienzo de una nueva relación entre ellos al principio de Su ministerio público. Todo, incluidos los lazos familiares, tenía que estar subordinado a esto.

2) La pregunta de Jesús **¿Qué tienes conmigo, mujer?** (τί ἐμοὶ καὶ σοί, *ti emoi kai soi*) se traduce literalmente, «¿Qué a mí y a ti?». La anterior constituye una expresión idiomática semítica que «siempre distancia a las dos partes»; «el tono del hablante [se] superpone con cierto grado de reproche».<sup>8</sup> Aquí, como en otros lugares, Jesús estableció una distancia entre Él y Su madre (vea Mt 12.46–50). La expresión básicamente pregunta: «¿Qué tenemos en común?». A medida que Jesús se embarcó en Su ministerio, se ocupó de los asuntos de su Padre. Estaba libre de toda agenda humana, incluida la provisión de vino en una boda. La petición de Su madre simplemente no era parte de Su misión. Sin embargo, Él le concedió su pedido, pero de una manera que manifestó Su gloria y generó creencia (vea 2.11).

3) La base sobre la cual Jesús estableció, al comienzo de Su ministerio, una especie de barrera entre Su madre y Él se refleja en la expresión **Aún no ha venido mi hora**. Pasajes prevaletentes a lo largo del Evangelio se refieren a la «hora» o «tiempo» de Jesús. Aquí se dice que la hora no ha venido, tampoco en 7.6, 8, 30; 8.20.<sup>9</sup> En contraste, cuando la cruz estaba cerca, Jesús dijo: «Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado» (12.23; vea 12.27; 13.1; 17.1). Si es correcto vincular este pasaje con los posteriores, parece claro que Jesús esperaba el cumplimiento de Su ministerio incluso en esta etapa temprana. Al comienzo de Su ministerio, anticipó Su máxima glorificación en Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión.

**Versículo 5.** María no fue disuadida por el reproche de Jesús. Las instrucciones de ella a **los sirvientes** indican que, aunque no estaba exactamente segura de lo que haría Jesús, ella le confió la preocupación en cuestión. Es una clara demostración de fe de su parte. También indica que ella podría haber tenido un papel en ayudar en la preparación de las festividades. **Haced todo lo que os dijere es**

<sup>8</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 170.

<sup>9</sup> En 7.6, 8 en la NASB, se usa «tiempo» (καίρος, *kairos*) en lugar de «hora» (ὥρα, *hōra*). El «tiempo» en ese contexto parece apuntar a un tiempo apropiado en lugar del tiempo de la glorificación de Jesús.

una declaración simple y profunda, con una aplicación mucho más allá de esta ocasión.

## LA EJECUCIÓN DE LA SEÑAL (2.6–10)

**6**Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. **7**Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. **8**Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. **9**Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, **10**y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.

**Versículo 6.** Juan mencionó seis tinajas de piedra para agua que contenían dos o tres cántaros cada una. El texto literalmente dice «dos o tres medidas» (μετρητάς, *metrētas*), con una medida que equivale a unos ocho o nueve galones. Por lo tanto, las tinajas juntas contenían alrededor de 100 a 150 galones de líquido. Es solo una medida aproximada, ya que las tinajas de agua no tenían un tamaño uniforme. Las tinajas de agua estaban hechas de piedra, no de loza, y por lo tanto no estaban sujetas a inmundicia. Equivalían a una buena reserva de agua necesaria para el lavado de manos y pies y platos conforme al rito de la purificación de los judíos.<sup>10</sup> Una cantidad de invitados requeriría una gran cantidad de agua.

**Versículos 7, 8.** Jesús les dijo a los sirvientes que [llenaran] las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Luego, les mandó [sacar] un poco, y [llevarlo] al maestresala. La palabra para «sacad» proviene de ἀντλέω (*antleō*), que quiere decir «extraer un líquido de una fuente».<sup>11</sup> La palabra se usa para extraer agua de un pozo (vea 4.7, 15). Con base en esto, B. F. Westcott sugirió que Jesús podría haber estado instruyendo a los criados a extraer agua del pozo y llevarla al maestresala.<sup>12</sup> Si bien es posible,

<sup>10</sup> Los requisitos de la purificación se registran en Marcos 7.1–4.

<sup>11</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 91.

<sup>12</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John* (El Evangelio según San Juan) (Cambridge: University Press,

no parece probable; de lo contrario, ¿por qué Juan incluso mencionó el llenado de las tinajas con agua? Dado que el verbo también puede usarse para extraer agua de un recipiente grande, es sin duda lo que se hizo. Varios comentaristas han sostenido que la conversión del agua en vino fue simbólica, con el agua en las tinajas representando el viejo orden y el vino representando el nuevo orden. Se cree que el hecho de haber usado estas tinajas de agua y el hecho de que fueron llenas hasta el borde indican que el sistema de purificación judío, con todas sus observancias ceremoniales, se había cumplido. Sea el simbolismo correcto o no, está claro que Su acto demostró la autoridad y la superioridad del Hijo de Dios. Los sirvientes hicieron lo que Jesús les mandó, sacando algo de la bebida y llevándola al «maestresala». Este «maestresala» (ἀρχιτρικλινος, *architriklinos*), un término utilizado solo aquí en el Nuevo Testamento, era el encargado de las fiestas. Era «el maestro de la fiesta» (ESV), o «el maestro del banquete» (NIV).

**Versículos 9, 10.** El agua fue hecha vino. Juan no registró cuándo el agua fue hecha vino ni cuánto del agua fue hecha vino. La opinión común es que toda el agua en las tinajas fue hecha vino. En esta acción, Jesús le proporcionó un regalo increíble a una pareja que tal vez era pobre e incapaz de hacer una provisión adecuada para los invitados a su boda. Algunos ven un significado espiritual en este milagro, en el sentido de que Jesús siempre ofrece una abundante provisión de dones.

Lo que Jesús hizo fue οἶνος (*oinos*), la palabra griega más común para «vino». Este término genérico se usa en la LXX y el Nuevo Testamento para referirse tanto al vino nuevo de uvas recién exprimidas (Is 16.10; Jl 2.24; Mt 9.17; Lc 5.37, 38) como al vino en forma de bebida fuerte (Gn 9.21; 19.32; Ef 5.18; Ap 17.2). Solo gracias al contexto histórico y cultural podemos decir con certeza lo que quiere decir.

Aunque algunos estudiosos insisten en que durante los días de Cristo todo el vino era fermentado,<sup>13</sup> hay mucho para apoyar la opinión de que existía una variedad de vinos. Andreas J. Köstenberger hizo la siguiente observación:

En el mundo grecorromano, y presumiblemente en la Palestina de los días de Jesús, se usaban

1881; reprint, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 38.

<sup>13</sup> Este es el argumento en Norman L. Geisler, «A Christian Perspective on Wine-Drinking» («Una perspectiva cristiana sobre el consumo de vino»), *Bibliotheca Sacra* 139 (Enero–Marzo 1982): 49.

tres tipos de vino: 1) vinos fermentados, que generalmente se mezclaban en la proporción de dos o tres partes de agua por una de vino; 2) vino nuevo, hecho de jugo de uva, y, similar a la sidra, no fermentado; y 3) vinos en los cuales, al hervir el jugo de uva no fermentado, se detenía el proceso de fermentación y se evitaba la formación de alcohol.<sup>14</sup>

La evidencia sugiere que la afirmación de Köstenberger es correcta. Fuentes antiguas hablan de mezclas de agua con vino fermentado en proporciones de dos a uno y de hasta veinte a uno.<sup>15</sup> Una referencia de alrededor del 60 a.C. afirma que «es perjudicial beber vino solo o, nuevamente, beber solo agua, mientras que el vino mezclado con agua es dulce y delicioso y mejora el disfrute». <sup>16</sup> Dada la mala calidad del agua de esos días y las propiedades embriagantes de la bebida fuerte, era bastante común mezclar los dos para hacer una bebida segura que tuviera poco o ningún efecto embriagante. El apoyo a la idea de que «vino» quiere decir jugo de uva puede verse en las Escrituras citadas anteriormente sobre el vino de uvas recién exprimidas. La tercera posibilidad mencionada por Köstenberger puede ser respaldada por varias fuentes, incluido el poeta más famoso de Roma, Virgilio (70–19 a.C.). Al hablar sobre la agricultura y el clima, escribió sobre la actividad de «hervir el jugo dulce de mosto de uva, en el fuego, mientras se limpia de impurezas el líquido que hierve en el caldero con una hoja». <sup>17</sup>

Todo lo que sabemos con certeza sobre lo que hizo Jesús en la fiesta de bodas es que era un **buen vino**. Si bien **los sirvientes** conocían el origen del vino, el **maestresala** no lo sabía. Al probarlo, **llamó al esposo** y le dijo que había actuado en contra de la práctica cultural. Normalmente, el «buen vino» se sacaba al comienzo de la fiesta de bodas, y el vino inferior se ofrecía solo después de que los invitados habían **bebido mucho**. Sin duda, el maestresala se sorprendió gratamente de que el novio había guardado el «buen vino» (el vino que Jesús había hecho) **hasta ahora**. Basado en las frases «buen vino» y «bebido mucho», podría afirmarse que el vino que hizo Jesús tenía contenido alcohólico.

La expresión «buen vino» podría sugerir que tenía un alto contenido alcohólico. Mark A. Blackwelder sostuvo, sin embargo, que «es un error

suponer que lo que se consideraba “bueno” en ese momento es idéntico a lo que se considera “bueno” hoy». <sup>18</sup> La evidencia existente indica que los mejores vinos eran aquellos cuyas potencia alcohólica había sido eliminada por filtración. Plinio el Viejo dijo que «los vinos son más beneficiosos cuando el colador ha eliminado toda su potencia». <sup>19</sup> Plutarco dijo: «De la misma manera, la purga del vino le quita toda la fuerza que inflama y enfurece la mente, y le da en lugar de eso, un temperamento suave y saludable». <sup>20</sup> El vino de Jesús era «buen vino» porque era de alta calidad. Era vino nuevo, recién hecho, no envejecido, por lo que no sería embriagante. El proceso de fermentación no había comenzado. El texto simplemente dice que el vino que Jesús produjo era superior al que se había servido antes. El énfasis de Juan en la excelente calidad del vino que Jesús produjo es consistente con la naturaleza de Sus obras registradas a lo largo del Evangelio.

El alcohol embota los sentidos y, como consecuencia, hace que el bebedor sea menos capaz de discernir alguna diferencia en el sabor. El verbo «bebido mucho» (μεθυσθῶσιν, *methusthōsin*) es una tercera persona plural aoristo pasivo subjuntivo que quiere decir «podrían emborracharse». El relato no dice que es lo que sucedió aquí, sino que simplemente reconoce lo que podría suceder.

Si bien es cierto que una bebida alcohólica embotaría los sentidos e inhibiría poder distinguir el sabor, no es el único significado posible de «bebido mucho». La declaración del maestresala habría sido cierta incluso si el vino no fuera alcohólico, ya que la embriaguez no es la única razón posible por la que una persona que había «bebido mucho» podría no ser tan conocedora como antes. Si una persona prueba vino u otras bebidas ácidas, su capacidad para distinguir el sabor disminuye. Blackwelder dijo: «La naturaleza ácida del jugo de uva tiene el efecto de reducir la capacidad de las papilas gustativas para discriminar. Es una de las razones por las cuales quienes prueban el vino, incluso en tiempos modernos, limpian su paladar entre pruebas». <sup>21</sup> Un catador de vinos no se embriaga con un sorbo; pero sin limpiar su paladar, no podría distinguir bien el siguiente sabor. Se deduce, entonces, que decir que los invitados habían «bebido mucho» no requiere que se llegue a la conclusión de que estos invitados se habían embriagado. Quizás la expresión podría

<sup>14</sup> Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 93.

<sup>15</sup> Robert H. Stein, «Wine-Drinking in New Testament Times» («El consumo de vino en tiempos del Nuevo Testamento»), *Christianity Today* 19 (20 de junio, 1975): 9.

<sup>16</sup> Vea 2º Macabeos 15.39 (NRSV).

<sup>17</sup> Virgil *Georgics* 1.287.

<sup>18</sup> Mark A. Blackwelder, «Jesus Turns Water into Wine» («Jesús convierte el agua en vino»), *Freed-Hardeman University Lectures* (2008): 293.

<sup>19</sup> Plinio el Anciano *Historia natural* 23.24.

<sup>20</sup> Plutarco *Simposios* 6.7.

<sup>21</sup> Blackwelder, 293.

entenderse en el sentido de que los invitados estaban saciados; ya habían tenido mucho.

Si bien la naturaleza exacta de lo que Jesús hizo en la boda continuará siendo motivo de controversia, no hay razón para concluir que el vino producido por Jesús fue del tipo asociado con la embriaguez que es claramente condenada en las Escrituras (Gn 9.21; 19.32; Pr 20.1; 23.20, 30, 31; Am 6.1–6; Ef 5.18), en lugar del tipo que puede verse como una bendición (Sal 104.15; Is 55.1). Sostener que Jesús hizo alguna sustancia no aprobada por las Escrituras es decir que hizo algo que era inconsistente con Su carácter. No se puede imaginar que Él produciría una cantidad tan grande de lo que no tiene el beneplácito de las Escrituras. Si Jesús proporcionó una bebida fuerte, entonces se llega a la conclusión de que contribuyó a una indulgencia imprudente. Es inconcebible pensar que Jesús podría haber caído bajo el «ay» pronunciado contra alguien «que da de beber a su prójimo» (Hab 2.15). El incidente no debe citarse como un ejemplo para justificar el consumo social tal como se practica en el mundo actual. Hacerlo claramente indica una falta de comprensión de la práctica histórica y cultural de los días de Jesús.

### EL EFECTO DE LA SEÑAL (2.11)

**<sup>11</sup>Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.**

**Versículo 11.** Juan cerró la presente sección de su relato del Evangelio diciendo que este milagro fue **principio**, o la «primera» (NIV), de las señales de Jesús. «Principio» o «primera» es de ἀρχή (*archē*). La palabra «podría querer decir más que la primera de una serie; no solo la primera señal, sino “una señal principal”, porque representa la obra creativa y transformadora de Jesús en su conjunto».<sup>22</sup>

Diferentes palabras en el Nuevo Testamento

<sup>22</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 193.

describen lo que es llamado un «milagro». En primer lugar, δύναμις (*dunamis*, «grandes milagros» o «milagros extraordinarios») denota el poder de un origen y un carácter sobrenatural que no podría ser producido por medios naturales (vea Hch 8.13; 19.11). Esta palabra nunca es usada por Juan.

En segundo lugar, τέρας (*teras*, «prodigios») identifica un milagro desde el punto de vista del asombro que la obra produce sobre los espectadores y se transfiere a la obra misma. «Prodigios» siempre se usa en conexión con algún otro término para que el lector pueda entender que se refiere a un milagro (vea Hch 14.3; Ro 15.19; He 2.4). La combinación de «señales» y «prodigios» ocurre solo una vez en el Evangelio de Juan (4.48).

En tercer lugar, σημεῖον (*sēmeion*), que quiere decir «señal», «marca» o «símbolo», es la palabra característica utilizada por Juan para referirse a un milagro. La palabra «señal» es una muestra e indicación de la presencia y acción de Dios. Las señales se refieren a algo más allá de sí mismas; son valiosas no tanto por lo que son, sino por lo que indican. En consecuencia, la Palabra fue confirmada con señales (Mr 16.20; Hch 14.3; He 2.4). Juan contiene siete de estas señales: Jesús cambia el agua en vino (2.1–11), sana al hijo del noble (4.46–54), sana al cojo (5.1–16), alimenta a los cinco mil (6.1–15), camina sobre el agua (6.16–21), sana al hombre ciego (9.1–12) y levanta a Lázaro (11.1–44).

La señal inicial de Jesús **manifestó su gloria**: «gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1.14). Ahora Jesús manifestó Su gloria, que fue vista por algunos pero no por otros. Los sirvientes solo vieron la señal; no vieron lo que había detrás de la señal: la gloria de Jesús. Los **discípulos** vieron tanto la señal como lo que señalaba, a saber, la gloria de Jesús. Por lo tanto, **creyeron en él**. Generar creencia constituía la intención de Juan, cuyo propósito en escribir era demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (20.31). Como se ve a lo largo de este Evangelio, la gloria de Jesús se manifestó una y otra vez, culminando en Su muerte, sepultura, resurrección y exaltación final.

# La purificación del templo

## (2.12–25)

### EL CONTEXTO (2.12, 13)

<sup>12</sup>Después de esto descendieron a Capernaum, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días.

<sup>13</sup>Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén...

**Versículo 12.** El presente versículo comienza con un conectivo (μετὰ τοῦτο, *meta touto*) que Juan usa varias veces como indicación indefinida de tiempo. Generalmente se traduce como **Después de esto** o «después de estas cosas».<sup>1</sup> Aquí quiere decir algún tiempo después de la boda. Jesús [**descendió**] a **Capernaum** en la costa noroeste del mar de Galilea. Esta ciudad yacía a 210 metros bajo el nivel del mar; como consecuencia, se descendería desde Caná. Se le identifica comúnmente con Tell-Hum, que está a unos 26 kilómetros al noreste de Caná. Capernaum es donde aparentemente Jesús tuvo Su sede durante la mayor parte de Su ministerio en Galilea (vea 6.24, 59; Mt 4.13; 8.5; 9.1). Jesús fue acompañado a Capernaum por **su madre, sus hermanos y sus discípulos**. Aunque se ha especulado mucho sobre la identidad de los «hermanos» de Jesús, la comprensión más natural es que eran los hijos de José y María: Jacobo, José, Simón y Judas (Mt 13.55). Los «discípulos» probablemente eran los que comenzaron a seguir a Jesús como se registra en el capítulo 1: Andrés, Pedro, Felipe, Natanael y el discípulo sin nombre. El comentario que dice que **estuvieron allí no muchos días** podría querer decir que, después de establecerse en Capernaum, Jesús y Sus discípulos fueron a Jerusalén para la Pascua.

**Versículo 13.** Juan habló de la pascua de los judíos porque muchos de sus lectores eran gentiles

<sup>1</sup> Vea 2.12; 3.22; 5.1, 14 («Después»); 6.1; 7.1; 11.7, 11 («dicho esto»); 19.28, 38; 21.1.

y no estarían familiarizados con las festividades judías. Juan habló de tres Pascuas (2.13; 6.4; 11.55), queriendo decir que el ministerio de Jesús duró al menos dos años y probablemente se acercó a tres años. Si la «fiesta de los judíos» en 5.1 se refiere a la Pascua, entonces el ministerio de Jesús duró más de tres años. La Pascua se celebraba el día catorce del mes judío de Nisan (el primer mes del calendario religioso basado en la luna), aproximadamente el primero de abril. Esta Pascua fue probablemente en el año 27 o 28 d.C. La Pascua era la fiesta judía más antigua y una de las tres fiestas principales; las otros dos fueron pentecostés, que se celebraba en el mes de Sivan (mayo–junio), y la fiesta de los tabernáculos, en el mes de Tishri (septiembre–octubre). El propósito de la Pascua era conmemorar la liberación de Israel de la esclavitud egipcia.<sup>2</sup> La fiesta de los panes sin levadura, una fiesta de siete días, seguía inmediatamente a la Pascua. Para el siglo primero, las dos eran consideradas como una fiesta de ocho días y se les podía llamar por cualquiera de los dos nombres o ambos.

Se esperaba que cada hombre judío asistiera a la Pascua cada año. Con esto en mente, Juan registró que, para la primera de las Pascuas, **subió Jesús a Jerusalén** para celebrar la fiesta como había sido instruido (vea Lc 2.41). Juan demostró su atención a los detalles cuando dijo que Jesús «subió» a Jerusalén. A una altura de casi 800 metros sobre el nivel del mar, la ciudad sagrada de los judíos era mucho más elevada que Capernaum.

### LA LIMPIEZA (2.14–17)

<sup>14</sup>... y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados.

<sup>2</sup> Esta fiesta tiene un significado especial para los cristianos porque fue durante una fiesta de Pascua (11.55) que Jesús fue arrestado y crucificado.

**<sup>15</sup>Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; <sup>16</sup>y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. <sup>17</sup>Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.**

**Versículo 14.** El templo incluía un área grande con patios y muros que conducían al templo mismo. El primer patio se llamaba «el atrio de los gentiles». Cualquiera podía entrar en esta área, mientras que las demás áreas estaban restringidas a hombres y mujeres judíos o simplemente hombres judíos. La venta tenía lugar en este patio exterior. La increíble cantidad de actividad en esta área lo convertía en un mercado virtual. Los adoradores necesitaban animales para el sacrificio; algunos viajeros podrían no haber traído animales con ellos en el viaje, o tal vez algunos habían traído animales de sacrificio que se consideraban inadecuados. Por esta razón, los comerciantes estaban allí vendiendo **bueyes** («ganado»; NIV), **ovejas** y **palomas**. En lugar de llevar a cabo sus negocios en corrales, los vendedores llevaban sus animales al atrio de los gentiles, donde mucha gente venía a orar y meditar.

Además, los **cambistas** habían establecido sus mesas (**allí sentados**) en esta área. A cada hombre judío de veinte años o más se le requería pagar un impuesto por el mantenimiento del templo (vea Ex 30.13, 14; Mt 17.24). Cuando los judíos llegaban a Jerusalén, tenían que cambiar dinero para pagar este impuesto. El siclo tirio, que era casi equivalente al antiguo siclo hebreo, había sido sancionado por los líderes judíos para este propósito.<sup>3</sup> Esta moneda fue adoptada por su alto contenido de plata y porque «no hacía alarde del dominio de Roma sobre Israel».<sup>4</sup> Algunas monedas tenían la imagen de César, que muchos judíos creían que no debía ponerse en el tesoro del templo. Irónicamente, ¡los siclos tirios usados para pagar el impuesto del templo tenían la imagen de una deidad pagana!<sup>5</sup>

Los Evangelios Sinópticos registran que Jesús se opuso a los mercaderes porque habían convertido el templo en «cueva de ladrones» (Mt 21.13; Mr 11.17; Lc 19.46). Aparentemente, algunos comerciantes estaban cobrando de más y aprovechándose de las

personas. No estaban siendo honestos en sus negocios. El énfasis de Juan parece ser que Jesús estaba oponiéndose a la actividad del negocio mismo en el área del templo; estos comerciantes debían haber llevado a cabo sus negocios en otro lugar. Solo podemos imaginarnos la dificultad de participar en la oración y la meditación con el bullicio de las personas, el rugido de los bueyes y el balido de las ovejas. Se podría haber encontrado sin duda un lugar más apropiado para comprar y vender.

**Versículos 15, 16.** Jesús [**hizo**] un **azote de cuerdas**, tal vez de juncos que se usaban como cama para animales, y **echó fuera del templo a todos**. El incidente podría servir como comentario sobre dos pasajes del Antiguo Testamento. Malaquías 3.1–3 dice: «... mi mensajero [...] vendrá súbitamente a su templo [...] porque limpiará a los hijos de Leví». Zacarías 14.21 dice: «... y no habrá en aquel día más mercader en la casa de Jehová de los ejércitos». Jesús fue contundente en Su actuar, aunque no debe pensarse que fue del todo cruel. Probablemente, no fue tanto Su fuerza física con el azote de cuerdas como sí Su justa indignación lo que vació el área. Su ira, no Su látigo, limpió el templo. Expulsó a los mercaderes, junto con sus **bueyes** y **ovejas**. **Esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas**. **A los que vendían palomas** les mandó, diciendo: **Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado**. El templo no era un mercado. Era la casa de Su Padre, y no podía soportar ver que fuera profanada.

**Versículo 17.** Jesús estaba tan enojado por todo el asunto que **se acordaron sus discípulos** de una declaración de Salmos 69.9a, que dice: **El celo de tu casa me consume**. No está claro si los discípulos recordaron el texto en ese momento o si lo recordaron después de la resurrección de Jesús (vea 2.22). Salmos 69 es un salmo mesiánico citado en otra parte de Juan, así como en otros pasajes del Nuevo Testamento.<sup>6</sup> El templo no era un lugar cualquiera de culto; era el lugar para la adoración pura del único Dios verdadero. La forma en que se usaba era algo que a Jesús le tocaba personalmente; después de todo, era la casa de Su Padre. Con decir «la casa de mi Padre» (2.16), estaba declarando que en verdad era el Hijo de Dios; tenía una relación especial con el Padre. Este informe de las acciones de Jesús era consecuente con el propósito de Juan de demostrar que Jesús era el Cristo (Mesías), el

<sup>3</sup> Mishná *Bekhoroth* 8.7; Talmud *Kidushin* 11a.

<sup>4</sup> David E. Garland, «Mark» («Marcos»), en *Zondervan Illustrated Bible Backgrounds Commentary (Comentario ilustrado de trasfondos bíblicos de Zondervan)*, vol. 1, *Matthew, Mark, Luke (Mateo, Marcos, Lucas)*, ed. Clinton E. Arnold (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 2002), 270.

<sup>5</sup> Vea fotografía en Garland, 270.

<sup>6</sup> Salmos 69.4 se cita en Juan 15.25 y Salmos 69.9b en Romanos 15.3. Salmos 69.21 se cumple en Mateo 27.34, 48; Marcos 15.23, 36; Lucas 23.36; y Juan 19.28, 29. Salmos 69.22, 23 se cita en Romanos 11.9, 10.

Hijo de Dios. Edwyn Clement Hoskyns lo expresó de la siguiente manera: «El acto no es simplemente el de un reformador judío: es una señal del advenimiento del Mesías».<sup>7</sup>

Si bien existen varias diferencias entre el relato de Juan sobre la limpieza del templo y las de los Evangelios Sinópticos (Mt 21.12, 13; Mr 11.15–17; Lc 19.45, 46), la diferencia más obvia es el momento justo del episodio. En Juan es el primero de los grandes actos públicos del ministerio de Jesús, mientras que en los Evangelios Sinópticos es Su último acto público, que ocurre al comienzo de Su última semana en Jerusalén, justo antes de ser crucificado. Algunos han insistido en que solo hubo una limpieza del templo; lo cual es posible, especialmente porque Juan parecía estar más interesado en la teología que en la cronología. Sobre lo anterior, Raymond E. Brown escribió: «Buscar una secuencia cronológica perfecta en Juan constituye un esfuerzo vano, ya que el evangelista mismo nos advirtió que esa no era su intención [20.30, 31]».<sup>8</sup> F. F. Bruce dio la siguiente opinión:

Parece probable que Juan lo extrae de su secuencia cronológica y lo coloca, con intención programática, al frente de su registro del ministerio de Jesús en Jerusalén. Si sus lectores entienden la importancia de este incidente, sabrán de qué se trataba el ministerio.<sup>9</sup>

Otros estudiosos han pensado que hubo dos limpiezas del templo: una al comienzo del ministerio de Jesús y otra al final. El apoyo para ello se encuentra en que, aparte de algún material sobre Juan el Bautista, Juan 1—5 constituye un gran bloque de material no sinóptico. Además, la referencia al hecho de que la edificación del templo tomara «cuarenta y seis años» (2.20) apuntaría a un evento anterior en el Evangelio de Juan.<sup>10</sup> Por lo tanto, los Evangelios Sinópticos ven la limpieza en la última semana del ministerio de Jesús como Su acto final, que provocó la ira de «los judíos».

<sup>7</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El Cuarto Evangelio)*, 2ª ed., (London: Faber and Faber, 1947), 194.

<sup>8</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii) (El Evangelio según Juan [i–xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 135.

<sup>9</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 77.

<sup>10</sup> La construcción del templo comenzó alrededor del año 19 a.C., por lo que los «cuarenta y seis años» (2.20) fecharían el evento alrededor del año 27 d.C., que fue temprano en el ministerio de Jesús. Muchos eruditos fechan el nacimiento de Jesús alrededor del año 4 a.C., y comenzó Su ministerio a los «treinta años» de edad (Lc 3.23).

## LA RESPUESTA (2.18–22)

**<sup>18</sup>Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? <sup>19</sup>Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. <sup>20</sup>Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? <sup>21</sup>Mas él hablaba del templo de su cuerpo. <sup>22</sup>Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.**

**Versículo 18.** Para que Jesús afirmara que el templo era la casa de Su Padre y para hacer lo que hizo necesitaría algunas credenciales. **Los judíos** (vea comentarios sobre 1.19) eran sin duda las autoridades religiosas (vea Mr 11.27–33) que tenían el derecho y la responsabilidad de investigar tales asuntos (vea la investigación que hicieron de Juan en 1.19–28). Como evidencia de la **autoridad** de Jesús para limpiar el templo, los judíos exigieron una señal (vea 1ª Co 1.22). No cuestionaron la justicia del actuar de Jesús. D. A. Carson defendió: «El hecho de que pidieran una señal milagrosa demuestra que albergaban al menos una sospecha de que estaban tratando con un profeta enviado por el cielo».<sup>11</sup> En honor a la verdad, ya tenían una señal: la limpieza del templo mismo. Por esto deberían haber entendido algo acerca de Su autoridad. Deberían haber sabido que los profetas habían anunciado este acto y sabían lo que el salmista había dicho (vea comentarios sobre 2.15–17). La manera en que Jesús tomó la iniciativa de hacer un látigo y expulsar a los mercaderes era prueba suficiente de que el Mesías había entrado en escena. El pedido de ellos no solo era de ignorancia, sino uno de planes malvados. William Hendriksen señaló: «Fue el resultado de negarse a admitir su culpa».<sup>12</sup> Habían convertido un lugar de culto en un mercado y estaban siendo deshonestos en sus tratos. En lugar de pedirle a Jesús una prueba de Su autoridad, debían haberse arrepentido y confesado su fechoría.

**Versículos 19, 20.** Jesús respondió al pedido que hicieron de una señal, diciendo: **Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.** Con decir lo anterior, estaba visualizando la muerte y resu-

<sup>11</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 181.

<sup>12</sup> William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 1:124.

rección de Su cuerpo, una respuesta que ni las autoridades religiosas (2.20) ni Sus discípulos (2.22) entendieron. Jesús fue acusado en Su juicio de decir que destruiría el templo y construiría otro en tres días (Mt 26.60, 61; Mr 14.57–59). El testimonio fue etiquetado como «falso» porque Jesús realmente dijo: «Destruid [vosotros] [...] y [...] lo levantaré», no «Yo lo destruiré». Además, lo que Jesús dijo se refería primariamente a Su propio cuerpo y no al templo. La falsa acusación de que Jesús había dicho que destruiría el templo también fue hecha por los burladores en la cruz (Mt 27.40; Mr 15.29), aquellos que apedrearon a Esteban (Hch 6.13, 14; vea 7.48; 17.24), y los acusadores de Pablo (Hch 21.28).

Los judíos encontraron increíble que una estructura tan magnífica como el **templo** pudiera ser reconstruida **en tres días**. El templo que se encontraba en ese momento fue el que Herodes comenzó en el 19 a.C.<sup>13</sup> y se completó en el 64 d.C.,<sup>14</sup> solo seis años antes de que fuera destruido. En consecuencia, la declaración de los judíos de que tomó **cuarenta y seis años** construir el templo debería entenderse como una referencia a la cantidad de tiempo que el templo había estado en construcción. Sin duda, el hecho de que el templo todavía estaba en construcción solo hizo que se sorprendieran más de la respuesta de Jesús.

**Versículos 21, 22.** Juan dejó claro que Jesús no estaba hablando de un templo de piedras, sino más bien **del templo de su cuerpo**: el nuevo tabernáculo de la presencia de Dios en la tierra (vea 1.14). Jesús, en un cuerpo humano, reveló al Padre. Se convirtió en la nueva ubicación de la presencia de Dios en la tierra. Cuando Jesús reemplazó el antiguo tabernáculo (vea comentarios sobre 1.14), reemplazó el templo y todo lo que significaba en la vida y la adoración. Craig R. Koester hizo notar tres niveles de significado que podrían inferirse: 1) Al interrumpir el comercio esencial para el sacrificio, Jesús «anunció el cese permanente de la adoración sacrificial en Jerusalén y su reemplazo con su propia muerte». 2) «La promesa Jesús de un nuevo templo sugiere que la gloria de Dios se manifestaría, no en un edificio, sino en una persona». 3) Finalmente, «el Jesús crucificado y resucitado sería un símbolo unificador para el pueblo de Dios, como el templo había sido antes».<sup>15</sup> Sea que todo lo anterior fue simbolizado o no en el acto y las palabras de Jesús,

<sup>13</sup> Josefo *Antigüedades* 15.11.1.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, 20.9.7.

<sup>15</sup> Craig R. Koester, *Symbolism in the Fourth Gospel: Meaning, Mystery, Community* (*Simbolismo en el cuarto Evangelio: significado, misterio, comunidad*) (Minneapolis: Fortress Press, 2003), 87–89.

es incierto. Puede decirse con certeza que la nueva presencia de Dios en la tierra resucitaría de la muerte dentro de tres días de Su muerte y sepultura.

Juan hizo explícita la anterior verdad cuando dijo que **los discípulos** de Jesús **recordaron** después de Su resurrección que había hecho tal declaración. Este proceso es cierto de muchos eventos registrados en Juan. Fue solo a la vista de los eventos posteriores que pudo apreciarse la importancia de los eventos anteriores (vea 12.16). Si bien los discípulos habrían recordado muchos eventos anteriores, no debemos olvidar la promesa de que el Espíritu Santo les recordaría todo lo que Jesús les había enseñado (14.26).

Los discípulos no solo recordaron lo que Jesús había dicho, también **creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho**. No está claro si los discípulos tenían o no una Escritura específica en mente. Si es así, podrían haber recordado fácilmente Salmos 16.10, que se interpretó en referencia a la resurrección tanto en Hechos 2.31 como en Hechos 13.35. «La palabra que Jesús había dicho» era la de Juan 2.19. Colocar las palabras de Jesús junto a las Escrituras sitúa Sus palabras en el mismo plano que las Escrituras. Lo anterior es consistente con quién es Jesús, es decir, Dios en la carne.

#### EL EFECTO GENERAL (2.23–25)

<sup>23</sup> **Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía.** <sup>24</sup> **Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos,** <sup>25</sup> **y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.**

La presente sección sirve como un resumen de la actividad de Jesús después de limpiar el templo en la Pascua en Jerusalén. También es una introducción a Nicodemo, quien fue a Jesús debido a las señales que estaba haciendo (vea 3.2).<sup>16</sup>

**Versículo 23. Estando en Jerusalén [...] muchos creyeron en su nombre** cuando vieron **las señales que hacía**. La referencia que hace Juan a las «señales» (σημεῖα, *sēmeia*, plural) y el verbo imperfecto «hacía» (ἐποίει, *epoiei*) son un poco confusos ya que Juan no registró ninguna señal en Jerusalén, aparte de la señal no milagrosa de la limpieza del templo. Aun así, Él «hacía» señales. Juan declaró al

<sup>16</sup> Tenemos que recordar que las divisiones de capítulos comúnmente utilizadas hoy día fueron desarrolladas por Stephen Langton, arzobispo de Canterbury, a principios del siglo XIII. Su ubicación a veces no es necesariamente deseable, como se ve aquí.

final de su Evangelio que Jesús hizo muchas otras señales que no están registradas en este libro (20.30; vea 21.25). Se deduce, entonces, que Jesús realizó señales milagrosas en esta Pascua, a pesar de que Juan no las relató.

**Versículos 24, 25.** Las señales de Jesús hicieron que muchos creyeran en Él; y si bien tal creencia es mejor que no creer (vea 6.26), esta creencia no excedió un nivel general de interés en el Señor. Jesús **conocía a todos y sabía lo que había en el hombre**, lo que sirve como evidencia de Su deidad (vea 1° R 8.39; Jer 17.10; He 4.12). No **tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre**. Como Él «sabía lo que había en el hombre», sabía que la fe de ellos era superficial y, por lo tanto, **no se fiaba de ellos**. Como señaló Homer A. Kent, Jr., esta declaración presenta un juego de palabras interesante. La palabra que se traduce como «fiaba» («confiar algo a»; KJV) en 2.24 es ἐπίστευεν (*episteuen*), casi exactamente la misma palabra que se traduce como «creyeron» en 2.23. La idea es la siguiente: «Muchos creyeron [un acto definido en un momento dado] en Jesús, sin embargo, Jesús no confiaba en ellos».<sup>17</sup> Al

---

<sup>17</sup> Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 52–53.

menos se pueden mencionar dos niveles distintos de creer en Jesús: 1) la fe que nos permite hacernos hijos de Dios (vea 1.12) y 2) la fe de la que se habla aquí. La primera es una profunda convicción permanente de Jesús como el Cristo y un compromiso de rendirse a Él. La última es una aceptación intelectual superficial de Él porque ha cumplido con algún estándar establecido por el individuo (por ejemplo, haber realizado una señal). No quiere decir que las señales no fueran importantes, ya que el propósito de Juan era registrar las señales para generar una creencia que, a su vez, llevaría a la vida (20.30, 31). Sin embargo, a lo largo del Evangelio, es evidente que hallar salvación implicaba más que la simple respuesta de una persona a una señal; implicaba un profundo sentido de confianza en Jesús. Warren W. Wiersbe hizo notar que «una cosa era responder a un milagro, pero otra muy distinta es comprometerse con Jesucristo y continuar en Su Palabra».<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary: New Testament (El comentario de exposición bíblica)*, vol. 1 (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2001), 293.

(Viene de la página 2)

B. La respuesta de Jesús a la oposición (5.17–47)

1. El Hijo y el Padre (5.17–23)
2. El Hijo y los hombres (5.24–29)
3. Los testigos de Jesús (5.30–47)
  - a. Jesús mismo (5.30–32)
  - b. Juan el Bautista (5.33–35)
  - c. Las obras de Jesús (5.36)
  - d. El Padre (5.37, 38)
  - e. Las Escrituras (5.39–47)

VI. JESÚS, EL PAN DE VIDA

A. La alimentación de los cinco mil (6.1–15)

1. El contexto de la señal (6.1–9)
2. La ejecución de la señal (6.10–15)

B. Jesús anda sobre el agua (6.16–21)

C. Discurso sobre el pan de vida (6.22–59)

1. El contexto del discurso (6.22–26)
2. El verdadero maná (6.27–34)
3. El pan de vida (6.35–47)
4. Comer la carne del Hijo del hombre (6.48–59)

D. La reacción de los discípulos ante el discurso de Jesús (6.60–71)

VII. JESÚS, EL AGUA DE VIDA

A. En la fiesta (7.1–13)

1. Jesús y Sus hermanos (7.1–9)
2. Su llegada a la fiesta (7.10–13)

B. Enseñanza en la fiesta (7.14–31)

1. Las credenciales de Jesús (7.14–24)
2. Las afirmaciones mesiánicas de Jesús (7.25–31)

C. Reacción a la enseñanza (7.32–52)

1. El intento de los fariseos por arrestar a Jesús (7.32–36)
2. El llamado de Jesús al final de la fiesta (7.37–39)
3. Las estimaciones del pueblo sobre Jesús (7.40–52)

VIII. JESÚS, LA LUZ DEL MUNDO

A. La mujer sorprendida en adulterio (7.53–8.11)

1. La acusación (7.53–8.6a)
2. La respuesta y los resultados (8.6b–11)

B. La luz del mundo (8.12–59)

1. La autoridad de Jesús (8.12–20)
2. El origen de la autoridad de Jesús (8.21–30)
3. «Abraham, nuestro padre terrenal» (8.31–47)

4. «Dios, nuestro Padre celestial» (8.48–59)

IX. JESÚS, EL DADOR DE LA VERDADERA VISTA

A. La sanidad de un hombre nacido ciego (9.1–12)

B. Los interrogatorios de los fariseos (9.13–34)

1. Primer interrogatorio al hombre sanado (9.13–17)

2. Interrogación a los padres del hombre (9.18–23)

3. Segundo interrogatorio al hombre sanado (9.24–34)

C. La confesión de fe del hombre sanado (9.35–38)

D. La condena de los fariseos por parte de Jesús (9.39–41)

X. JESÚS, EL BUEN PASTOR

A. La alegoría del buen pastor (10.1–21)

1. La alegoría (10.1–6)

2. La aplicación de la alegoría (10.7–18)

3. La reacción de los judíos (10.19–21)

B. Jesús en la fiesta de la dedicación (10.22–42)

1. Jesús, el Mesías (10.22–30)

2. Jesús, el Hijo de Dios (10.31–39)

3. Jesús se retira más allá del Jordán (10.40–42)

XI. JESÚS, LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

A. La resurrección de Lázaro (11.1–44)

1. La muerte de Lázaro (11.1–16)

2. Jesús y Marta (11.17–27)

3. Jesús y María (11.28–32)

4. Enojo y dolor de Jesús (11.33–37)

5. La resurrección de Lázaro (11.38–44)

B. El efecto de la resucitación de Lázaro (11.45–57)

XII. JESÚS, EL REY DE ISRAEL

A. La unción en Betania (12.1–11)

B. La entrada triunfal (12.12–19)

C. La solicitud de los griegos (12.20–36)

D. Explicación teológica por parte de Juan de la incredulidad (12.37–43)

E. El último llamado a tener fe por parte de Jesús (12.44–50)

XIII. JESÚS, EL SIERVO HUMILDE

A. El lavamiento de los pies de los discípulos (13.1–17)

- B. Anuncio de la traición de Judas (13.18–30)
  - C. Un nuevo mandamiento (13.31–35)
  - D. Anuncio de la negación de Pedro (13.36–38)
- XIV. JESÚS, EL CONSOLADOR
- A. El camino, la verdad, la vida (14.1–14)
  - B. La promesa del Espíritu por parte de Jesús (14.15–31)
- XV. JESÚS, LA VID VERDADERA
- A. La vid y los pámpanos (15.1–11)
  - B. Los amigos de Jesús (15.12–17)
  - C. El aborrecimiento del mundo (15.18–27)
- XVI. JESÚS, EL ENVIADOR DEL ESPÍRITU
- A. Advertencia contra el aborrecimiento del mundo (16.1–4)
  - B. La obra del Espíritu (16.5–15)
  - C. La tristeza se convertirá en gozo (16.16–24)
  - D. La victoria de Jesús sobre el mundo (16.25–33)
- XVII. JESÚS, EL INTERCESOR
- A. La oración de Jesús para Su glorificación (17.1–5)
  - B. La oración de Jesús por Sus discípulos inmediatos (17.6–19)
    - 1. Razones para orar por ellos (17.6–11a)
    - 2. Solicitudes específicas (17.11b–19)
  - C. La oración de Jesús por Sus futuros discípulos (17.20–26)
- XVIII. JESÚS, EL SERENO
- A. El arresto de Jesús (18.1–12)
  - B. Jesús en el patio del sumo sacerdote (18.13–27)
    - 1. Jesús es llevado ante Anás (18.13, 14)
    - 2. La primera negación de Jesús por parte de Pedro (18.15–18)
    - 3. El interrogatorio de Jesús ante Anás (18.19–24)
  - 4. La segunda y tercera negación de Jesús por parte de Pedro (18.25–27)
- C. El juicio de Jesús ante Pilato (18.28–40)
  - 1. Los judíos son interrogados (18.28–32)
  - 2. Jesús es interrogado por Pilato (18.33–38a)
  - 3. Jesús es declarado inocente (18.38b–40)
- XIX. JESÚS, EL SALVADOR EXALTADO
- A. El juicio de Jesús ante Pilato continúa (19.1–16)
    - 1. Jesús es azotado y hecho burla por parte de Pilato (19.1–3)
    - 2. Jesús mostrado por Pilato (19.4–7)
    - 3. La «autoridad» de Pilato sobre Jesús (19.8–11)
    - 4. Los intentos finales de Pilato por liberar a Jesús (19.12–16)
  - B. Jesús en la cruz (19.17–37)
    - 1. Crucifixión de Jesús (19.17–27)
    - 2. Muerte de Jesús (19.28–30)
    - 3. Perforación del costado de Jesús (19.31–37)
  - C. Jesús es sepultado (19.38–42)
- XX. JESÚS, EL VICTORIOSO SOBRE LA MUERTE
- A. La resurrección de Jesús (20.1–18)
    - 1. Hallazgo del sepulcro vacío (20.1–10)
    - 2. Aparición de Jesús a María Magdalena (20.11–18)
  - B. Apariciones posteriores de Jesús (20.19–29)
    - 1. A los discípulos (20.19–23)
    - 2. A Tomás (20.24–29)
  - C. La declaración del propósito del Evangelio de Juan (20.30, 31)
- XXI. JESÚS, EL RESTAURADOR
- A. La aparición de Jesús a los siete discípulos (21.1–14)
  - B. Jesús restaura a Pedro (21.15–19)
  - C. Jesús y el discípulo amado (21.20–23)
  - D. Conclusión (21.24, 25)

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).